



HISTORIA DE LOS TRIUNFOS DE
NUESTRA SANTA FE ENTRE GENTES LAS MÁS
BÁRBARAS Y FIERAS DEL ORBE.

S.J. AANDRÉS PÉREZ DE RIBAS



HISTORIA DE LOS TRIUNFOS DE
NUESTRA SANTA FE ENTRE GENTES LAS MÁS
BÁRBARAS Y FIERAS DEL ORBE.

S.J. AANDRÉS PÉREZ DE RIBAS

JHS

Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe entre
gentes las más bárbaras y fieras del orbe.

S.J. Aandrés Pérez de Ribas

Todos los derechos reservados por el Autor
Registro en trámite ante la Dirección General de
Derechos de Autor de la SEP.

Edición Digital:

Enero 2010

Creativos7editorial:

Baila 871 Col. Gral. Antonio Rosales

Culiacán Rosales, Sinaloa, México

C.P. 80230 Tel. 01667-4556615

Cel: (667) 175 7817

E-mail: creativos7editorial@hotmail.com

Diseño Editorial:

Pablo Reynaldo Pacheco Moreno

“Los libros hacen hombres libres”.

Hecho en Sinaloa-México

Printed in Sinaloa-México

Licencia de los Superiores de la Compañía de Jesús:

Pedro de Avilés, Provincial de la Compañía de Jesús en la Provincia de Andalucía, por comisión que para ello tengo de Nuestro Muy Reverendo Padre General Mucio Vitelleschi, doy licencia para que se pueda imprimir una obra cuyo título es: *Historia de los triunfos de Nuestra Santa fe en el nuevo orbe, conseguidos por los soldados de la Milicia y Compañía de Jesús*, compuesta por el Padre Andrés Pérez de Ribas de nuestra Compañía y aprobadas por personas graves y doctas de nuestra Religión. En fe de lo cual dí las presentes letras. En Sevilla, en 24 de Enero de 1645.

Pedro de Avilés

Licencia del ordinario:

El Licenciado don Gabriel de Aldama, Consultor del santo Oficio de la Inquisición y lugar de Vicario General de la Villa de Madrid y su partido, por la presente, habiendo hecho ver el libro intitulado *Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús*, compuesto por el Padre Andrés Pérez de Ribas, Religioso de la Compañía de Jesús, y no contiene cosa contra nuestra sagrada Fe Católica y buenas costumbres, y así por lo que a Nos toca, se puede dar licencia para que se imprima. En Madrid a 11 de Diciembre de 1644 años.

Licenciado don Gabriel de Aldama

Suma del Privilegio:

Concediose licencia y privilegio al Padre Andrés Pérez de Ribas de la Compañía de Jesús, por tiempo de diez años para imprimir el libro intitulado *Historia de los triunfos de nuestra santa fe de las gentes mas bárbaras y fieras del nuevo orbe, conseguidos por los soldados de la Milicia de la Compañía de Jesús en la Nueva España*, y para que ninguna persona la pueda imprimir sin su licencia, so las penas contenidas en la premática, como más largamente se contiene en el dicho privilegio despachado en el oficio de Juan Otorola Guevara, fecha en Madrid a 17 de febrero de 1645 años.

Tasa:

Yo, don Diego de Cañizares y Arteaga, Escribano de la Cámara del Rey Nuestro Señor, de los que en su Consejo residen, Certifico que habiéndose visto por los señores de dicho Real Consejo un libro intitulado *Historia de los triunfos de Nuestra santa fe, de las gentes más bárbaras y fieras del nuevo Orbe, conseguidos por los soldados de la Milicia de la Compañía de Jesús en la Nueva España*, compuesto por el Padre Andrés Pérez de Ribas de la Compañía de Jesús, que con licencia de los dichos señores fue impreso, tasaron cada pliego de los del libro a cinco maravedis, y parece tener doscientos un pliegos, que al dicho respecto montan mil y cinco maravedis, y a este precio, y no más, mandaron se venda, y que esta tasa se ponga al principio de cada libro de los que se imprimieren. Y para que de ello conste de pedimento del Padre Andrés Pérez de Ribas, doy la presente en Madrid a primero de Agosto de 1645 años.

Don Diego de Cañizares y Arteaga

LIBRO TERCERO

De nuevas conversiones de Naciones del Rio Grande de Zuaque.
En que se trata de la conversión a Nuestra Santa Fe, y sus triunfos, en las tres
principales naciones del Rio Grande de Zuaque.



CAPÍTULO I



*Describe el Río grande de Sinaloa y las naciones
que pueblan sus tierras y valles.*

Las naciones que se siguieron en recibir la palabra del santo evangelio, a las que queda escrito en el libro antecedente, fueron las que pueblan las riberas del río grande de la Provincia de Sinaloa, de que se hablará en este. Y si en la reducción y conversión de las primeras se mostró admirable la divina sabiduría y clemencia, no menos misericordiosa, antes más maravillosa se ostentó la altísima providencia en las segundas, amansando las naciones más belicosas y arrogantes, y que con más obstinada porfía e habían opuesto a la cristiandad, de todas las demás de esta Provincia, pues ellas fueron las que despoblaron la primera villa que se fundó en Carapoa, y dieron la muerte a tantos españoles, como atrás queda manifestado, y por consiguiente las que por tiempo de cuarenta años se habían estado rebeldes en recibir el Santo Evangelio. Pero tales cuales eran, las rindió y amansó la divina bondad, y sujeto al suave yugo de Cristo, y finalmente en ellas floreció de tal suerte la cristiandad que se cogieron abundantísimos frutos de la semilla del evangelio. Estas pueblan las riberas del río grande, y en orden cuarto de los que dimos al principio de la Historia, que saliendo de las altísimas sierras de Topia, y atravesando y regando las grandes llanadas de la Provincia de Cinaloa, entran en el Mar de Californias. Toma el nombre de las naciones que lo pueblan, y como ella son varias, varían también sui nombre, llamándose unas veces



río de Cinaloa, por la nación poblada en él, llamada de propio nombre Cinaloa, de la cual tomó toda la Provincia. Por la misma razón le llaman río de Tehueco, por estar poblados en u ribera los Tehuecos; otras veces río de Zuaque, por la misma razón. Pero todos estos nombres significan un mismo río. Es caudaloso, y mayor en sus avenidas que el Guadalquivir en la Andalucía. Y aunque se ve salir de las serranías de Topia, no se sabe con certeza su nacimiento, porque debe de estar muy adentro de la tierra, y las montañas de donde ale son varias y casi inaccesibles. Goza la Provincia de Cinaloa de este río en espacio de treinta leguas a lo largo, por las cuales corre desde las faldas de la sierra, hasta entrar en la mar. Fertiliza a trechos muy hermoso valles con sus crecientes y avenidas, que suelen ser dos veces al año; el uno a tiempo de aguas y el otro por los meses de invierno. En estos suele caer un agua menuda, que dura dos y tres días continuos, y con ella desatándose y derritiéndose algunas nieves de sus montes, toman tan grande pujanza sus aguas, que por algunas llanadas extiende su madre dos y tres leguas, con que deja regados los campos, como se dice del Nilo en Egipto. A las naciones que alcanzan algo de sus valles les deja tierras regadas y dispuestas para una, dos y tres sementeras al año, en la una de ellas no hay necesidad del rocío del cielo, porque sin lluvia la tierra, con el riego que deja la corriente del río, da abundante cosecha de todos los frutos que usan sembrar los indios: Pero el año que faltan estas avenidas, padecen esterilidad estas naciones.

Las que pueblan las riberas de este río, que de aquí en adelante llamaré río e Zuaque, por ser esta nación la que goza de sus mejores valles, son varias y se reducirán a cuatro más principales, porque aunque cada una de estas tiene otras sus aliadas, estas son menores. Y estas, al tiempo que se dio asiento a la doctrina y partidos, se agregaron a las poblaciones mayores. Las cuatro naciones principales son: Cinaloas, Tehuecos, Zuaques y Ahomes. Los Cinaloas están en lo alto del río, al salir de sus altos montes. En esta nación había más de mil familias, y otros tantos y más indios de arco y flecha. Seis leguas más abajo de34 su último pueblo, entran poblando los de la nación Tehueca, muy valiente y temida, de la cual, con sus allegados podrían salir en campo y pelea como milo quinientos flecheros. Después de ella, río abajo, a cinco leguas, comienzan a poblar los fieros Zuaques, en diez legua de tierra que ocupan sus poblaciones, en las cuales había como mil vecinos. Y finalmente, cuatro leguas más abajo, hasta la mar, por espacio de once leguas, puebla la nación muy mansa de los Ahomes con sus allegados, mas de otras milo



familias, unos de marítimos pescadores y otros que vivían de caza de monte y pesca de mar, y ni los unos ni los otros trataban de labranza de tierras. Y de estos últimos, dije al principio de la historia, que era la gente más bárbara de la descubierta en las Indias. Entre todas estas naciones estaba repartido el famoso río de Zuaque, y todos gozaban de su beneficio y sus aguas, que son muy dulces y provechosas, de que ellos se preciarán y lo pregonarán en los sermones de su gentilidad, como se dijo, y aún después de haber recibido la Fé, los usan, aunque de diferentes materias. Porque cuando sucede haber algunos forajidos entre ellos, que pretenden inquietar la nación, predicando contra ellos los pacíficos y principales de los pueblos, les oí yo no pocas veces a voz en grito repetir esta proposición; Aquí con la paz gozamos del agua de nuestro río, pues qué tenemos que buscar en los montes; vayan a buscar a ellos agua que beber los que no están contentos. Además de gozar estas naciones de las aguas de este río, gozan también de grande abundancia de pescados que en él se crían, y aún son más los que entrando de la mar por su boca y barra, suben río arriba a desovar a sus tiempos, como son lisas, robalos y otra variedad y género de peces, que en mucha abundancia se quedan a gozar de sus aguas dulces, y cuando el río baja, principalmente por tiempo de estío, hacen sus pesquerías generales en sus hondables y remansos convocándose los pueblos vecinos, los cuales, recogiendo grandes haces de barbasco, golpeándolos en el agua, todo el pescado que está en el hondable, embriagado con el zumo de la yerba y saliendo a lo alto, sobre aguado, fácilmente lo cogen, sin que la ponzoña de la yerba haga daño a los que lo comen. Toad estas naciones, habitante de este río, eran poco más o menos de las costumbres y ritos que se pintaron al principio de esta historia, hablando de todas en general. De las poblaciones grandes a que se redujeron cuando entraron los Padres a darles doctrina, se dirá cuando se escriba de cada una de ellas en particular. Distan sus pueblos de las villa de los españoles y presidio de los soldados unas quince o dieciocho leguas, otras veinte y más, conforme a los pueblos y vuelta que por sus valles va dando el río.



CAPÍTULO II



*Viene las naciones del río Zuaque a pedir
al Capitán del Presidio, y a los Padres, entren a sus
tierras a predicarles la Fé de Cristo y bautizarlos.*

Luego que supieron las naciones del río Grande que el Capitán Hurdaide había llegado de vuelta de México y que traía en su compañía dos Padres para las nuevas doctrinas que se pretendían asentar, acudieron a la villa a visitarlos y tratar del orden que se daba para poner en ejecución la entrada a sus pueblos, darles doctrina y hacerlos cristianos. De la Zuaca vinieron a esto, con otros principales, la famosa india cristiana Luisa, de quien atrás se hizo mención y el Indio Ventura, a quien ella libró de la collera de los que se ahorcaron, con otros parientes suyos. De la Nación Tehueca vino el nombrado Lanzarote, ya cristiano, con su mujer y otros sus principales, De la nación Cinaloa los suyos. La nación Ahome, tan mansa como estas otras fieras, y unida en amistad antigua con los españoles, siempre había mostrado su buen deseo y afecto de recibir la Fé Santa de los cristianos, y todos mostraban grande alegría de la llegada de Padres que los pudiesen doctrinar. En nombre de sus naciones trataron con el Capitán y los Padres de su pretensión y del tiempo y orden de su ejecución, ofreciendo de su parte el recoger sus casas en pueblos acomodados para iglesias y pueblos formados, porque todavía algunos, a su uso antiguo, vivían en sus ranchos y sementeras. Dióseles orden de que así lo pusiesen por obra y que juntamente en las plazas de los pueblos levantasen jacaes para iglesias, que son unos como portales grandes,



las paredes de madera, horcones muy grandes en medio, que tuvieran la cubierta de paja y junto a las iglesias otros más pequeños y semejantes a los albergues para vivir los padres; encargándoles también que avisasen a toda la gente de sus pueblos, que se dispusiesen a recibir a los que les iban a predicar la palabra de Dios, y avisasen a los de las naciones confederadas, que ellas así mismo tratasen de reducirse a los pueblos de sus amigos, para que todos juntamente fuesen doctrinados. Con ello fueron despachados, y con mucha alegría, los embajadores de aquellas naciones, que llegados a sus tierras celebraron la determinación y entrada de los Padres, con muchos sermones y juntas a su usanza. Y aunque por razones de mayor conveniencia que se ofrecieron, no pudieron los Padres que con el Capitán habían llegado de México aprestar con la brevedad que quisieran su entrada, pero no estuvieron ociosos, que luego se dieron a aprender las lenguas de aquellas naciones, la cuales demostraron tan constante sin volver atrás en su buen propósito, que para asegurarlo más y dar prenda de su perseverancia, escogió cada una de sus pueblos algunos muchachos y mozos que les parecieron más a propósito y los trajeron a la villa y entregaron a los Padres, para que en el Seminario que allí hay de todas naciones, habiendo aprendido bien la doctrina y acompañando a lo Padres cuando fuesen a sus tierras, la pudiesen enseñar en sus pueblos. Habiendo precedido esta buena disposición, y obrando el poderoso brazo de Dios en aquellas gentes tan mundanas, juntó el Padre Martín Pérez, Superior de la Misión en Cinaloa, a todos los demás Padres para repartir y encargar las nuevas doctrinas a los que habían de cuidar de ellas. Y porque los dos solos que habían llegado de México no se juzgaban por bastantes para poder acudir a tantos pueblos y número de gente, se determinó que se repartiesen en tre tres padres. Al padre Pedro Méndez, antiguo misionero que tenía a su cargo el Partido de Ocoroni, se le señaló la nación Tehueca, con sus confederados y amigos. Al Padre Cristóbal de Villalta, y al que escribe esta historia, que poco antes habíamos llegado de México, se les encargó, al primero, la nación Cinaloa, con sus aliado, y al segundo las naciones Zuaca y la de los Ahomes, por ser su vecina. Esto dispúsole luego que tuvieron las dichas naciones noticia del Ministro que a cada una le había cabido, volvieron con muestras de agradecimiento a verlos y dar razón de lo que ellos habían dispuesto en sus pueblos, y apresurando a los Padres a su entrada la cual ellos ya deseaban y no veían la hora de verles empleados en tan gloriosa expe3dición apostólica. Señalóse el día dichoso, en

que la luz del evangelio les nacía a aquellas gentes, que vivían en la sombra de la muerte. Ofrecieron venir algunos indios de los pueblos a acompañar y guiar a los Padres a sus tierras, como lo hicieron, y con ello se volvieron. Y para más claridad de la historia, y no confundir el progreso y casos particulares y dignos de memoria que se sucedieron en la reducción a poblaciones mayores, asiento de doctrina, bautismos generales, erección de iglesias y lo demás que fue necesario para complemento de la cristiandad de estas naciones, se escribirá de cada una de por si, siguiendo el curso de su doctrina, hasta el tiempo preferente en que se escribe esta historia. Y daremos principio por la de Ahome, la cual por haber mantenido siempre paz y amistad con los españoles, ser muy morigerada y hacer más tiempo que pedía ministros que los doctrinasen, mereció ser la primera en recibir ese beneficio, y después de ella se efectuarán de la Zuaca, su vecina. Y no dejaré de citar aquí, que en la villa de los españoles, entre temores y esperanzas, se celebraban con mucha alegría la conversión de estas gentes, porque las habían experimentado por una parte muy belicosas, pero por otra se esperaba que conquistado este batallón, se abriría hopazo franco al evangelio, para que otras muchas naciones lo recibiesen, como sucedió felizmente con la divina gracia.



CAPÍTULO III





*Describe el sitio y población de la nación Ahome,
con sus particulares costumbres.*

La nación Ahome, y su principal pueblo, que es de trescientos a cuatrocientos vecinos, tenía su asiento en una llanada, cercada de arcabucos y bosque, en que estaba encerrada, y estos le servían de fortaleza. Dista cuatro leguas de la Mar de Californias. Goza de lindos valles y tierras para sementeras y de alguna alamedas. En estos valles era plática de sus viejos, o por mejor decir embuste de los que persuadía el demonio a estas gentes, que habitaban la almas de sus difuntos, y que era su paraíso, donde los deleites eran grandes embriagueces, que en ellos les libraba su felicidad, como quien él es, y tal el cielo que les prometía. Tradición era también que los antepasados de esta gente, haber salido a poblar esta tierras, peregrinando de la parte del Norte y que en su compañía había salido otra tropa de gentes de diferente lengua, llamada Zoe, que pobló en loo alto del mismo río, con la cual aunque dista treinta leguas, siempre conservaron los Ahomes amistad. Y de esta nación Zoe se tratará adelante, con la de Cinaloa, su vecina. Tienen también amistad los Ahomes, y parentesco, y son de la misma lengua con los Guasaves, del río de la villa. Y sin duda, debieron de salir juntos en su peregrinación del Norte. Fueron también confederados con los Ahomes,



y de su misma lengua, algunas tropas de gentes más bárbaras, de las que dijimos al principio, que no tienen asiento de pueblos y que se alimenta de frutas del monte y pesca de mar. El natural de los Ahomes es dócil, aprende con facilidad cualquier oficio, y sus hijos a leer, escribir y cantar y tocar instrumentos músicos. La mansedumbre y buen natural y fidelidad de esta nación, cosa maravillosa en medio de otras tan fieras de esta provincia, la podré declarar con un pensamiento que me pasó en no pocas y muy peligrosas ocasiones, en que viendo riesgo de alzarse toda la provincia y revelarse naciones de ella, en tal caso la seguridad, que se me ofrecía hasta que pasase la tempestad y peligro, era ir, aunque fuese a los mares con mis fieles Ahomes, donde me prometían mayor seguridad que en otro pueblo alguno de aquella tierra. Tanto es el amor y respeto de estas naciones a sus Padres espirituales. Y en once años que viví con ella y la doctriné, jamás sentí en ella momento de inquietud o inconstancia, no obstante que no faltaban peligros en las otras naciones montaraces, sus confederadas.

La gente es de mejor talle que los demás indios de la Provincia, y consecuentemente las costumbres bárbara de borracheras y guerras no estaban tan bravas como en otras naciones. Casamientos o amancebamientos con muchas mujeres, era cosa rara en ellos. Antes fue costumbre loable, usada y guardada inviolablemente de los Ahomes, que a sus hijas doncellitas las guardaban con grande honestidad, y ellas traían por señal de doncellas, una conchita al cuello, como al principio se dijo, hasta el día de su casamiento con que le quitaban del cuello aquel joyel, cuando la entregaban a su esposo. Por lo cual, si en alguna nación había señales de verdaderos contrato de matrimonio, era en ella. El vestido de las mujeres era el más honesto de todas estas naciones, porque era de matas de algodón que tejían y algunas con curiosas labores y colores. De hechiceros y hechicerías, muy poco se hallaba en ellos. Sólo una costumbre y ceremonia de llorar sus muertos, era con gran exceso, y casi intolerable, porque en cada difunto duraba el llanto un año, con grandes gemidos, y más parecían aullidos de condenados. Todas las madrugadas, y primas noches, por espacio de una hora, duraban estos llantos, con varios tonos de voces con que de otras casas les correspondían. Costumbre esta tan arraigada que se padeció por mucho tiempo para moderarla y corregirla. Guerras de propios acometimientos con otras naciones, no las tenían; sólo cuando se defendían de los ajenos. Con los españoles conservaron perpetua paz y unión. Y finalmente, como el demonio no tenía tan estragada con vicios, y costumbres

 Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe 

fieras de esta nación, le halló en ella más disposición para recibir la Fe y ley suave de Cristo Nuestro Señor, y la recibió y asentó en sus ánimos con la facilidad que ya presto veremos.



CAPÍTULO IV



De la primera entrada que hizo el Padre a la nación Ahome, y caso singular que sucedió.

Habiéndome cabido por buena suerte el dar doctrina y disponer para el Santo Bautismo a los de la nación Ahome, di aviso el día en que llegaría a su principal pueblo, para que la gente estuviese recogida, porque peretendía, en llegando, declararles el fin y motivo con que entraba a sus tierras, y fines del mundo donde ellos habitaban. Plática que les importa mucho y con que se persuaden, que el Ministro del Evangelio, ni va a pedirles nada, ni por necesidad de su comida, que es toda la riqueza que ellos alcanzan. Avisésl también que las madres se juntasen, llevando sus hijos pequeñitos, para que fuesen luego bautizados en llegando, porque es grande prenda esta, que toma Cristo Nuestro Señor y su Iglesia, en los hijos para ganar a los padres. Partí del Colegio de la Villa, acompañado de algunos indios, par el pueblo de Ahome distante veinte leguas. Fue necesario hacer el viaje por las marinas y fuera de camino, paraje por donde andaban algunos indios montaraces, que llaman Caribes; de estos salieron algunos al camino a ver al Padre, que nunca habían visto; procuré agasajarlos con alguna cosa de comida. Estuvieron quietos, y sucedió un caso particular, que por serlo lo escribo aquí. Estando sentado con una tropa de ellos en aquel campo, dándoles



algunas noticias de Dios Creador de todas las cosas, de repente sobrevino un temblor de tierra, que Dios quiso fuese en esta ocasión. Sintiéndolo los indios se levantaron. Tomando ocasión de este suceso les hice volver a sentar, explíqueles y traté del poder de Dios y lo que les importaba recibir su santa fe y divina palabra, que ya otras. Pasado este paraje, algunas leguas adelante, acercándonos al pueblo de los Ahomes, salió el principal cacique en un caballo que el Capitán le había dado. Era indio de muy buena disposición y capacidad, que después fue gran apoyo de esta cristiandad. Con él venían otros, algunos sus vasallos, a quienes llamaba hijos. Dio la bienvenida al Padre, con muestras de singular alegría, acompañándolo hasta su pueblo. Tenían por el camino algunos arcos de ramos de árboles frescos, cosa muy usada entre ellos cuando recibían alguna persona de respeto, y muestra que lo reciben con amor y alegría. Llegando a la plaza del pueblo, salió grande gentío de todas las edades, hombres, mujeres y niños. Y lo que fue de gran admiración por una parte, y por otra de grande alegría, era que venían en forma de procesión, con una Cruz delante, adornada con el más rico aderezo que ellos alcanzan, que son plumas de colores y ramos de árboles, y todos cantando con tan buen orden y concierto y memoria, en voz alta la doctrina cristiana y alabanzas divinas en su lengua, como si fueran antiguos cristianos, siendo gentiles. Admiración causó esta acción, de gente que no había tenido Padre en sus tierras quien les enseñase, y en lo que ha lugar, parecida a la entrada de Nuestro Señor en Jerusalén, cuando lo recibió el pueblo con triunfo de ramos y palmas, aclamándole los niños con divinas alabanzas, cuando por medio de la Cruz iba a despojar al Príncipe de este mundo del reino que tenía tiranizado y tomar posesión del que era propio. Así parece, que quiso este Señor tomar posesión de estas almas y ser recibido de esta pobre nación Ahome, cuando entreba el Padre en nombre de Cristo a rescatarla del poder de Satanás, que por tantos siglos la había tenido poseída. Y por responder a la duda que aquí se puede ofrecer, de cómo o por qué camino esta nación gentil, y la más apartada de españoles, y donde no habían llegado Padres, había aprendido la doctrina cristiana, y rezaba y cantaba con tanto orden y concierto, diré el modo y providencia particular por donde Dios encaminó Dios estos primeros rayos de divina luz. Y fue el caso, que en la nación Guasave, amiga de la Ahome, había un indio ciego y cristiano que sabía extremadamente todas las oraciones y preguntas del catecismo y misterios de nuestra Santa Fe. En este ciego había puesto Nuestro Señor una tan singular inclinación a enseñar la



doctrina cristiana, sin interés alguno, que muchas veces no sólo por mlas casas del pueblo, pero aún por los ranchos de las sementeras, gastaba muchos ratos, y las noches en enseñarla a chicos y grandes, y no contento con ejercitar este oficio de tanta cristiandad con la gente de sus pueblos, pasó a los de sus amigos y parienytes Ahomes, y tom´ço tan a su cargo el enseñarles la doctrina, y cayó en tan buena tierra del blando natural de los Ahomes, esta diivina semilla, que se logró de ella el abundante fruto que se ha dicho. Yo, alegrísimo con tan nuevo recibimiento, entré en una enramada de árboles que tenían hecha, y sentado con toda la gente, era de admirar cómo preguntando aquellos niños gentilillos: ¿Quién es Dios?, ¿Quién es la Santísima Trinidad?, ¿Quién es Nuestro Señor Jesucristo? Respondieron mejor que algunos antiguos cristianos, criados en medio de la cristiandad, lo suelen hacer. Entraron pues en la enramada y pobre iglesia, acabaron en ella de rezar aquellas oraciones y cánticos del cielo. Hizóseles la plática acostumbrada, y luego en aquel campo y plaza del pueblo, delant6e de la enramada, porque en ella no cabía la gente, se sentaron por orden y en rueda todas las madres, con los corderitos de sus hijos, que se habían de ofrecer a Dios, y reengendrarse en Cristo por el agua del bautismo, que fue manada de casi trescientos, y repartiéndolos entre tres o cuatro cristianos que allí se hallaron, para sacarlos de pila, y dándoles los nombre cristianos, que recibieron con singular agrado, y escribiéndolos en libro de bautismo, para poderlos acordar, si e olvidasen de ellos, como de vocablos extraños y nuevos en su lengua, se fueron bautizando con la mayor solemnidad y aparato de ornamento que pudo haber en tan pobre tierra. Y acabado el bautismo en aquel día alegre, se volvieron uno por sus casas, y otros a sus sementeras. A los padrinos llevaron los padres de sus ahogados a sus casas y les regalaron con los mayores regalos que ellos alcanzan, que son tortillas y tamales, o bollos de maíz. Y con lo mismo regalaron al Padre. Llegó la noche, que pudiéramos decir que se trocó en alegre día, porque la gastaron en celebrar con pláticas y sermones públicos la llegada de la palabra de Dios, y del Padre que la predicaba a sus tierras, dándose parabienes y juntamente de que ya tenían amparo y defensa contra sus enemigos, por estar muy asentado e intimado por el Capitán del presidio, que los que inquietasen a la nación o pueblo donde asistiese Padre, o se predica la palabra de Dios, no se escaparán de castigo. Llevaron al Padre a ver los puertos por donde solían sus enemigos, los zuaques, acometerles algunas veces y dar asaltos a su pueblo cercado de montes diciendo con gran alegría: Nuestro Padre,

ahora que estás con nosotros podrán venir con seguridad las mujeres a este río, por agua, que antes era menester acompañarlas con nuestros arcos y flechas. Detúveme esta vez con ellos ocho días, porque había de pasar a la nación Zuaca, dejándoles orden de que hicieran iglesia más de propósito, aunque fuese pajiza, y otra casa semejante para morada mía cuando volviera. Y con esto se remató esta primera entrada a la doctrina de la nación Ahome, que proseguiremos para pasar después a su comarcana la Zuaque. Y de bautismos de enfermos adultos, que en esta entrada se ofrecieron, no hago aquí mención por no repetir casos muy semejantes, que se debe suponer se ofrecen a cada paso en estas nuevas empresas, y sólo se apuntan, cuando en ellos concurren circunstancias dignas de memoria.



CAPÍTULO V



Vuelve el Padre a visitar los Ahomes, hace iglesia y da forma y asiento a su doctrina.

Volviendo dentro de poco tiempo a visitar este nuevo rebaño, hallé muy alegres a nuestros Ahomes, y aguardando, prevenidas ya maderas para levantar iglesia, que fuesen más apropósitos para los ministerios cristianos y sus bautismos. Menester fue asistir a la obra, y aun poner las mano en ella, porque aunque fábrica humilde y pobre, pero para ellos era grande y desusada, y es cierto que parecía que Cristo Redentor de los hombres, que gustó en su entrada en el mundo, nacer en un albergue y pobre portal, abrigado solamente con paja, también gusta a las primeras entradas que hace por la salvación de estas pobres naciones, por medio de su evangelio, el habitar en tan pobres iglesias, como son estos portales pajizos. A eta obra acudían los Ahomes, así hombres como mujeres, trayendo la madera y paja con mucho gusto y alegría, con que en breve se acabó su iglesia y ellos quedaron tan contento, como si tuvieran en su pueblo un hermoso alcazar. Recogieron los niño que quedaron por bautizar en la primera entrada, y de nuevo habían nacido, y llegarían todos los bautizados a quinientos. Luego el cacique principal trató de su bautismo, y del de toda su familia, mujer, hijos y de su padre,

que era un viejazo venerable, de muy buen capacidad, el cual fue gran pilar de esta cristiandad, y hacía razonamientos y sermones a su modo, muy cuerdos, sobre la paz, asiento y estima de la palabra de Dios. Catequizáronse todos en breves días, como ya ellos tenían tan de memoria la doctrina. Llegó el día del bautismo, que se celebró con la mayo solemnidad que fue posible. Diéronseles sus nombres de cristianos dejándoseles por sobrenombre sus gentiles, aunque de ellos poco se acuerda esta nación, y ellos que tenían gentiles no eran denominados de muertes que hubieran ejecutado, como lo había en otras naciones, y de que se gloriaban. Al cacique viejo se le puso por nombre Don Pedro, y a su hijo Don Miguel, nombre que en muchas ocasiones llenó, ejercitando el oficio de guía y Capitán de su pueblo, a quien el Capitán Hurdaide dio oficio de Gobernador de aquellas naciones. Hízose lista de todas sus familias para que se redujesen a iglesia y doctrina. Entraban en ella con gran cuidado todos los días por la mañana, donde se iban explicando los santos misterios principalmente de nuestra Santa Fe. Entresacose buen número de niños, más hábiles para servir en la iglesia, aprender a leer, escribir y canto, los cuales ellos entregaban de buena voluntad. Señalóse Fiscal que cuidase y recogiese la gente a la iglesia, y avisábale a los enfermos, y algunos que tenían sus ranchos y casas en las sementeras, las mudaron al pueblo, con que quedó esta nación con gobierno político y cristiano. Fue tal el alegría que tenían del nuevo citado, los buenos Ahomes, que un día llegaron a pedirme que querían hacer un baile a su usanza antigua, con que se alegrarían los de edad juvenil, no tratando de alegrías de vino, que ya saben que entrando la doctrina en sus tierras se da fin a este abuso. Respondiles que como no entrasen en el baile mujeres con hombres, venia en su petición. Entendieron los cuerdos Ahomes el inconveniente que yo recelaba y fue digno de notar en nación tan nueva en la fe. Respondiéronme: Nuestro Padre, que no saben otro titulo para nombrar a su ministro ausente o presente, verás como aunque bailan los mozos con las doncellas, es con todo recato, porque ellas en coro aparte, con particular compostura, bailan. Concedióceles la petición. Por no contristar a gente tan nueva, en cosa tan prevenida de inconvenientes. Salieron a la plaza del pueblo los del baile, y lo festejaron con tanta compostura, que en cuantos se habían visto en fiestas de estas naciones, ninguno más concertado y modelo. Porque aunque bailaban las doncellas cerca, y a vista de los mozos del pueblo, no levantaban los ojos a mirarlos ni se tocaban la ropa o mantas con que bailaban, como tampoco los levantaba la doncella de esta nación, a mirar al niño



o mozo, que sabe que sus padres le tienen, y llaman señalado para casarse con él, a su tiempo. Recato digno de deparó en materia de honestidad, en una nación gentil y bárbara. Vinieron luego algunos caciques de las naciones montaraces, y pescadores confederados con la de Ahome, y de su misma lengua, a verme y saber el asiento que se tomaba en la disposición de su población y cristiandad. Fueron recibidos con particular agasajo, dándoles algunas cosillas que es necesario llevar preparadas para este efecto, porque con ellas, aunque sean de muy poco valor, se gana mucho para Dios, y ellos, como nunca vistas y como gente pobre, las estiman. Como si dijésemos, unas cuentas de vidrio de colores con que se adornan, un cuchillo de que carecían, una herradura para afilándola hacer hacha de ella, una aguja para coser sus redes, que todo esto suplían en su gentilidad con artificios muy trabajosos. Los caiques quedaron muy contentos con estas pobres prendas, encarguéles que avisasen a sus gentes viniesen a verme, y los exhortasen a reducirse en pueblos donde los pudiese visitar y enseñar la palabra de Dios, para que gozasen de la paz y seguridad que sus amigos los Ahomes. Estos ayudaron también con sus conejos y regalos a sus aliados, ofreciéndoles tierras donde sembrasen y su amigable compañía, si quisiesen agregarse a su pueblo. Con lo cual se despidieron contentos, a tratar de este asunto con los suyos.



CAPÍTULO VI



Vienen las naciones confederadas con los Ahomes a señalar puesto para su reducción, y queda formado el pueblo de Bacoregues.

Volvieron los caciques, de que se escribió en el capítulo pasado, acompañados de otros que no habían salido de sus marinas, arcabucos y breñas, a ver al Padre y dar razón de lo que habían determinado acerca de sus reducciones y doctrina. La revolución que trajeron fue, que los que vivían en el monte, llamados Batucaris, se agregarían al pueblo de Ahome, y en un cuartel de él harían sus casas y se gobernarían por su propio cacique, que otro gobierno que no sea de los suyos lo aborrecen estas gentes, y se acomodarían a sembrar en las tierras que les diesen los Ahomes. Pero los marítimos y pescadores hallaron gran dificultad en poblar con ellos, por parecerles a los que habían nacido y criádose en los médanos de la mar, que se apartarían mucho de donde tan a mano tenían su sustento ordinario, que era de pe3scado, y el pueblo de Ahome dilata unas cinco leguas de sus rancherías antiguas, y ello no obstante, en lo que tocaba a recibir la doctrina de cristianos, estaban muy gustosos. Y para que esto se pudiera ejecutar y entrar a predicarla el Padre, ellos escogerían pueblo acomodado y juntándose todos harían sus casas y formarían pueblo por si. Vine con gusto en esta su determinación por no violen



tarles. Escogiese el pueblo acomodado, de buenas tierras, y más cercano a la mar y sus pesquerías, que fue tres leguas abajo de los Ahomes, donde fui con ellos, por recoger estas ovejas tan descarriadas. El pueblo se señaló en una hermosa y fresca llanada, sobre el río; limpióse de maleza y árboles que estorbaban, en particular donde se habría de hacer la iglesia y ellos escogieron sus puestos para hacer sus casas, y repartieron tierras, y hecho esto dieron vuelta a sus rancherías, por sus pobres alhajas. Volvieron con alguna gente menuda, que no siempre arrancan de golpe estas gentes de puestos donde nacieron y estaban connaturalizados, y es necesario el ir con paciencia y a su paso con semejantes naciones. Ni fue poco en esta primera entrada conseguir el conseguir de ellas reducirse a congregación. Con todo, ofrecieron a Dios buen número de párvulos, que se bautizaron, y serían cerca de doscientos. Encargósele el cuidado de este pueblo a su principal cacique, indio de muy buen natural, y señalado en grandeza de cuerpo, que era como un gigante y de tantas fuerzas que se atrevía echar mano y rendir a un caimán o cocodrilo y sacarlo del agua, con ser animal tan feroz como se sabe. Fue particular providencia de Nuestro Señor, dar por guía a esta ranchería, a un indio por una parte de tan grande valor y fuerza, y por otra mansísimo, de blando natural y querido de su gente. Era de tan sincero corazón, que después de bautizado me decía: Padre, cuando voy a pescar le digo a Dios: Mi Padre Dios, dame pescados que coja y echábase de ver que oía Dios con gusto petición tan sincera de su hija, que aunque nuevo en la Fe, pedía ya con ella, el que poco antes ignoraba que hubiese Dios en el cielo, ni en la tierra; porque era grande la abundancia que en sus pescas Dios le daba. Este tal indio fue medio para conseguir la reducción de naciones más dificultosas de asentar en género de policía y gobierno humano, de cuantas se hallan en el nuevo mundo. Y con la ayuda de Nuestro Señor y de este indio, se consiguió esta y quedaron desde esta primera entrada congregadas algunas casas de los nuevos vecinos, y hecha una pobre iglesia, señalado fiscal que juntase la gente a la doctrina, y por Maestro para enseñarla, el ciego de que arriba se hizo mención y la había enseñado a los Ahomes. Con que los Bacoregues, nombre propio de eta nación, quedaron muy consolados y por muestra de su alegría, dijeron que querían hacer una pesca para presentar y regalar con lo que tenían a su Padre, que les venía a enseñar la palabra de Dios. Y en breves horas trajeron gran cantidad de pescado, por ser aquella costa abundantísima de él; hubo para repartir con todos los que me acompañaron. Concluido el asiento de

Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe

este nuevo pueblo, dimos la vuelta al de los Ahomes, con mucha alegría suya y mía, de que hubiese allanado Dios Nuestro Señor las dificultades en recibir la luz del evangelio, gentes tan desahuciadas de medios humanos. Porque con estas tales, poco valieran soldados para reducirlos y fuera como ir a caza de venados, sin casa ni hogar, a buscarlos a los montes.



CAPÍTULO VII



De los bautizos generales de adultos de la nación Ahome, y reeducación de otras dos montaraces, a este pueblo.

Como la nación estaba bien enseñada en los misterios de nuestra Santa Fe, y había abrazado con tanto afecto la doctrina de ella, no hubo tanta dificultad en disponerla al santo Bautismo, ni diferirlo tanto tiempo, como en otras suele ser necesario el de los adultos; ellos, de su voluntad, a tropas, y fomentados también por el cacique don Miguel, se entraban por las puertas de la iglesia y pedían el santo bautismo, y daban sus nombres para entrar en el número de catecúmenos, como se hacía en la primitiva iglesia, Intentábase, tarde y mañana, los ocho días antes, para que se les explicasen más despacio, y en particular, los principales misterios de nuestra Santa Fe. De esta suerte se iban disponiendo los bautismos de cuarenta en cuarenta, unas veces más, otras menos, celebrándolos con la mayor solemnidad que era posible. Y los que estaban casados, luego acabados de bautizar, ratificaban y contraían su matrimonio, como sacramento de nuestra Santa Madre Iglesia. Recibían con mucho gusto las bendiciones, asistiendo a la misa. Y es cierto que todas estas santas ceremonias los conforma en la Fe, y en la insolubilidad del santo matrimonio, conociendo que ya no quedaba expuesto



a la mutabilidad que padecían en su gentilismo, cuando no se podía asegurar, ni el varón, ni la mujer, de la perpetuidad del consorte, y contrayéndolo ya como cristianos, y con tal solemnidad, sabían que estaban seguros de mudanza.

En varios bautismos de estos adultos, que se fueron celebrando en la nación Ahome, dentro de un año quedó casi toda su gente bautizada, que serían más de mil personas, sin los párvulos. Otra nación que se le agregó de las montaraces, que dijimos viven de la caza y fruta del monte. Esta se llama Batucari, tenía su asiento, aunque sin casas, cerca de una lagunilla, que entre breñas y bosques hacían las lluvias y se conformaba todo el año, distante del pueblo de Ahome como cuatro leguas, de donde, por estar de paz, entraban a la cosecha, a rescatar o trocar, que es el modo de comprar entre estas naciones, por cosillas que ellos alcanzan, algún maíz que comer por este tiempo, que no era gente que hacía provisión de el para todo el año, contentándose con su comida silvestre. Algunas familias de esta nación, o ranchería, tenía ya congregadas en cacique don Miguel, cuando yo di la vuelta. A las cuales procuré acariciar, y principalmente a su Capitán y Cacique. Concerté con él, que acabase de sacra del monte a toda su gente y que gozando de la buena acogida que le hacían en su pueblo sus amigos los Ahomes, se aplicasen a sembrar, por ser importante medio este para que naciones, cuya vida es andar entre venados y madrigueras de conejos, y aún sierpes y víboras, hagan pie y asiento. Aceptó el cacique en nombre de su gente el partido; fue por la que quedaba al monte, redújola casi toda, aunque nunca faltan algunos que tiene el demonio endurecidos y obstinados, principalmente viejos que dificultan mudar vida silvestre y bárbara, en que se envejecieron. Pero al fin, con sufrimiento y paciencia, se congregaron de esta ranchería, como trescientas personas. Encomendándole a su cacique la gobernase, y también hícele oficio de Fiscal. Acudieron a la doctrina con el ejemplo que les daban los Ahomes, bautizáronse cien párvulos, hízose lista de sus familias, para tener cuenta de ellas. Con todas estas diligencias no quedaron tan desarraigados los Batucaris de su puesto, que no diesen la vuelta a su Egipto, porque los tirana su monte, a donde a veces celebraban sus embriagueces, porque en el pueblo de Ahome estaban ya desterradas; y así, buscaban sus soledades antiguas, donde los cristianos no los viesan y ellos tuviesen libertad de conciencia. En estas retiradas castigó Dios a esta nación con las enfermedades que les sobrevinieron y cogieron en el monte, las cuales obligaron al Padre a irlos a socorrer con los Sacramentos a este puesto. Porque como ya se las habían pegado de sus amigos

los Ahomes, las costumbres cristianas, y tal vez habían asistido a doctrina y pláticas, tenían ya hecho concepto de la necesidad del bautismo para su salvación, y su cacique cuidaba de avisarme de los que estaban apretados de la enfermedad, con que era forzoso no pocas veces dar vueltas a su monte, visitarlos y regalarlos en medio de aquellas breñas. Bautizábase los más necesitados, y podemos decir que venía a ser esto caza gustosa de almas, que vivían por aquellos arcabucos y montes.

Además de esta ranchería, que se redujo al pueblo de Ahome, se le agregó otra de pescadores, y de más número de gente, y con más facilidad que la pasada, bautizándose luego de ella más de cien niños, y aplicándose los mayores a oír la doctrina cristiana para recibir el Santo Bautismo, con que quedó el pueblo de Ahome con quinientos vecinos, en gran concordancia y hermandad y con mucha comodidad de agua, monte y tierras en que sembrar. Aunque estos rebaños no fueron tan cuantiosos, como las naciones que después se seguirán, con todo, no se puede dudar que el sumo y divino Pastor Cristo, gusta que se recojan, y aún quiere que le den parabienes a él de hallarlos, y las sobras del pan que con abundancia había repartido a las turbas que por los campos le seguían, quiso que las recogiesen los sagrados Apóstoles, y que hiciesen mención de ellas su Sagrado Evangelista. Argumento de la liberalidad del Señor, que usa con estas gentes, que parece son las sobras de las populosas del mundo. Y con todo, quiere y es su voluntad, que se les reparta el sustento de la vida y pan de la divina palabra.



CAPÍTULO VIII



De otra singular reducción que se hizo de la nación más bárbara y salvajina, de las descubiertas en Cinaloa.

Como eran tantas las rancherías de salvajes que vivían en estos incultos y vastos bosques y marismas, no obstante que acabamos de escribir las reducciones de algunas, he dejado para este capítulo otra en que concurrieron particulares circunstancias, y en que se mostró muy singular la divina providencia, para traerla al camino de su salvación. La nación de que se escribe en este capítulo, llamada Comopori, fue tan fiera y brava, que con serlo tanto la Zuaca, de cuyo orgullo y braveza tanto se ha escrito en esta historia, una vez que en campo abierto se atrevió a acometer a la Comopori, quedaron muchos Zuques muertos en el campo, y los que quedaron con vida, con escarmiento y memoria por muchos años, de la fuerza de las falanges Comporis, cuya reducción a vida de hombres y mansos cristianos, la escribiré aquí en la forma que se alcanzó.

Estando en el pueblo, que dos capítulos antes de este dije, que de nuevo formaron los pescadores Bacoregues, me dieron noticia que siete leguas adelante, en una península retirada, y en los médanos o montes de arena del mar, vivían las rancherías de la gente fiera de estos Comporis, lo cuales, aunque eran de la misma lengua de los mansos Ahomes, no tenían amistad con ellos, antes en hallando la



ocasión, los mataban. Esto no obstante, también tuve noticia que cual o cual indio cristiano tenía segura entrada a los Comporis, que a veces sucede entre estas naciones aunque sean encontradas, pero por particulares respetos o parentesco contraído con alguna ocasión, tienen entrada uno u otro en la nación enemiga. Hallé un cristiano que tenía cabida con los Comporis, Deseando pues la reducción y remedio de estas almas, les envié un recaudo de benevolencia con el indio cristiano, convidándoles a que viniesen algunos de ellos a verme, que serían muy bien recibidos y con mucha seguridad de paz. Fiándose de esta palabra, comenzaron a venir, ya unos, ya otros, en particular las cabezas de ellos a verme. Procuróse desde el principio irlos acariciando con algunos donecillos de los que ellos estiman, y juntamente convidándoles a que entrasen a rescatar maíz a su tiempo. Fuéronse con este medio ganando de suerte que venían a pueblos cristianos, así varones como mujeres; muestra ya esta de mucha seguridad. Convidábanlos cuando se celebraban las fiestas y pascuas de cristianos, y ellos también los acariciaban y convidaban a sus casas, con que se movían ya, o por mejor decir, los movía Dios a que pidiesen el bautismo de sus hijos pequeños. Estando en este estado los Comporis, vino a decirme el indio cristiano, que ya había trabado mejor amistad con ellos, y que gustarían que yo entrase a sus tierras y diese una vuelta a ver toda su gente. Comunicé esta disposición y entrada con el Padre Rector del Colegio de la Villa, por como atrás queda dicho hay orden de que no se hagan nuevas entradas sin orden de los superiores. La respuesta del Padre Rector fue, que como la dicha entrada se hiciese con escolta, y en compañía de algunas dos docenas de indios de valor y fidelidad de los Ahomes siempre fieles, venía en que se ejecutase el intento, para ver si por este medio se podía ganar esta gente para Cristo. Con esta respuesta resolví visitar esta nación, y señalado el día se dio aviso a los Comoporis, y enviando a llamar al Cacique de los Ahomes, don Miguel, le encargué que para el día señalado se aprestase con algunos veinte indios de los suyos para que todos fuésemos en compañía. Con muy buena voluntad vino en lo que se le pedía, y se disculpó él y su gente, para la entrada a tierra y nación con quien antes se mataban y de donde en otro tiempo no salieran con vida, y aún en este no dejaban de exponerse a algún peligro. Pero también es providencia de Dios experimentada, el hallarse a veces entre estas gentes, algunos que saben poner a riesgo sus vidas por la del Ministro del Evangelio. Dispuesta en esta forma la entrada, la tarde antes de la partida, sucedió que vino a mi la mujer del cacique



don Miguel, muy afligida y triste, diciendo que tenía noticia que los Comporis no tenían buen corazón, término que usan para significar que eran falsos y traidores, y que el llevarme a sus tierras no era con otro intento que de quitarnos la vida a mi y a los que iban en mi compañía. Y en prueba de eso sabía que habían pasado hacia los Comoporis algunas otras tropas de gente de monte, sus confederados, de que hierven estas marismas, y a la verdad, de esto se habían oído rumores de inquietud y poca fidelidad. Pusome en algún cuidado este aviso, pero teniendo experiencia que entre estas gentes conviene no mostrar temor no cobardía, porque se pierde mucho con ellos de la autoridad que ha menester su Ministro, y ya en aquella ocasión, no hallando medio para excusar la entrada, alenté a la india afligida para que ella no desanimase a su marido. Encomendado el negocio a Nuestro Señor, y pidiéndole su favor en negocio de tanto servicio suyo, y remedio de aquellas almas, a quienes estaba tan cerca la luz del evangelio, dicha Misa, antes de que amaneciera nos pusimos en camino. Habiendo pasado el río, a cuya ribera estaba el pueblo de donde salía, me hallé cercado de más de cien indios aprestados y puestos a punto de guerra, cargados de carcajes, arcos y flechas, de los amigos Ahomes. Aquí reparé, y llamando a don Miguel, le dije que para que era aquel ruido de gente, pues sabía que no le había pedido para uir en mi compañía más de dos docenas de sus parientes, y que viendo los Comoporis tanta gente con armas, los poníamos a riesgo de alborotarse, entendiendo que ir a sus tierras con aquel estruendo no era de paz, sino con algún intento de guerra. A esto me respondió: Padre, yo no llamé más de los que me dijiste, pero estos tus hijos dicen que fían poco de los Comoporis, que les conocen muy bien y no quieren que su Padre corra riesgo y se lo maten, y por diligencias que hice no fue posible detenerlos. Pero para reparar la turbación que podía causar en los Comoporis tanta gente armada, despaché adelante un mozuelo de diez y ocho años, de nación Ahome, señalado en el ánimo y valor, porque lo tenía como de español, para entrar intrépido en naciones extrañas, y ayudábale su seguridad el saberse que era criado del Capitán, y obre todo la labia que tenía en varios lenguas que sabía, era grande. Y porque se entienda el aliento del muchacho, digo que este día salió a acompañarme en un buen caballo que tenía, y ya que nio pudo armarlo como los soldados españoles, pintó en él con almagre unas armas que lo cubrían, y lo gobernaba con tanta destreza como el más diestro jinete español. A este indiecito cristiano y de tan buena capacidad lo despaché adelante, para que de mi parte dijese a los



Comoporis que se asegurasen de aquellos mis hijos que iban en mi compañía, así llaman los padres a sus bautizados como ellos no saben otro nombre sino el de Nuestro Padre, que no iban con otro corazón que el de acompañarme y entrar a sus tierras con toda paz y amistad. Hecha esta diligencia, proseguimos nuestro camino, y mucha parte de él por la ribera del mar, donde no se les faltaba a los indios pescado en qué emplear sus flechas. Llegaos finalmente al paraje y puesto de los Comoporis, donde no tenían para su vivienda género de pueblo, ni casa ni hogar, ni la usaban, sino que vivían como fieras del campo. En médanos de arena tenían hecha una enramada, o ramos de árboles hincados, para que yo parase a su sombra y defensa de los fortísimos soles que aquí hace. Hallé aquí una señal de muy poca seguridad, porque fueron muy pocos los indios Comoporis, con su Cacique llamado Corai, que tenía fama de muy gran guerrero, que salieron a recibirme, sin aparecer la gente menuda de mujeres y niños. Extrañé eto mucho, porque cuando estas gentes retiran al monte o no manifiestan las mujeres y niños, es clara seña de que están de guerra. Reparando pues en la acción, pregunté al cacique como no aparecían sus mujeres y niños cuando venía a verlos y regalarlos y llevaba algunas cosillas de comida y otras de que ellos gustaran, añadiendo que los tenía por hijos y que no me había de volver sin verlos. Respondió que había indo a pescar a una laguna o estero allí cerca para traer algo de comida para mi y para mi gente, y al cabo de rato llegaron solas tres o cuatro mujeres con unas redécitas de pescado y ostiones que acababan de recoger. Pasábase el día y no acababa de aparecer la demás gente menuda, con que más se avivaba la sospecha y poca seguridad, y los indios amigos la recelaban, y así se pasó el día. Salieron después otros cuatro indios, que nos mostraron sus pesquerías y algunos senos de mar donde las hacían. Llegada la noche vino el Cacique Corai con sus pocos compañeros y comenzó un razonamiento diciendo: Padre, aquí queremos hacer una iglesia, vendrás a doctrinarnos y bautizarnos en este puesto, como lo haces con otras naciones, porque nosotros no podemos dejar nuestras pesquerías y tierras, y mejor dijera cerros de arena, para ir a tierra ajena. Aquí acabé de entender en lo que topaba la extrañes con que me habían recibido y que sus temores eran si entraba a obligarlos a poblar fuera de sus amados médanos. Y teniendo experiencia que tales naciones se han de ir ganando con traza, con tiempo y paciencia, que de esta suerte también se rinden, lo primero que les dije fue que con mi ida a us tierras no pretendía sacarlos de ellas, y que lo que ellos pedían, de



que en aquellos médanos de arena se hiciese iglesia y viniese a visitarlos y doctrinarlos, no era posible por la incomodidad del pueblo, por la falta de agua dulce permanente y de comida de maíz para la gente. Además que para venirlos a visitar me atajaba el río, que por aquellos llanos la mayor parte del año venía tan desenfrenado y explayado que ni aún ellos se atrevían a pasarlo. Finalmente, que por entonces me contentaba con haberlos visto y que ellos, como lo habían hecho hasta allí, fuesen a tiempo a verme, y a los pueblos de cristianos, que ya eran sus amigos y parientes, y su algunos gustasen de poblar con ellos, y sembrasen en sus tierras, los admitiría de muy buena voluntad. Desahogaronse y recibieron con gran gusto esta respuesta, y quietos se fueron a dormir a sus ranchos. Pero aquí es de contar la fidelidad y diligencia del cacique de los Ahomes, don Miguel, en la guarda y seguridad de su Padre y Ministro. Recelaban aquella noche el dicho Cacique y su gente, y no sin fundamento, alguna traición o alboroto, viendo que no acababa de salir ni aparecer la gente menuda, y así no se fiaba de ellos. Acabada pues la plática que con ellos tuve hasta la media noche, llamé a don Miguel, pregúntele cómo o dónde se alojaban sus hijos. El cuerdo indio me respondió: Padre, aquí puedes descanar en tu enramada, descuidado, que yo con algunos de mis hijos dormiremos cerca de ella y toda la demás de mi gente la tengo repartida y prevenida para que duerman en los mismos ranchos de estos Comoporis, y donde ellos enciendan sus fuegos, porque nosotros ya sabemos que ahí es donde se tratan y conciertan la traiciones, y de cualquier turbación que intentasen, tendremos aviso y no podrán ejecutarla sin que la sintamos y defendamos de ella. Con todo este cuidado dispuso esta avisada prevención el fiel cacique. Aunque la verdad, ni fue menester, porque los Comoporis habían quedado muy consolados y seguros con la respuesta que la noche antes le había dado, dejándoles en su quietud y dándoles larga para su reducción en mejor ocasión y tiempo. Todo lo cual finalmente se consiguió felizmente, porque a la mañana apareció toda la gente, con mujeres y niños. Quedaron acariciados y frecuentaron después el ir a verme a los pueblos cristianos. Comenzaron a aplicarse a labrar la tierra y hacer algunas sementerillas, dejando la vida de salvajes que tenían, y cuando se hallaban en los pueblos de los bautizados, entraban juntamente con ellos en la iglesia a la doctrina cristiana, y tal vez se bautizaba uno u otro, y se iban quedando de asiento. Finalmente, dentro de dos años se redujeron todas estas parcialidades de gentes, que parecían indomables, y en península donde había ido hacer compañía a los



peces del mar, con lo que parece se cumplió se cumplió lo que dijo Cristo a sus discípulos, que los haría pescadores de hombres. Pesca fue ésta de hombres, que hacían vida con los peces, y ellos entraron en la redes apostólicas de la doctrina evangélica; fueron lavados con las aguas sagradas del Santo Bautismo y se congregaron como seiscientas personas a los pueblo de cristianos, y son hoy de los buenos que han recibido doctrina entre estas gentes. Quedaron en gran amistad y hermandad con los mansos Ahomes, antes enemigos capitales. Esta relación servirá de que se entiendan cuáles son las naciones de estas Provincias, que los hijos de la Compañía de Jesús, con su gracia domestican, por más fieras y bárbaras que sean. Otras toparemos delante, mucho más populosas y políticas, pero las unas y las otras pertenecen a la corona con que Cristo nuestro Señor dijo coronaría su Iglesia. Como con galanos símbolos lo significó el Espíritu Santo en el capítulo cuarto de sus misteriosos Cantares, convidando a su esposa la Iglesia Santa, a salga del Líbano, monte hermoso y de bellas plantas, con cuyos pimpollos serán coronada, porque también quiso entretener su corona de ramos silvestres, entre los cuales habitaban leones y fieras. *Coronaberis de capite Amana, de vértice Sanir, Hermon; de cubilibus Leonum, de montibus pardorum.* Palabras todas que bien claramente están manifestando los pueblos y calidades de gentes, de que vamos tratando. Ni faltan expositores santos que las entiendan de la Gentilidad.

En esta de que vamos tratando, hallé un género de superstición o medio idolatría: Esta fue, que orilla del mar, y en los arenales donde vivían, a trechos tenían levantados unos palos altos, y al pie de ellos amontonados algunos huesos humanos, y junto a ellos algunas madejas de ixtle, que es como el cáñamo de Castilla, que hacen de una planta silvestre y de que tejen redes para sus pesca. Llegando a estos puestos, pregunté al cacique Corai qué significaba aquello y de qué les servía. Respondióme el gentil, que aquellos huesos eran de indios que atravesando aquel brazo de mar, habían muerto en los dientes de tiburones, pescados fieros que ellos temen mucho y andan muchos por aquella costa, y añadió que al poner allí aquellos huesos, era para que el que hubiere de pasar aquel brazo, ofreciese primero una madeja de ixtle en el lugar donde estaban aquellos huesos, por que los tiburones no les hiciesen presa. Engaño de gente que traía Satanás sepultada en tinieblas. Procuré desengañarlos, dándoles a entender, cómo sólo Dios es a quien habemos de pedir nos libre de los peligros de la vida, por ser el autor de ella, y el que nos la da y conserva. Pedíle que, para desengaño de su gente, derribase

aquellos palos y enterrase aquellos huesos. Y en oyendo el Cacique esta plática se terció de muerte, y comenzó a temblar, dando a entender que si tal hiciera, por el mismo caso moriría. Entonces dije a un indio cristiano animoso, que allí estaba, que derribase aquellos palos y enterrase los huesos. Ejecutolo luego y quedaron desengañados de aquel embuste del demonio los demás indios, viendo que no había recibido daño el que los enterró, y por sólo este suceso se pudo dar por muy bien empleado el viaje. Pero siguieronse otros muchos, y muy buenos, de la dicha jornada, que aunque peligrosa, fue Dios servido de sacarnos con mucho consuelo y feliz suceso.



CAPÍTULO IX



Acaban de bautizarse las naciones confederadas de los Ahomes. Fundase otro pueblo y estado en que persevera toda la cristiandad, hasta este tiempo.

Asentaron las naciones montaraces y pescadores en los pueblos de los Ahomes, como se escribió en los capítulos pasados, y se hicieron estas reducciones tan plenamente que no quedó indio chico, ni grande, viejo, ni vieja, de los amadrigados en sus montes que no saliese de ellos, y de toda aquella marina. Tratóse luego de bautismos generales de todas aquellas rancherías, y las fue disponiendo Dios con su divina gracia, de fuerza que recibían y percibían muy bien la doctrina cristiana, y con fervor iban a tropas pidiendo el Santo Bautismo, de manera que dentro de un año se bautizaron como dos mil almas; y con el divino sacramento, en que nacen ya los hombres hijos de Dios, se veía en ellos una maravillosa mudanza de costumbres, paz y alegría del nuevo estado en que se veían. Todos, chicos y grandes, acudían a la doctrina y pláticas de ella, a misa, aún los días de entre semana; a pedir el sacramento de la confesión los que caían enfermos; las desechadas de los que por haber tenido número de mujeres se habían casado con sola una legítima, venían a pedir ser admitidas al santo bautismo para contraer legítimo y cristiano matrimonio. Bailes gentiles ni embriagueces, ya



no se veían ni oían entre ellos; aplicábanse a labrar tierras y sembrar las semillas que usan, y cuando ellos no las tenían, el Padre las compraba y se las daba, con que ya regustados a estos frutos, hacían más asiento en sus pueblos y acudían mejor a los ejercicios cristianos.

Formóse en el pueblo de Ahome, como el principal, Capilla de Cantores, que con el tiempo y ejercicio se fue perfeccionando, de suerte que ya se podía celebrar la Misa de los Domingos y fiestas principales, y oficios de la emana Santa con mucha solemnidad, lo cual les servía de hacer más concepto de los misterios de nuestra Santa Fe y de entretenimiento en los días de Pascuas, y principalmente de las fiestas titulares de sus pueblos, porque costumbre es asentada tomar por título de iglesia, o pueblo que se funda, algunos de los misterios de Cristo Nuestro Señor, o de su Santísima Madre, o de algún santo. A esta fiesta, que ellos también llaman *pascua*, añaden celebridades de danzas, bailes honestos, y convidan a los pueblos de su facción, y aún otras naciones comarcanas, aunque sean gentiles. Los pescadores, en tales fiestas, para regalar a sus convidados, usan hacer pescas generales, y aunque sucede concurrir y juntarse dos o tres mil indios, traen tanta cantidad de pescado, que hay que repartir a todos. En la cuaresmas acudían, ya a sus confesiones, haciendo cada día más capaces de las partes necesarias de este Santo Sacramento, y los que mostraban más capacidad se iban disponiendo para la sagrada comunión, haciéndoseles primero pláticas de loo soberano de este sacramento, cuyo uso se vino a introducir escogiendo en cada nación alguna parva de gente de la que procedían con más ejemplo y observancia de la Ley de Dios, y haya aprendido la doctrina cristiana, porque la inculta capacidad, y costumbres bárbaras de estas gentes no dan lugar a que luego acabados de bautizar se les pueda comunicar este divino pan, que es de fuertes y robustos en la Fe. A las penitencias de la cuaresma se aplicaban con facilidad, haciendo sus disciplinas de sangre, con mucho concierto y devoción, y gentío, que acompañaba la procesión y cantándose las letanías.

Aunque estas cosas podrían parecer comunes y ordinarias en pueblos cristianos antiguos, pero en naciones tan nuevas en la Fe, y que eran tan libres como los ciervos de los campos, tan fieras y belicosas como los leones y tigres, tan montaraces como los jabalíes, y estaban tan escondidas como los peces en el mar, es como milagro verla ya sujetas a estos ejercicios, y trueque como este y mudanzas de tales costumbres, quién puede dudar ser obra del Altísimo, y



de tanta o mayor estimación que cobrar vista ciegos, resucitar muertos y sanar endemoniados?. Estando pues en estado la nación Ahome con sus consortes, y acabado con el bautismo de toda la gente, se trató con los principales edificasen iglesias que fuesen de dura, más decentes y capaces que los jacales que antes tenían, para celebrar los oficios divinos y sus fiestas. Oyeron con gusto la plática y les pareció que la obra sería honrosa para su pueblo, y así ofrecieron su trabajo, y aunque la obra habría de ser de adobes, y llana, con todo, por ser tan nueva para ellos, era necesario buscar oficiales que les industriasen, y juntamente quien les enseñara a cortar y labrar grandes árboles para el enmaderamiento de la iglesia, grande y capaz. Acudían a esto con tan buen aliento, que sucedía cargar a hombros ciento y más indios un muy grande madero, que hicieran muchas yuntas de bueyes en arrastrarlo, lo cual ellos hacían con alegría. Lo uno, por estar muy hechos a carga de hombros, y por no tener entonces otra traza para tirarlos a la obra. Trabajaban hombres y mujeres, chicos y grandes, con que se acabó la iglesia, donde cabían dos mil personas, y blanqueada y pintada se dedicó con gran fiesta y concurso de las naciones vecinas, que se admiraban de ver cosa tan nueva y se les encendían deseos de ver otra semejantes en sus pueblos.

El ver esta iglesia, ya edificada en el pueblo de Ahome, y por otra suerte inundado con avenida que hizo el río el pueblo donde se habían congregado los pescadores Bacoregues, que de atrás se hizo mención, les movió, interviniendo también ruegos del Padre, a que se redujesen al pueblo de los Ahomes. Ejecutóse sin repugnancia, y reducidos los Bacoregues con los Ahomes, quedó este pueblo con unas seiscientas casas y en muy buena disposición. Después, andando el tiempo, de la gente residua de la marinas y costa del mar, que era mucha, se juntó otro nuevo y grande pueblo, dos leguas más arriba del de los Ahomes, donde se congregaron otras más de cuatrocientas familias, y se le dio el título de Arcángel San Miguel, cuyo favor se echó de ver en el buen asiento que hizo gente tan montaraz, y aunque costó al Padre Vicente del Águila, de quien adelante se hará mención, grandes trabajos de ida y vueltas a las marismas, esta reducción y amoldarla a las leyes humanas y cristianas, pero logrose muy bien su trabajo, porque toda esta nueva gente se congregó, aprendió la doctrina y se bautizó. Hicieron otra tan hermosa iglesia como la de Ahome, y persevera este pueblo y resplandece en él una señalada cristiandad, de cuyo progresos no me detengo a escribir más en particular, por ser muy semejantes a los pasados. Está hoy un Padre administrando

Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe

el partido de estos dos pueblos, en que se estarán bautizado y multiplicado a la iglesia desde sus principios, hasta hoy, de diez a doce mil almas, de las cuales hay buenas prendas, que muchas pueblan el cielo, sin las que cada día van naciendo, con que queda escrita la reducción de Ahome y sus consortes, y será remate de esta relación de un navío que por este tiempo aportó a sus costas.



CAPÍTULO X



*Como aportó u navío, que a su cargo llevara
el Capitán Juan Iturbi, a la costa del pueblo de Ahome,
y la ocasión con que ahí llegó.*

Por haber sucedido el caso, y llegada de este navío a la costa de Ahome, de que acabamos de tratar, y haberme yo hallado en el dicho pueblo en eta ocasión, me pareció escribirlo aquí, como pasó y sucedió, y fue así que el año de (mil) seiscientos y quince entró por la Mar del Sur con dos navíos el Capitán Juan Iturbi, por comisión de Tomás Cardona, vecino de Sevilla, a quien hizo merced Su Majestad del Rey Felipe III, de dar permiso para que armando los dos navíos y llevando buzos, descubriese las pesquerías de perlas de que había noticias en el brazo de Californias, que como se ha dicho, corre la costa de la Provincia de Cinaloa. En este mismo tiempo sucedió también, que los Pichelingues, entrando por el Estrecho de Magallanes con algunos navíos, y saliendo al Mar del Sur, corrieron la costa de la Nueva España, y topando con los dos navíos del Capitán Iturbi, antes de entrar en el brazo de Californias, por la boca que llaman de San Lucas, cogieron a uno de ellos, escapándose el otro, en que iba el dicho capitán, el cual, navegando por el dicho brazo, anduvo algunos días fondeando los



comederos de conchas, haciendo catas y experiencias de lo que prometía la opinión que esto corría. Hallaron muchos abundantes y pescaron alguna cantidad de perlas, él, sus compañeros y soldados. Refiriome a mi después. Que aunque había mucha abundancia de conchas, pero que en ella no pintaban muchas perlas. Por ventura, por no ser aquel tiempo en que se crían, que si no me acuerdo mal, era el principio de primavera. Anduvo algún tiempo el Capitán Iturbi fondeando este mar, y subió por él hasta treinta grados de altura del Norte, y acabándose los bastimentos se vio muy alcanzado, sin haber puerto donde repararle por aquella costa de tan nueva navegación. Corrió por este tiempo voz entre los indios, diciendo, veían por la mar, y a mucha distancia de tierra, una como kha, o Teopa, nombre que dan a sus jacales de iglesias, Avisándome de esto, me vino sospecha de que sería algún navío de españoles que había entrado al descubrimiento de perlas, de que había codiciosos por este tiempo, y no habiendo a mi llegado noticia la entrada a este Mar del Sur, de los navíos Pichelingues, u por otra parte dándome algún cuidado, que la caja de madera que los indios decían andana por la mar, podría ser navío derrotado de Españoles, que no sabían el paraje donde estaban, y por ventura tendrían necesidad de socorro y noticias de aquella costa, me determiné a escribir una breve carta, intitulada a los Españoles que navegaban en aquel brazo, avisándoles que si tuviesen necesidad de algún refresco, supiesen que la costa estaba poblada de cristianos seguros, con los cuales estaban los Padres de la Comandancia de Jesús, que los socorrerían. Di esta carta a un indio, gran nadador, encargándole que estando algunos días en la costa, si viniese aquella caja, o Teopa, que decían venía por la mar, poniendo la carta en la guirnardilla, con que recogen el cabello, atada y levantada en una cañita, como ellos lo usan, porque no se mojase, sin temor se acercase al navío y la diese a los españoles. Aceptó la diligencia el indio, pero no fue menester ejecutarla, porque estando yo en la casa del pueblo de Ahome, descuidado, se entraron por ella dos españoles, con gran algaraza de los indios por la novedad. Llegaron tales que les faltaban poco para desfallecer de hambre, y cuando me vieron, levantando la voz y corazón al cielo, dieron gracias a Dios de verse en tierra de cristianos. Hiceles luego de comer, que era lo que primero necesitaban para poder hablar. Pregunteles de su viaje y cómo habían acertado con este pueblo de Ahome, que distaba cuatro leguas de la mar, y todas ellas de espesos arcabucos y breñas. Dieronme cuenta del discurso de si viaje y cómo viéndose tan faltos de bastimento y sustento, aunque no tenían noticia



de qué gente habitaba aquella costa, los había despachado en el batel del navío el Capitán, a que descubriesen si había algún lugar donde poder repararle, para no perecer de hambre. A la verdad, si hubieran aportado un poco más adentro de la costa de California, hubieran ido a parar donde los indios se los comieran, aunque estos ya son hoy gente reducida a la Fe, de que trataremos más adelante. Añadieron que el rastro por donde Dios los había atraído con tanta ventura suya a este pueblo, había sido el de muchas huellas de pescadores, que desde la mar, y por medio de aquellos arcabucos habían hallado hasta el mismo pueblo. Dijeron más, que el navío había quedado surto una o dos leguas la mar a fuera, por no conocer puerto seguro, y que allí aguardaba el Capitán la vuelta del batel, que dejaban en un puerto de aquella costa, de que me dieron señas. Llamé a los indios principales del pueblo, en particular al Cacique don Miguel, encargándole preparase alguna gente que la madrugada siguiente cargase todo lo más que pudiésemos llevar de bastimento y refresco para los espaldes derrotados; los indios no veían la hora de ir a ver la casa de madera que andaba por la mar. Hice recoger tasajos de vaca, que es nuestro sustento en estas Misiones, harina de maíz y otras comidillas de la tierra, y partimos otro día de mañana, con mucha gente que se convocó, y guías, por entre aquellas espesas selvas, por donde aún no se atinaba con el camino que habían traído los españoles, y por no acertar a dar razón alguna de él, se perdió. Hallamos a la tarde, atajados con algunos esteros de los muchos que hay en esta costa, diciendo los indios no lo podíamos pasar a caballo; no obstante, por las señas que los españoles daban de donde habían dejado el batel, no estaba lejos. Por esta razón, y socorrer a los que estaban tan necesitados, encargué a los indios que pasasen adelante, aunque fuese por agua, con el refresco. Los dos españoles determinaron, dejando los caballos en que iban, acompañarlos y ahorrando de ropa para pasar los lagunachos o esteros, prosiguieron su camino, quedándome yo aquella noche en aquel monte, por ver si al día siguiente se hallaba el camino o paso, para ir a ver al Capitán y darle la bienvenida y noticia del puerto, donde pudiese ir a surgir con su navío. Llegaron finalmente los indios al batel, y en él recibieron los españoles el refresco, y lo llevaron al navío, y fue recibido con gran alegría y agradecimiento del Capitán Juan Iturbi, el cual me envió aviso de que aguardaría en el batel al día siguiente, para donde me dijeron los indios me pasarían en hombros por lo lagunachos, como lo hicieron, y yo este viaje con mucha voluntad, así por socorrer esta necesidad de peregrinos de mar, como por los



muchos indios que me acompañaban, viesan el navío, como grandemente lo deseaban, y había de servir que contasen a naciones de la tierra adentro cómo los españoles sabían andar por la mar y por aquellas costas que ellos tenían por impenetrables, y todo había yo que había de servir para amansar fieras naciones, ignorantes de otro mundo. Cuando llegué al batel, hallé al Capitán, que me esperaba, teniendo a vista más de legua de distancia su navío, y después de las saluciones que pedía la caridad cristiana, le pedí tuviese por bien que pasásemos a él, y fuesen los más de los indios que llevaba en mi compañía, por el deseo que tenían de verlo. Todos los que cupieron en el batel entraron, y aún más de los que después quisiéramos. Porque se levantó una marea y viento tan recio, que nos puso a riesgo de anegarnos, sin poder llegar a bordo. Pero al fin quiso Dios que lo alcanzásemos y entrando en él los indios, quedaron pasmados de ver cosa tan nueva, nunca vista ni pensada de ellos. Habiendo descansado y tomado alguna refección, y dándole noticia al capitán de cómo treinta leguas más abajo estaba la boca del río de la villa, donde o cerca de ella se podría buscar puerto y repararse de lo necesario para su viaje, a que podría estar cierto que acudiría el Capitán del Presidio y Padres que allí estaban, con mucha voluntad. Con esto los indios y yo dimos la vuelta a nuestro pueblo con mucho orgullo, y ellos con el singular de haber visto cosa como milagrosa para ellos, de que serán testimonio estas palabras dignas de reparo para su corta capacidad, que a la vuelta me dijeron; *Padre. Ahora nos confirmamos en toda la doctrina que nos predicas en la iglesia, porque hemos visto por nuestros ojos lo que algunas veces nos habías referido, que habías venido de tu tierra por enseñarnos la Ley de Dios, pasando la mar en una casa de palos, y ahora lo han visto nuestros ojos.* Esto les había dicho algunas veces por acariciarlos, y no me pesó de su dicho en que no quisieron decir, que antes no hubiesen creído la doctrina que en la iglesia se les había predicado, que si la había creído y recibido como verdadera, sino que les servía confirmarse en ella. Como a los que son antiguos y fieles cristianos, les sirven de evidencia de de credulidad los nuevos motivos y sucesos que confirman la Fe que ya tenían, de lo cual también se necesitan esta gentes tan apartadas e ignorantes de la verdad de la doctrina que e les predica, tan inaudita para ellos, y aunque sea estimada de naciones de más policía, ellos lo ignoraban. Dos o tres días se detuvo el navío en aquel puesto, y en ellos no cesaban tropas de indios de ir y venir a verlo, llevando bastimento de las semillas que tenían y rescatando con ellas alguna ropa de los españoles. Pasados



estos días partió con su navío el Capitán Iturbi la vuelta del río de la villa, donde dio fondo, y avisó de su llegada al Capitán Diego Martínez de Hurdaide, que le acudió con todo el socorro necesario. Andaban todavía por este tiempo los navíos Pichelingues por la costa de Nueva España, y era tiempo en que se aguardaban las naos de Filipinas en el puerto de Acapulco. Teniendo pues noticias el Virrey, Marqués de Guadalcazar, del navío que había aportado a Cinaloa, despachó a toda diligencia correo, con ordenes, para que el Capitán Bartolomé Suárez, que lo era del Presidio de San Andrés, nio muy distante de Cinaloa, se embarcase con algunos soldados en el dicho navío y saliese a encontrar las naos de Filipinas, dándoles aviso que tomasen diferente rumbo y puerto, que el de Acapulco, para asegurarse de los enemigos. Ejecutáronse las ordenes del Virrey, aunque el navío de se despachó no encontró a los de Filipinas, y quiso Dios que ellos tomasen en puerto de Acapulco, sin encontrar los Pichelingues. Vuelto el navío a buen puerto, que ya había hallado el Capitán Iturbi, al cual puso por nombre Puerto de San Ignacio, poco distante de la boca del río de la villa, y habiendo hecho otro barcón grande, y matalotaje con él, y su navío, volvió a correr el brazo de Californias y hacer nuevas pesquerías de perlas; sacó algunas, y habiendo navegado hasta altura de treinta y dos grados, dio la vuelta para tomar más de propósito esta empresa, la cual ha estado suspendida por algunos años, si bien después acá se han hecho, aunque no de propósito, algunas otras entradas en barcos, y todos han sacado perlas y asentado amistad y trato con los indios de Californias los españoles, los cuales si ahí poblasen de asiento, le estaría muy a cuento a la Provincia de Cinaloa, porque tendría salida de sus frutos. Estúvole muy a propósito la llegada del navío, de que hablemos hablado, porque las naciones de toda la Provincia quedaron en mas estima de los españoles, y atemorizadas de sus armas y valor, como adelante en la reducción de los belicoso Yaquis se dirá en el libro quinto. Escrito queda atrás, cómo el Rey Nuestro Señor Felipe III. Que Dios guarde para bien de toda la cristiandad, ha mandado al Almirante Pedro Porter de Casanate, Caballero del Hábito de Santiago, que le pueble las Californias; déle Nuestro Señor feliz suceso.



CAPÍTULO XI



De la primera entrada que hizo el Padre a dar asiento a la doctrina de la valiente nación Zuaca.

Legase el tiempo, que la Divina Providencia tenía señalado para rendir y sujetar al suave yugo de la Ley Evangélica la nación Zuaca, que tantos años había estado rebelde, así a la divina ley, como al valor de los españoles, que tantas veces se vieron obligados a mover y ejercitar sus armas contra ellos, sin hacer mella en la dureza de su rebeldía, avilantez y arrogancia. Pero finalmente, para dar Dios a entender que era obra de su brazo y no del humano, la conversión de nación tan fiera, aguardó la victoria para después que se hubiesen experimentado las rebeldías bárbaras de ella, que quedan escritas en varias partes de esta historia. Ya se dijo como había pedido que entrase un Padre a sus tierras a darles doctrina y bautizarse; esto me cupo a mi en buena suerte, por orden de la santa obediencia, juntamente con la nación Ahome, su vecina. Asentada esta se dio principio a la empresa espiritual de la Nación Zuaque, que toda la Provincia deseaba ver quieta y cristiana, por ser la que la ponía en cuidado y sobresaltos continuos. A esta se dio principio el año de (mil) seiscientos cinco, en la forma siguiente: La india Luisa, cristiana, de quien atrás se hizo mención, y su pariente Ventura, con otros principales, fueron a la villa para que en su compañía entrasen a sus pueblos el



Padre que se les había señalado. Fiado de la divina protección, fui con mis Zuaques; llegué a sus pueblos, que eran tres, en espacio de seis leguas, en los cuales había cerca de mil vecinos y familias; el principal de ellos, llamado Mochicahui, asentado a la orilla del río, en un hermoso llano, que gozaba del más fértil valle que hay en toda Cinaloa. Llegando a él salían tropas de gente con mucha alegría, hombres y mujeres, con sus niños, a darme la bienvenida y besar la mano o que se la pusiese en la cabeza, estilo de reverencia que, como queda dicho, usan cuando llega a saludar a los que son sus Ministros. También dieron muestras de esta reverencia y amor en no traer flechas ni arcos en las manos, los que no solían soltarlos de ellas, y en los que fundaron siempre su arrogancia y soberbia. Hallé hechas unas enramadas para casa e iglesia; entrando en esta, luego que llegué, les hice el razonamiento y plática que se acostumbra, declarándoles a lo que venía a su tierra. No a guerras, porque no traía armas, ni soldados en mi compañía, sino a ampararles, ser les Padre y enseñarles el camino de su salvación. Pediles luego, que para que quedase más confirmada la paz, y se entendiese cuan de veras habían pedido la doctrina de la palabra de Dios, y que se les enseñase de propósito, era conveniente que se bautizasen sus hijos pequeños, como lo habían hecho las otras naciones. Recibieron muy bien la plática, y la india Luisa, que sabía bien esta costumbre, les tenía avisado y recogido gran número de madres con sus hijos, unos de los brazos, otros mayorcitos por su pie. Dispúsose en orden en aquel campo la manada de corderos, no para matarlos, sino para darles vida y ofrecérseles a Dios, echándoles en el Santo Bautismo el hierro y marca del Cordero que quita los pecados del mundo. Llegaría el número de esta manada a trescientos, repartiéronse a los pocos cristianos que allí concurrieron, para que los apadrinasen en el Santo Bautismo. No quiero callar una particularidad que se mostraba más en esta nación que en otras: Por pertenecer a la Soberana Reina de los Ángeles, y a la gracia singular que su Hijo le comunicó: Que a la niña a la que se le ponía el glorioso nombre de María, lo celebraban y recibían con particular aplauso y alegría, diciendo: *Laut tena*, que quiere decir, nombre principal y de señora, y quien lo celebraba más era la Luisa cristiana, y se lo daba a entender; prenda que declaraba lo favores que esta soberana Madre de misericordia había hecho, y había de hacer adelante, en ablandar corazones tan fieros como los de esta nación. Celebrase el bautismo con suma alegría, con tal cosecha para el Cielo en campo tan estéril. Concluido con el bautismo de los párvulos de este pueblo, pasé a los otros dos, y



siempre delante la India Luisa, que parece tomó Dios por instrumento del remedio de esta nación. Entrando en el pueblo tomaba a su cargo el cuidado de que se recogiesen a los niños para el bautismo, y a voces y gritos convidaba a juntarlos, y como conocía a su gente, si echaba menos a algunos que estaban en las sementeras, enviaba por ellos, y no descansaba hasta hacerlos traer a la iglesia y que se bautizasen. Ofrecíase por madrina de machos, y hacía que sus tres hijas lo fuesen, que eran cristianas, y llegaba a tales términos su ansia de que todos se bautizasen, que si el Padre desechaba algunos muchachos, dudando si por la edad podían pasar por párvulos a recibir el bautismo, sin aguardar a que supiesen la doctrina, la cristiana india deshacía sus años y apocaba su edad, y era muy porfiada en que quedasen bautizados. En los dos pueblos se celebraron los bautismos como en el primero, y a unas dos vueltas quedaron bautizados párvulos Zuaques unos ochocientos. Los muy viejos son en su modo como párvulos, y están a riesgo de morir sin bautismo, como ellos. Por esta razón, y ser ya decrepita la edad, a unos veintisiete que parecieron de ella, no les dilaté su bautismo, porque si guardara para tiempo, que además de la vejez, que ella se es enfermedad, les sobreviniese la de la muerte, estarían más ineptos para percibir lo poco que les había de enseñar y recibir este Santo Sacramento. Intentábase en la ramada, encendiáseles lumbre por el frío, y porque el hambre no les llenase el poco sentido que les quedaba en esta edad, eran regalados con comida, con que venían de buena gana mañana y tarde a que se les explicase cada vez un artículo de la Fe, de los más esenciales de ella. Costó el catecismo no pequeño trabajo, porque algunos de puro viejos eran medio sordos, otros medio caducaban, pero tales cuales los tenía Dios guardados hasta este tiempo, para mostrar las riquezas de sus misericordias con tan pobre gente, hiciéronse capaces de lo más necesario del catecismo, con que se celebró su bautismo, y después de él, no sin entretenimiento de los presentes, el de ratificar el casamiento de los que eran de casi cien años, para que lo recibiesen como sacramento, porque se duda muchas veces del valor de sus contratos de matrimonios antiguos. Al fin. Se les explicaba aquella santa ceremonia, y quedaban puestas en estado de salvación, almas que ya parecían estaban desesperadas de remedio. Tal vez sucedía, que catequizando a estos viejos, se entremetían entre ellos otros que no eran de tanta edad, con deseo de bautismo, pero despedíanse por ser capaces para enseñarles la doctrina mas despacio. Pasada esta primera acción, y echados estos primeros fundamentos a la

conversión de los Zuaques, venían muchas veces con gran alegría, diciéndome: *Padre, muy contentos estamos con tu compañía*. Preguntábase la causa de su rebeldía antigua y guerras pasadas, y ellos daban por respuesta que temían el trato de los españoles, de los cuales hablaban muy mal sus predicadores y hechiceros, pero que ya teniendo Padre en su compañía, estaban libres de temor, desengañados y muy contentos. Procuraba de mi parte acariciarlos, y con la gracia divina, ya los sermones de sus predicadores estaban trocados, y cada noche, a la prima de ella sonaban en la plaza muy diferentes de los que antes eran, dándole parabienes de la palabra de Dios, y el Padre que la predicaba, hubiese llegado a su tierra y viniese con ellos, añadiendo que ya no temían asaltos de enemigos, concluyendo con el estribillo de que muchos usan y es, que con todos tuviesen juicio de ahí en adelante, y buen corazón. Heme alargado a contar por menudo, el principio de esta conversión, por haber sido tan difícil de reducir, y escribirse esta historia, principalmente para nuestros Padres de la Compañía de Jesús, que se emplean en estas Santas Misiones, porque tengan noticias de las maravillas que sabe Dios hacer, en vencer dificultades que se ofrecen, en ganar naciones rebeldes, y bravas como esta. Que a cargo de Dios está humillar, montes soberbios y ásperos, y el cumplimiento de aquella promesa, que estaba anunciada por el tiempo que se predicase el Evangelio del Hijo de Dios: *Ovnis mons, collis humiliabitur, erunt prava in directa, aspera in vias planas*. Así lo hizo Dios, dando fin a la aspereza de esta nación, que de esta primera entrada quedó tan blanda y rendida, que desde este tiempo en adelante jamás se alborotó, ni se vio rebelión en ella, aún después de convertidas, no se alcanza.



CAPÍTULO XII



*Acaba de bautizarse toda la nación Zuaca.
Edifica iglesias en sus pueblos y solemnidad con que se edificaron.*

A la primera entrada a la doctrina de los pueblos Zuaques, no había en ellos más que unas enramadas que servían de iglesias, y el decir misa en ellas, era como decirla en el campo, sin reparo de vientos ni lluvias. Bien echaban de ver esto los Zuaques, y sabían las iglesias que tenían los otros pueblos cristianos, y así después hicieron unos grandes jacales de palos, cubiertos de paja, de la forma atrás referida. Acabados estos jacales, se puso fervor en que toda la gente entrase a la doctrina tarde y mañana, como lo hacían, a toque de campanas, que a costa del Rey se habían llevado, cuyo sonido les era tan alegre, como nuevo. Las madres que ya tenían hijos pequeñitos bautizados, a título de llevarlos a misa, se entraban con ellos a la iglesia, gustando de asistir cuando se decía, y permitíaseles esta buena Fe con que entraban, aunque Gentiles, por mirarlas como catecúmenos, que ya aprendían la doctrina para ser bautizados a su tiempo. Y aunque pudiéramos decir, que en aquellos pueblos todos eran catecúmenos, porque la gente toda era continua en la iglesia, y las costumbres bárbaras y gentílicas ya se desterraban. No se trataba ni oía plática de embriagueces ni guerras, antes eran continuos en

predicar sus principales en la plaza sermones contra ellas. Estando en este buen estado las cosas, se trató de dar principio al bautismo de los adultos, y estos de indios más principales de la nación, que sirviesen de guía y ejemplo a la plebe, que sigue mucho a sus cabezas. Y aunque en algunos hubo dificultad de dejar las mujeres que tenían, y contentarse con una inseparable, con todo, la gracia de Cristo Nuestro Señor obraba estas maravillas. Juntóse buen número de adultos, dieron sus nombres para el Catálogo de Catecúmenos, recogíanse a recapacitar la doctrina y pláticas de ella, tarde y mañana, con tanta afición, que todo el día no salían de la iglesia. Llegó el día del bautismo, se celebró con mucha alegría de los pueblos. Uno de los bautizados fue el Cacique, a quien los españoles habían dado el nombre de Ventura, y fue venturoso en que lo libró su parienta Luisa de la collera de los ahorcados, como atrás queda dicho. Este, ya bautizado, ayudó al nación de su nación, y vivió y murió como buen cristiano. Otro indio de los del número de este bautismo, fue de los más señalados en valentía y valor de toda la Provincia, y era el que hacía punta en las batallas, con que había ganado gran autoridad y nombre de su nación, indio que tenía aliento para levantar a otras si se inquietara, al cual por dicha razón, procuraban el Capitán y españoles, tener muy ganado. Esto se consiguió porque aunque tenía muchas mujeres, eligió una, con quien se bautizó y casó *in facie ecclesiae*, y se llamó don Cristóbal Anamei, y vino a ser de gran apoyo para la conversión y bautismo de la nación Zuaque, y siendo ya cristiano la gobernó muchos años, y ayudó a que después se edificasen iglesias de propósito, y al fin murió como verdadero cristiano. Con este primer bautizo quedaron los Zuaques muy animados para seguir con otros más copiosos, venciendo las dificultades que para ello tenían. Prueba de esto será un caso particular, que sucedió con un indio principal: Llegó este con un hijuelo suyo a saludar al Padre, queriéndole besar la mano; el Padre no lo consintió por entonces, antes dándole la mano le dijo no quería se la besase, pues tenía dos mujeres, y no trataba de hacerse cristiano, como los demás lo hacían. Esta acción y palabra fue medio con que le movió Dios, de suerte que se fue luego a su casa y habiendo echado fuera a una de las mancebas, y aún del pueblo, con la otra volvió, diciendo: *Padre, yo me quiero bautizar y vivir con sola esta mujer, como cristiano*. Aceptó el Padre la oferta, catequizáronse él y ella, y bautizados se casaron y perseveraron, dando buen ejemplo a los demás.

Tratóse luego de escoger, y recoger buen número de muchachos, que



aprendieran a leer, escribir y canto para el servicio de la iglesia. Acudieron a esto con muy buena voluntad los Zuques, y algunos principales ofrecían con gusto a sus hijos. Hallábanse y dábales Dios tanto contento en el nuevo estado que repetían en sus pláticas: *¡Ha Padre, con razón decíamos antes que llegaras a nuestra tierra, mientras no se bautizaren nuestros hijos, no podemos estar con seguridad ni tener gusto;* iba tomando en ellos posesión la Ley suave de Cristo, y tenían por salutación ordinaria: *Alabado sea Jesucristo.* Con ella remataban la doctrina en la iglesia, saludaban al Padre y se saludaban entre si, y parecía que resonando este dulce y saludable nombre, se purificaban los aires de aquella tierra, antes inficionados por el anhelo de la serpiente infernal, que tan ciegos los traía. A tropas venían viejos y mozos a pedir el Santo Bautismo. A las doncellitas, que tenían ya edad para casarse, no querían darles estado sus padres, sin que juntamente se bautizasen con sus maridos, porque ya conocían que contrayendo como cristianos su matrimonio, aseguraban su perpetuidad y perseverancia. En cada visita de los pueblos que se hacía, quedaban con gran consuelo bautizados unos, y dispuestos otros para la siguiente, de suerte que en tiempo de un año quedó bautizada y bañada con el agua del sagrado bautismo la nación Zuaque, y añadida a la iglesia católica este rebaño, haciéndole de nuevo más de tres mil cristianos. Acudían ya todos con más fervor y frecuencia a la iglesia, los domingos a misa y sermón, y aún los días entre semana, por su devoción, antes de irse a sus sementeras, y por esto se les decía de mañana. Y finalmente, para gozar más de estos ejercicios cristianos, y por otras conveniencias que hallaron, redujeron sus tres pueblos a sólo dos, en que había ochocientos vecinos, dos leguas y media el uno del otro, con que había más comodidad para pasar con ellos el Padre, y visitar sus vecinos los Ahomes.

Estando ya desocupada la gente de bautismos generales, se inclinaron los Zuaques a edificar iglesias de propósito, como las tenían sus vecinos. Tratóse con los principales esta materia y vinieron con gusto en hacerlas. Propúselo después en la iglesia la pueblo, animando a las mujeres que ayudasen a la obra. Las iglesias habían de ser grandes y capaces para tanta gente, y divisiones de niños y niñas, que tienen sus puestos aparte, y concurrir, no sólo toda la gente del pueblo a una Misa, sino la de los vecinos, como por su devoción lo usan, aun cuando la distancia no les obligue, y por estas razones era necesario fuesen las iglesias muy capaces y gastar muchos materiales en ellas. Las indias Zuacas se ofrecieron con mucha voluntad a ayudar a la obra, y cada día que la había, andaban cincuenta o ciento, acarreado



agua; servíales de no poco aliento a las bárbaras Zuacas el decirles que aquella casa era de la Madre de Dios María, cuyo nombre, como ya dije, tenían por glorioso y amable; hasta los niños y niñas ayudaban, y no poco en la obra; días había que trabajaban en ella de todas las edades cuatrocientas, seiscientas personas, aunque no duraba el trabajo más de medio día, por no cansarlos. Acabáronse las iglesias de los dos pueblos, blanqueáronse y adornáronse con pinturas, y frente de ellas dos muy altas cruces, que formaban cimiterios. Ufanos los Zuaques de verlas acabadas, trataron de la fiesta de su dedicación, deseando que se celebrase con gran solemnidad y se convidasen las naciones vecinas. Esto fue de mucho gusto para mi, porque entendiesen que con la Ley de Cristo no se les quitaban fiestas y alegrías honestas y santas, en lugar de las antiguas suyas profanas y atroces. Púsose cuidado con solemnizar esta fiesta, con todos los medios vistosos de alegría y contento, por haber sido la conquista espiritual de los Zuaques, de la fortaleza más dificultosa de rendir de cuantas el demonio poseía en esta Provincia, y así, no se perdonó a ninguno de los que en tierra tan pobre podían hallarse de música, bailes, danzas y fuegos.

Andaban las Zuacas tan alentadas en la obra de su principal iglesia, que juntamente con ella se animaron a edificar una ermita pequeña a la Santísima Virgen, en lo alto del cerrito de peñascos hermosos que estaba arrimado a su pueblo, cuyas raíces y peñas baña su río. Este cerrito fue el que se dijo atrás, que se abrió y rompió con el temblor de desusado con que Dios había amenazado de castigo a esta nación, por su rebeldía. Y así, ahora en señal de que se habían ya ablandado sus corazones, se dedicó a Dios esta nación con su iglesia y ermita. Para solemnizar juntamente la dedicación de la una con la otra, se pusieron la noche antes en la ermita dos ternos, de chirimías uno y otro de trompetas, y otros dos sobre la iglesia, los cuales con su música se correspondían, y en una parte y otra muchas luminarias y fuegos que se encendieron. Además de esto, sobre la iglesia e levantaron algunos estandartes y gallardetes de seda de China, que para allí eran como brocados de tres altos. En la plaza del pueblo, que era grande, se encendieron otros fuegos, y en medio de ellos danzas, y los tambores que antes habían servido a los Zuaques de convocarse para guerra contra cristianos, celebrando triunfos celebrando triunfos con sus cabezas cortadas, y ahora se empleaban en celebrar fiestas a Cristo y su Santísima Madre. Concurrieron a esta fiesta muchas naciones, y algunas de ellas muy distantes, y espantábanse de ver



a la nación brava Zuaca en estado en que ya no la conocían. El día siguiente se ordenó una procesión y para ella levantaron en las cuatro esquinas de la plaza, cuatro muy frescas enramadas de verdes ramos del monte, y en ellas sus altares, y las calles por donde pasaba la procesión adornadas, con los mismos tapices de los árboles del monte. Cantóse la misa con solemne música. Hubo sermón, que predicó un Padre grande lengua, que vino de otro partido con mucha gente de él a la fiesta. Esta acabada, convidaron los Zuaques a sus huéspedes para cuya comida, la más regalada, y de que ellos gustan, les dan los Padres algunas reses de las que se les envían del Colegio para su sustento y el de los enfermos, porque en estos pueblos no hay donde buscarlo ni comprarlo. Los vecinos y marítimos Ahomes, concurrieron y ayudaron con cantidad de pescado a la celebridad de la fiesta, con que satisfechos todos, se remató la solemnidad, y los convidados se volvieron muy edificados y alegrísimos a sus tierras, y los Zuaques quedaron en las suyas sin hartarse de ver sus iglesias, y obras de sus manos, y tan engolosinados del adorno y hermosura del culto divino, que atrae mucho a estas naciones, que determinaron después hacer algunas sementeras de maíz, acudiendo de comunidad los pueblos a su labor, para vender sus frutos a los españoles y soldados, y con el precio comprar algunas cosas de ornamentos de sus iglesias, como en efecto lo pusieron por obra. Hanse escrito aquí estas fiestas, porque aunque no sean de triunfos de Emperadores, ni de Cortes de Principes, pero no se puede dudar de que son triunfos que saben celebrar los Ángeles en el Cielo, de las conversiones de estas gentes, y aún Monarcas Católicos en sus cortes, cuando en ellas acertaron a convertirse a nuestra Santa Fe cuatro infieles, se eduieron a reconocer y adorar por su Dios al Rey de los Reyes Jesucristo. Y finalmente, fue conversión esta obrada por la divina gracia, de millares de bárbaros, que antes vivían en tinieblas,



CAPITULO XIII



*Refiérese un caso particular de penitencia
de un cacique y estado de la cristiandad de la nación
Zuaca, hasta el tiempo presente.*

Digno de escribir aquí, es un caso que le sucedió al señalado indio don Cristóbal Anamei, de cuyo valor y bautismo se hizo mención en el capítulo pasado, y fue así, que poco tiempo después de bautizado, vencido de su pasión antigua de tener muchas mujeres, o mancebas, atizándola el demonio, que no duerme, una noche hallándose en otro pueblo, de donde tenía su mujer legítima, y su casa, se entró en otra ajena, y quitó del lado a un indio la suya, llevándosela sin poderla defender el propio marido, por la gran autoridad que el Anamei tenía, y a quien temía su gente. Habiendo sucedido esto a la media noche, vino a mi el Fiscal del pueblo, a darme cuenta del desafuero del Gobernador Anamei, y con mucho sentimiento del caso, que para ser público entre estas gentes, basta que uno sólo lo supiese. Despedí por entonces al Fiscal, y dos días después, estando ya público el caso, escribí al Capitán del Presidio lo que había pasado, y que no aparecía el indio Anamei, pidiéndole pusiese el remedio como lo pedía el suceso, para que se atajase la licencia que se podían tomar otros caciques, de atrevimientos



semejantes y obviar otros inconvenientes que se podían seguir, de dejar sin alguna corrección delito tan escandaloso en gente tan nueva en la Fe, y contra mandamiento de Dios, que en estos principios se intimaba y predicaba, añadiendo a lo dicho, que por ser la persona que lo había cometido de tanta autoridad y brío, y su Gobernador, no me atrevía ni me pertenecía remediarlo. Cuando el Capitán supo el caso, recibió gran pena, y me respondió que aunque se la había dado y deseaba el remedio de tal escándalo, pero que también le ponía en cuidado los inconvenientes que se podían temer, de buscar al Indio Anamei para ejecutar castigo en él, que tenía aliento para si malease retirado al monte, inquietar dos o tres naciones y alcanzarlas con otros daños que se podían seguir, no pequeños, de alboroto de indio tan belicoso. Añadió el muy atentado Capitán, que considerase yo el remedio que se podía tomar para reducir a este indio, y dar la corrección que pareciese menos expuesta a grandes inconvenientes. Esperando estaban los indios del pueblo la demostración que se haría en persona de tanta cuenta entre ellos, y caso tan grave. Pasaron tres o cuatro días, que el delincuente ni su manceba aparecían, yo encomendaba el suceso a Nuestro Señor y diólo Su Majestad como de su poderosa mano se podía esperar, porque al cabo de los cuatro días, cerca de la media noche, llegó el Anamei a mi casa y dijo a un mozo de iglesia, que allí dormía, que me avisase, como me quería hablar. Dile entrada, no sin algún recelo de que en aquella ocasión podía a su salvo hacer cualquier desafuero, el que se había cegado con su pasión, pero Dios había prevenido el peligro con su particular providencia y misericordia, porque entró el fiero indio muy trocado y manso, y se arrojó a mis pies pidiéndome que le perdonase, que el demonio le había engañado en el delito que había cometido. Recibí con blandura al que venía arrepentido, aunque no dejé de ponderarle el mal ejemplo que había dado a su nación, cuyo Gobernador era, haciendo cargo de los beneficios que yo le había hecho, con deseo de que me ayudase de su parte, a la conversión y cristiandad de su gente, con otras razones que Nuestro Señor dio en esta ocasión. Todo en orden a que el indio se sujetase a dar una satisfacción pública a su pueblo, la cual yo juzgaba era necesario, para reprimir en gente tan nueva semejantes atrevimientos contra leyes cristianas, que se comenzaban a entablar. Finalmente llegué a decirle que habiendo sido sabedores aquellos sus pueblos de su pecado, y el marido de la mujer que había hurtado estaba tan sentido, era necesario no quedarse sin penitencia pública su delito. Suspenso e quedó el indio a esta propuesta, que no hay duda se le hacía



rigurosa y dura, al que se había criado en la libertad de bárbaro y atrevido. Yo aquí, por ablandarle y facilitarle más la penitencia, le dije que no lo había de recibir de mano ajena, ni públicamente en la iglesia, como se ejecutaba en otros que cometían pecado en público, y que bastaría que él tomase una disciplina de mano propia, y para satisfacción del pueblo, estuviesen presentes unos dos principales y Fiscales de él, que fuesen testigos de su arrepentimiento. Bien sabía yo que uno solo bastaba para que lo supiese todo el pueblo. Rindió Dios a este león, y los que tienen noticia y conocen la fiereza de estas naciones, estimarán por maravilla de la divina mano la que hizo, en ablandar y sujetar el ánimo bravo de este indio. Porque finalmente se sujetó a las condiciones que le propuse, y quedándome con él, envié un mozo de iglesia a llamar dos Fiscales principales del pueblo, que se hallasen presentes a la satisfacción. Habiendo llegado, les propuse el arrepentimiento con que había venido don Cristóbal Anamei, que estaba de rodillas, a pedir perdón de su pecado y del mal ejemplo que había dado a sus pueblos, y que estaba dispuesto a hacer la penitencia en presencia de los que allí se hallaban, y habiéndola hecho se confesaría después, para alcanzar de Dios pleno perdón de sus pecados. Dicho esto, el penitente, hincado de rodillas, se despojó de la chaqueta y camisa que traía, porque andaba vestido muy a lo español, y el Capitán le solía dar vestido y espada como a Gobernador. Tomó en su mano una disciplina que se le dio y comenzó a descargar con brío golpes y azotes en su espalda. Yo confieso, que admirado de tal mudanza llegué y le quité la disciplina de la mano, animándole a que confesado volviese a proseguir con el cumplimiento de las obligaciones de cristiano, como antes lo había hecho y diese buen ejemplo a los pueblos. Pusolo por obra de ahí en adelante y el pueblo quedó satisfecho y edificado, y confirmado en la lealtad del matrimonio cristiano, dando yo muchas gracias a Nuestro Señor por haber dado remedio a caso tan dificultoso, y ver tal mudanza en sujeto, que si bien no del porte y grandeza del que fuera Gobernador, o persona muy noble de nación, muy política, pero en el sujeto de que tratamos, tanto más digna de estimar, cuanto menos de conocimientos alcanzados de la gravedad del pecado, y tenía la estimación de si, aunque a lo bárbaro, que podía tener otro personaje de muchas obligaciones. El pueblo supo la penitencia, quedó muy edificado y el Capitán del Presidio muy gustoso del feliz suceso de este caso.

Y para rematar en este capítulo lo que toca a la cristiandad de la nación Zuaca, porque nos llaman otras cosas que se siguen, digo que hasta el tiempo que



esta historia se escribe ha perseverado, y persevera con mucho aprovechamiento de costumbres cristianas, y en once años que viví en compañía de los Zuaques doctrinándolos, no sentí alboroto de cuidado, ni después acá lo ha habido. Antes en ocasiones de guerras y entradas a otras naciones, que se les han ofrecido a los españoles, haciéndose leva de gente en los pueblos Zuaques, estos los han ayudado con fidelidad. Los muchos hechiceros que había en esta nación, enemigos capitales de la doctrina del evangelio, todos finalmente recibieron la Fe y se bautizaron, y hubo algunos de ellos que ya sus sermones los predicaban de materias de buenas costumbres y cristianas, con que ya enmudecían los demonios y no se oían más sus embustes, ritos ni costumbres bárbaras. Comenzase después poco a poco a introducir el uso de la sagrada comunión, estimando en mucho el ser admitidos a ella, y ya hoy todos gozan de este soberano beneficio, y para recibirlos se ponen coronas de flores en la cabeza, ceremonias todas que les ayuda a conocer los invisibles efectos que causa en el alma este celestial sustento. Esto fue en lo espiritual. En lo político también se mejoró, porque edificaron después casas acomodadas para sus Ministros, y ellos para si, de adobes, formando sus calles y plazas de pueblos. De cualquier desorden o escándalo que haya en sus comunidades, avisan al Padre para que lo remedie. En el vestido se han reformado mucho, y muchos de ellos compran y tienen caballos en que caminar y llevar sus cargas.

Voló tanto la fama de la cristiandad de los Zuaques, y del asiento y paz de que gozaban, de sus iglesias y pueblos, que de la nación del Río Mayo, toda gentil y muy populosa, distante cuarenta leguas, y que nunca había tenido comercio ni amistad con los Zuaques, vinieron un buen número de caciques a ver sus iglesias, pueblos y casas y concursos a la doctrina de cristianos, y habiéndolo visto todo, quedaron tan aficionados en aquella vida, y tan deseosos de ver otro tanto en sus pueblos, que me pidieron que como enseñaba a los Zuaques les enseñase a ellos, y aún llegaron algunos a ofrecer venir a vivir entre los Zuaques mientras no fuesen Padres a su tierra. Acarícielos por entonces regalándolos con algunas cosillas de las que ellos estiman y dándoles esperanzas de que si perseverasen en su pretensión y buen propósito, pidiendo doctrina y Padres que se la predicasen, no dejaría de entrar a enseñarles el camino de su salvación. Detuviéronse aquí algunos días y no acababan de espantarse de ver el gusto y alegría con que los Zuaques entraban a sus iglesias y a los demás ejercicios cristianos. Volvieron a su tierra, dando nueva

su gente de lo que habían visto, con tanto gusto, que después a tropas venían a visitar estos pueblos cristianos. Y este fue el principio de la conversión de la nación Mayo, de que adelante se escribirá, todo lo cual aumentaría alegría a los Zuaques, a los cuales dejaremos aquí, rematando e historia con decir que hoy, a sus dos pueblos cristianos los administra un Padre, haciendo partido de por si, por su mucha gente. De esta, y la antecedente de los Ahomes, y sus agregados, por buena cuenta quedan bautizados, desde sus principios hasta hoy, más de catorce mil almas, de las cuales tiene sin duda Nuestro Señor muchas en el cielo. Y ahora seguirá la nación Tehueca.



CAPÍTULO XIV



*Del puesto, y particularmente de la nación Tegüeca
y entrada que hizo a dar asiento a su doctrina
el Padre Pedro Méndez.*

Los pueblos de esta nación, que en sus principios fueron tres, comenzaban cuatro leguas río arriba del último de los Zuaques, y estaban poblados en distrito de siete leguas, en hermosas llanadas, a la ribera del mismo río grande, pero por ser sus puestos superiores a él, estaban libres de inundaciones, pero cercados de espesas selvas de monte, abundantes de caza. Distan estos pueblos de la villa de los Españoles dieciséis leguas, y de la antigua que asolaron los Zuaques, no más de tres. Estos Tegüecos, como atrás queda dicho, habían pedido doctrina y Padres que se la enseñasen. Para ella fue señalado el Padre Pedro Méndez, Ministro verdaderamente apostólico y experimentado, que fue menester para la nación Tegüeca, en la cual predominaban más que en otras, vicios y costumbres gentiles y bárbaras, en particular las de la sensualidad, de suerte que había muchos que tenían tres, cuatro y cinco mujeres, y entre ellas sucedía ser la una madre, la otra hija de ella y la otra hermana. Este vicio se había apoderado tanto de esta nación que se temió mucho estorbarse a su conversión y la introducción de la Religión Cristiana, razón por la cual se escogió un Ministro

que se encargase de ella, del cual será forzoso hacer mención en muchas partes de esta Historia, por haber trabajado gloriosamente en la conversión y fundación de otras muchas naciones y Misiones de Cinaloa, que adelante se verán, las cuales no menos convidarán a su lectura que las pasadas, por el mayor número de gente y caso singulares de sus conversiones.

Habiéndose pues llegado el tiempo deseado de los Tegüecos, de ver Padre de asiento en sus tierras, que los enseñase e hiciese cristianos, fueron algunos principales de ellos a la villa por el Padre Pedro Méndez, el cual entró sin escolta de soldados, no obstante que los Tegüecos fue gente muy belicosa. Que ejercitó las armas contra casi todas las demás naciones de la Provincia, sin que los enemigos se atreviesen a hollar sus tierras. Y aunque con los españoles, en ocasiones habían mostrado amistad, y ayudádoles en guerras y entradas, en otras siendo mudables e inconformes, habían tenido con ellos sus encuentros. Pero fiado el Padre del amparo y protección de Dios, partió de la villa en compañía de los Tegüecos, y llegó a sus pueblos. De la alegría y gusto con que fue recibido, y lo que pasó en esta primera entrada, dirá el mismo en carta propia, dando cuenta de ello, como lo usan con sus Padres Superiores, y dice así: *Recibiéronme nuestros Tegüecos con muchas muestras de alegría y acudieron mejor de lo que pudiéramos esperar, trayendo a sus hijuelos para que los bautizase, y aunque el río venía muy grande y furioso, los que estaban de la otra parte lo pasaban a nado. A lo que habían sido padrinos los regalaban y daban cuanto tenían, y no se vaciaban de gente en todo el día las casas de los recién bautizados. Desde que entré hasta que salí, no vi indio con arco ni flechas en mi presencia. Con tanta seguridad y paz como esta procedían y con estar todavía en su gentilidad, tan habituados a bailes y borracheras, no hubo en este tiempo ni rastro de esto, de que yo me admiraba y de que tanto tiempo se pudiesen abstener, sin dar una muestra de su antigua costumbre y pasión. Acudían principalmente los domingos al pueblo de mi asistencia, de dos y tres leguas, con tanto concurso que los campos se llenaban de gente, cargados todos de sus hijuelos porque se los bautizase. Procuraban regalarme a mi con cuanto tenían, no sólo comida, sino algodón, con que se vistieron algunos niños, que me dieron para servicio de la iglesia y cera para el altar. Todo esto con mucho afecto, preguntándome cómo había de enterrar los niños bautizados que muriesen, con otras cosas con que mostraban su buen ánimo. Dos parcialidades, circunvecinas a los Tegüecos, y de otra lengua, aunque saben algo de la Tegüeca, movidos con los bautismos de los Tegüequillos, pasando el río, acudieron con grande*



afectos a rogarme que también bautizase sus hijos. Ofreciánse a todas las condiciones que se les pedían, como era asentar entre los Tegüecos, para vivir en su compañía, y aún dejar su lengua y aprender a hablar la tegüeca para más fácilmente enseñarlos. Cuando les di el sí, fue grande el alegría que mostraron, y luego otro día de mañana vinieron las mujeres cargadas con sus hijos y comida de pinole, que es harina de maíz, y otras cosillas para los padrinos. Bauticé pasados de trescientos niños por todos, sin tocar otras dos rancherías, por no estar aún asentadas.

Hasta aquí el Padre Pedro Méndez, de su primera entrada a la doctrina de los Tegüecos, y feliz suceso de ella.

Acabados los primeros bautizos de los niños, se aplicaron a hacer sus iglesias de prestado, y las acabaron, con otra casa de madera de monte donde pudiese vivir el Padre, el cual procuró ir llamando y recogiendo la gente que quedaba por las sementeras y campos. Redujéronse todos e hicieron sus casas en pueblos que formaron, quedando en buen disposición de calles, iglesia y plaza. A todo ayudaba bien el indio Cacique don Diego Lanzarote, de quien atrás se hizo mención. Visitaban mucho al Padre los niños bautizados y para esto los llevaban muchas veces sus madres; el Padre los regalaba con lo que tenía, medio con que se iba amansando esta bárbara nación, y se iba disponiendo para su general bautismo, como adelante se dirá.



CAPÍTULO XV



Dáse principio a bautismos generales de adultos Tegüecos, y muestras de su cristiandad.

Persuadidos estaban los Tegüecos a que teniendo Padre de asiento en su compañía, todos se habían de ir disponiendo, chicos y grandes para recibir el Santo Bautismo y hacerse cristianos, como lo habían hecho esotras naciones. Hallando pues el Padre esta buena disposición de ellos, determinó dar principio a sus bautismos por la gente de edad, que mejor habían aprendido la doctrina cristiana y tenían menos impedimentos para recibirlo. Celebráronse en pocos meses algunos generales, y cuando ya hubo buen número de cristianos, referirá el mismo Padre en otra su carta los primeros frutos que esta nueva viña comenzó a dar. Aunque después se levantaron vientos contrarios, que los maltrataron, pero de lo preferente, el Padre dice así: *Ha ido Dios Nuestro Señor labrando y desbastando a nuestros Tegüecos incultos y enfrascados en los vicios de su gentilidad. Reciben con mucho afecto el bautismo y es necesario irlos entreteniendo. Están ya bautizados la mitad de la gente y de muy buena cristiandad, obediente a los mandamientos de Dios. Con haber estado toda esta cuaresma entre ellos, y haber todavía tantos gentiles, no he sabido que nadie coma carne, ni que vaya a caza de venados o conejos. Un viernes se juntaron para ir a caza, y estando junto con sus arcos y flechas, repararon que era*



viernes y al punto se volvieron a sus casas y dejaron sus arcos. Y aunque por ser tan nuevos en la Fe los bautizados, dudaba si les trataría de confesiones, mas viendo su fervor y buena disposición, resolví hacerlo. Confesáronse todos, con más afecto del que yo pudiera esperar de gente tan nueva. Una y dos horas estaban de rodillas esperando su vez. El día de la disciplina oyeron un buen rato de sermón de la Pasión de rodillas, y cuando llegué a tratar de los azotes de Cristo Nuestro Señor, echaron mano a sus disciplinas y se comenzaron a azotar con tanto fervor, que me causaron novedad y devoción y avivaron mi tibieza. Salió la procesión por todo el pueblo y con haber tanta gente casi de gentiles, como de cristianos, con tantas luces; no había quien hablase, todos en silencio y embelesados en lo que veían. Había muchas cruces y ermitas de ramos por el pueblo, donde en llegando hincaban las rodillas, clamando misericordia, como si de muy atrás lo hubieran usado. Acabada la procesión general, salió otra de los que en la primera no habían tenido recaudo, con el mismo orden y devoción. De esta resultaron buenos efectos. Cuatro cristianos antiguos, que estaban mal amistados con mujeres infieles, las dejaron, y ellas se bautizaron y casaron con otros. Un indio cacique que tenía como mujeres, y entre ellas dos que eran hermanas, estas se apartaron de ese mal trato, y las otras dos escogieron maridos, se bautizaron y casaron en legítimo matrimonio. Desembarazado ya el que tenía las cinco, y muy alegre, se dispuso y bautizó y casó con la quinta. Y a este tono ha habido siete pares de bautizos y casados, de mucha importancia para la cristiandad y servicio de Nuestro Señor. Y es cosa de gran edificación, que los que estaban tan cebados, como los Tegüecos, en el vicio de la sensualidad, vivan después de bautizados en continencia cristiana, con edificación del pueblo, sin revolver a las mujeres que dejaron, aunque tengan hijos en ellas.

En uno de los bautismos que hice se bautizaron veinte y se3is viejas, y algunas lo eran mucho, de ellas ciegas, de ellas mancas; unas enfermas y otras aniquiladas. Recibieron el bautismo con tanta devoción y alegría, que a voces confesaban los misterios de la Fe, y daban muestras de contrición y arrepentimiento de sus pecados pasados. Bautizadas, en breve murieron algunas de ellas. No fue menos señalado el caso que se sigue. Bautizose un indio ciego con su mujer, aún más vieja que el, en el catecismo eran tan frecuentes que gastaban la mayor parte del día en enseñarse, y bautizados quedaron con tanta alegría y devoción, que habiendo yo pasado a otro pueblo el sábado siguiente, llegó donde yo estaba el buen viejo ciego, con su vieja por guía, y se echaron a mis pies con gran alegría y reverencia. Preguntándole a qué venía, respondió que a oír Misa el Domingo, y que había pasado para ello una quebrada, que

el día antes no había yo podido pasar sin balsa, porque llevaba dos estados de agua. Quedóse allí el buen ciego toda la semana, oyendo cada día misa con gran devoción. Otro entraba para oírla en la iglesia embijado, y pintado cara y cuerpo, díjele que no era el modo para entrar a la casa de Dios, y que se fuese a lavar al río y se volviese a la iglesia; puntualmente obedeció, y es ya cosa rara que algún cristiano ya se embije. Cosa tan dificultosa en ellos de arrancar, como lo sería en Europa el prohibir los colores que las mujeres tan afectuosamente procuran. Oyen los sermones, principalmente los que tratan de milagros de Cristo Nuestro Señor, o dichos suyos con gran atención, con gran atención. Y predicándoles una vez la Pasión por tres horas, estuvieron con tanta atención y gusto, que no salió en ese tiempo ánima de la iglesia. Cosa rara en indios, que no saben estar quietos un cuarto de hora. Hasta aquí el Padre que plantó la religión cristiana en la nación Tegüeca, hablando de sus principios. Finalmente remata su carta diciendo: Aunque yo hubiera trabajado mucho en servicio de Nuestro Señor, confieso que con el alegría que me da cada uno de los casos que he contado, me dejaba Su Majestad bastantemente pagado; el sea bendito para siempre.



CAPÍTULO XVI



Acabase de bautizar la nación y escríbanse dos entradas y visitas que hicieron dos Señores Obispos a la confirmación de la cristiandad, y muerte de uno de estos prelados en Cinaloa.

Con mucho fervor acudía la nación Tegüeca generalmente a la doctrina cristiana, con que se acabó de bautizar toda ella, excepto algunos más endurecidos en sus costumbres antiguas. Particularmente hechiceros, que los había célebres en esta nación, de lo cuales andaban recelosos, así el Capitán del Presidio, que los tenía muy bien conocidos, como el Padre que andaba entre ellos y por todos medios los procuraba ganar para Dios, sin que fuesen estorbo para que los otros consiguiesen su salvación. Los bautizados acudían bien a ejercicios cristianos, de misa, doctrina, sermones, etc. Gobernábase en lo político por sus principales caciques, a quienes lo había encargado el Capitán. Redujéronse también por ete tiempo unas parcialidades, de las que llaman Bacabachis montaraces, a quienes llaman ratoneros, porque se sustentaban de estos animalejos. Gente era eta muy miserable, pero al fin la dispuso la clemencia de Cristo nuestro bien, para que gozara de su redención.



Necesario es al presente dejar en este estado y cortar el hilo de la prosecución de la cristiandad por dos o tres capítulos, para proseguirla después, por escribir sucesos que acaecieron en ella, y son de este lugar y tiempo.

El Señor Obispo de Guadalajara, en la Provincia de Nueva Galicia, don Juan del Valle, Monje Benito, persona de grandes letras y ejemplo, por caer la cristiandad de Cinaloa por este tiempo en su dilatado obispado, determinó visitarlo y entrar a reconocer el nuevo rebaño cristiano, que Dios le había encargado y confirmarlo más en la Fe que había recibido con el Sacramento Santo de la Confirmación, que hasta estos tiempos ningún otro prelado había administrado, ni llegado a la Provincia de Cinaloa. Partió Su Señoría de Guadalajara, que dista doscientas leguas de la dicha Provincia, y venciendo dificultades de caminos y caudalosos ríos, que se atraviesan en él, administrando este sacramento en los pueblos por donde caminaba, que son muchos y de antiguos cristianos, llegó a la Villa de Culiacán. Aquí hizo el mismo oficio pontifical y desde este puesto dio aviso Su Señoría, del favor grande que quería hacer a la Provincia de Cinaloa en visitarla. Sabiendo de este aviso un solo Padre, que se hallaba en la villa, que los demás estaban en sus partidos, salió hacia Culiacán, a dar la bienvenida a Su Ilustrísima, y agradecerle el gran favor que le hacía en querer entrar a tierra tan pobre y apartada, y alentar con su presencia aquella buena cristiandad. Partió el Obispo de Culiacán, y cuando ya se acercaba a la Villa de Cinaloa, le salió a recibir el Capitán Hurdaide con su presidio de soldados y vecinos de ella, disponiendo para festejo del recibimiento una emboscada de gran compañía de indios, con sus arcos, fechas y penachos de plumería, para que de improviso asaltasen al Señor Obispo en el camino, con algaraza y usanza de guerra, no para dar sobresalto a Su Señoría, sino para mostrarle el alegría que tenían con su llegada y que viese la calidad de la gente que Dios le había dado por feligreses y traído como ovejas manas a su rebaño. A lka primera vista causó alguna turbación la estratagema de guerra, aunque fingida, porque los soldados del presidio salieron también en sus caballos de armas, pero brevemente, conocida la ficción, se alegró sumamente y enterneció con esta vista el Señor Obispo, y echándoles su bendición, y recibéndola ellos de rodillas, prosiguió su camino, todo el lleno de arcos triunfales de ramas frescas. Apease en nuestro Colegio de la Villa, y entró en la iglesia, donde había concurrido gran gentío de indios de los pueblos comarcanos. Aquí hizo Su Señoría una plática muy significativa del amor y gusto con que venía a ver aquella nueva cristiandad, que

Dios había plantado en su iglesia, añadiendo que daba por muy bien empleado su viaje, aunque tan prolijo y trabajoso, porque gozase aquella cristiandad del nuevo riego y beneficio episcopal del sacramento que la había de conformar en la Fe, y que comenzaría luego otro día de este pontifical ministerios. Estaban ya avisados todos los Padres de la provincia para que dispusiesen a los feligreses de sus partidos, que fuesen a recibir este santo sacramento. Concurrieron no sólo los Padres a la Villa, sino con ellos gran gente de todas las naciones y lenguas, y de todas edades y sexo, Y fue tanto el número de gente que concurrió para ver grande y Príncipe Padre, que así llamaban al Señor Obispo, nunca visto de ellos, como para ser confirmados, que tuvo qué hacer cinco días tarde y mañana, en acabarlos de confirmar. Gustaban y quedaban admirados los indios, de ver su autoridad y vestiduras pontificias, y todo servía de quedar confirmados, no sólo en la Fe sino también en la reverencia y adorno con que administraban las cosas divinas y circunstancias, que lleva mucho a estas gentes. Preparáronse mantas limpias de algodón de respeto, para que llegasen con decencia tanto indios que venían sin ropa, aunque el piadoso Prelado los recibía con tan singular benignidad de cualquier suerte que llegasen, que cuando tal vez con la prisa se arrodillaba alguno en carnes, lo allegaba a si con cariño y le administraba la confirmación, y a los soldados que asistían para poner orden en la gente, les mandaba que no desviasen a ninguno con desaire ni les dijese palabras de desabrimiento. Dos o tres Padres lenguas asistían en la iglesia, que disponían a las varias naciones que habían concurrido de diferentes lenguas, para recibir aquel sacramento, declarándoles su efecto de la gracia que daban, moviéndolos a recibirlo con contrición de sus pecados. Con que quedaron confirmadas en cinco días ocho mil almas en nuestra iglesia de la villa, aunque nio pudieron concurrir todos los cristianos de la tierra adentro. El Señor Obispo, muy alegre y contento con haber ejercitado una acción tan santa en aquella cristiandad, y dado muchas veces a Nuestro Señor de verla plantada en tierra tan estéril, destituida y apartada del mundo, daba también muchas gracias a los Padres Misioneros por el cuidado y trabajo con que apacentaban a aquellas sus ovejas. Pero no contento con habérselas dado a los Padres, las escribió al Padre Provincial, Rodrigo de Cabrero, habiendo llegando de vuelta de su viaje y visitado también las otras misiones de Topia y San Andrés, por estas palabra nacidas de la benignidad de Su Señoría. *He visto, escribe a casi todos los Padres de estas Misiones, de que vengo consoladísimo y muy edificado,*



porque he visto les debe mucho la iglesia, Su Majestad y la Compañía, por el provecho tan notable que en estas partes hacen, y por lo mucho que padecen entre estos bárbaros que tienen a su cargo, y así, donde quiera que me hallare, he de ser pregonero de esto y de otras cosas buenas que he visto y tocado con mis manos, que por la brevedad no digo ahora. Será Nuestro Señor servido que algún día las podamos contar a boca, y en cuanto pudiere he de ser gran Protector de estas Misiones y de los Padres que en ellas andan; vengo muy cansado, pero muy contento por haber hecho esta larga jornada, aunque me muriera ahora, porque espero en Nuestro Señor ha de servir mucho su Divina Majestad, de lo que en ella se ha hecho. Todas estas son palabras de este Santo Prelado, y como tal, y sucesor de los Apóstoles, quiso visitar por su persona todo el Obispado, con inmenso trabajo, por ser tan extenso y dilatado. Por esta razón, pocos años después la Majestad del Rey Católico Felipe Cuarto, con Breve de la Santidad de Urbano Octavo, dio orden para el año de (mil) seiscientos veintiuno se dividiese en dos obispados, en el de Guadalajara y el de Guadiana, y en este y su distrito quedaron estas misiones, cuyo primer Obispo fue el Señor Don Gonzalo de Hermsillo, de la Orden de San Agustín, Catedrático de Escritura, que lo había sido en la Real Universidad de México algunos años. Y porque quedan aquí referidas las visitas de tantos y celoso prelados, con que Dios Nuestro Señor por la buena dicha de la nueva cristiandad de Cinaloa la ha favorecido, digo que el Señor don Fray Gonzalo de Hermsillo, por dar feliz principio la fundación de su iglesia, imitando al Obispo de Guadalajara, años después quiso entrar a visitar esta cristiandad, pasando muy grandes trabajos en atravesar las ásperas y encumbradas montañas de Topia, donde padeció muy grandes fatigas por sus asperezas, de que quedaba espantado, y que las hubiesen penetrado y vencido los españoles, con la codicia de las minas de plata que en ellas hallaron, y los Misioneros Evangélicos con el celo del bien de las almas que en ellas estaban escondidas. Al fin, venciendo este Santo Pastor con grandes sufrimientos estas dificultades, llegó a la Provincia de Cinaloa, donde fue recibido con las mismas muestras de alegría que el Ilustrísimo don Fray Juan del Valle, y adelantóse en hacer confirmaciones, no sólo en la villa, sino pasar y entrar también al río e iglesia del principal pueblo de Tegüecos, llamado Macori, donde fue recibido con singular alegría y concurso de gentes; confirmó once mil cristianos. Y para mayor consuelo y confirmación en la Fe de tan nueva cristiandad, se dignó de celebrar un día de fiesta que allí estuvo, Misa de Pontifical y otro de Temporas que allí le cogió,



Órdenes Sacros dándolos a unos clérigos que llevaba en su compañía, y otros que después le siguieron. Acciones todas que se aprovechaban mucho para que aquellas gentes hicieran mayor concepto de la alteza de nuestra Santa Religión y de los Ministros que les predicaban el Santo Evangelio y administraban sus Santos Sacramentos. Quiso la divina bondad premiar luego acciones de tan Apostólico Prelado en dilatar el premio glorioso, porque sucedió que habiendo concluido con sus pontificios ministerios en Tehueco, y dando la vuelta a la villa, en el camino le asaltó un grave y repentino accidente, que obligó a llevarle en una silla a nuestro Colegio, donde procuraron los Padres Religiosos, y cuantos entendían de cura, servirle y curarle; y no aprovechando todos los remedios posibles en tierra tan destituida de médico y medicinas, con singular paciencia y paz de su alma, y consuelo de verse cercado de tantos religiosos y predicadores apostólicos de nuestra Compañía, que le asistían, entregó su bendita alma al Señor, que se sirvió de hacer tan grande favor a aquella cristianad y Provincia, de que quedase en nuestra iglesia el despojo de su santo cuerpo, y del Primer Obispo de la Diócesis de Guadiana, esperando que con sus ruegos ha de favorecer aquella nueva cristiandad; por lo cual podemos decir, que dio la vida. Prelado en que se cumplió loo que Cristo Nuestro Señor dijo del buen Pastor, que lo era aquel que daba la vida por sus ovejas: *Bonus Pastor animam suam dat pro ouibus suis*. Aquí dio este Santo Pastor la vida por sus ovejas, y su santo cuerpo yace sepultado junto al Altar Mayor, y lado del Evangelio, con un retrato de su persona sobre su sepulcro, y su alma coronada con aquella inmarcesible corona que el Príncipe de los Pastores, como dejó escrito su Primer Vicario San Pedro, tiene preparada a sus fieles y diligentes Ministros, Mayordomos de sus familias. Tal lo fue el Ilustrísimo Señor don Gonzalo de Hermsillo, cuya memoria merece quedar aquí celebrada y honrada con ella en esta Historia.

Sucedióle en el Obispado del Doctor don Alonso Franco de Luna, el cual imitando a sus antecesores en el santo celo y amor de estas nuevas cristiandades, las visitó Su Señoría, confirmó y alentó a proseguir en la cristiandad que habían comenzado, y dejó consolados a los Padres Misioneros y Coadjutores suyos en el oficio pastoral. Y porque queden aquí escrito de una vez los favores que estos nuevos hijos de la iglesia han recibido de sus prelados hasta este tiempo. Finalmente el cuarto, que al presente lo es el Obispo de Guadiana, Señor don Fray Diego de Evia, Monje Benito, luego que llegó de España a su iglesia, quiso

visitar esta nueva cristiandad, aunque tan apartada y distante, y salió Su Señoría tan consolado de haberla visto, que también significó por cartas que escribió a los Padres Visitadores de las Misiones, y nuestro provincial de Nueva España, diciendo que desde muy lejos se podía ver a esta cristiandad, añadiendo que los religiosos que la administraban, que le parecía había topado y comunicado con Santos Ermitaños retirados, y por esto daba por bien empleados los trabajos de su largo viaje. Palabras todas nacidas de la piedad de Prelados Santos, que aman nuestros rebaños.



CAPÍTULO XVII



*Edificase un fuerte llamado de Montesclaros,
por orden del Virrey, en puesto vecino a la nación Tegüeca.*

Aunque el discurso de la cristiandad de Cinaloa corría con los progresos y prósperos sucesos de conversiones que se han escrito, y adelante se proseguirán, pero estamos en la Tegüeca, en cuyas tierras se edificó un fuerte llamado de Montesclaros, será fuerza escribir aquí los motivos y causas que obligaron para levantarlo, y útiles que de él se siguieron. El principal fin que movió al Capitán Hurdaide a proponer al Virrey Marqués de Montesclaros, de quien el fuerte tomó su nombre, las conveniencias de esta obra, fue llevar la mira en lo que nuestro Rey Católico, con su santo y piísimo celo tiene ordenado y encargado sus gobernadores de la India, de que procuren y atiendan a la dilatación del Santo Evangelio en las Provincias que se van descubriendo, de nuevo, junto con la seguridad, paz y estabilidad en las que lo han recibido. Las naciones cristianas de Cinaloa se habían dilatado y de nuevo se iban dilatando, y pidiendo otras la doctrina y santo bautismo. El Presidio de la Villa, estaba distante para ocasión de rebatos e inquietudes, de que faltaban algunas centellas y era menester apagarlas con prisa, porque no se extendiese mayor fuego. El multiplicar y poner

en varias partes nuevos presidios, era aumentar armas y soldados, y gastos al Rey, todo lo cual se efectuaba pasando el que tenía Su Majestad a pueblo más acomodado, para poder acudir a todas partes donde llamase o tocase al arma. También se tenía por conveniente, que el sitio del fuerte fuese en puesto donde los soldados, y otros que quisiesen poblar hallasen comodidad de vivienda, tierras de sementeras, agua, leña, pastos de ganado y caballos, para cuando las naciones intentasen acometimientos o rebatos contra españoles. Informado pues el Virrey de estas conveniencias, despachó mandamiento y dinero al capitán Hurdaide para que hiciese el dicho fuerte, con orden que el Presidio, o parte de él con un cabo, ordinariamente hiciese su asiento y casas junto a él, y a su abrigo.

El sitio que se halló más a propósito para los fines dichos, fue en un cerrito, dos leguas del principal pueblo de los Tegüecos, puesto cer5cao al que antes había tenido la primera villa destruida de Carapoa. Levantóse el fuerte sobre el río, y a su vista tenía grandes llanadas de monte y maleza, donde se podía apacentar mucho ganado y no podían hacer emboscadas los indios, y el fuerte, aunque de adobes, salió tan capaz que dentro de él podía estar la caballada en ocasiones de guerra, porque cuando la hay, lo primero a que tiran sus flechas los enemigos, es a los caballos que pastan en el campo, porque saben que perdidos ellos, lo son también los españoles. Edificáronse también dentro del fuerte aposentos para viviendas de los soldados, a las cuatro esquinas se adornó y aseguró con cuatro torreones, que sirviesen, no sólo de vista y guarda de sus lienzos, sino de espanto a los indios, como se vio presto por el efecto. Porque dentro de poco tiempo que se acabó el fuerte, llegaron cuatro caciques de gente bárbara de la tierra adentro a ver al Capitán, que por entonces allí paraba, pidiéndole la paz, ofreciéndole por preferente y en señal de amistad, casi mil flechas, pellejos de gatos de monte y martas. Añadieron a lo dicho, que venían a ver las iglesias que hacían los cristianos y Padres que en ella estaban, que los deseaban en sus tierras, dando otras noticias de naciones muchas sus vecinas. El Capitán los agasajó y les dio algunas cosas de las que ellos estiman. Pasaron a ver las iglesias de los pueblos cercanos, regalolos el Padre y dióles buenas esperanzas de que a su tiempo irían otros religiosos a sus tierras, y ellos oirían la palabra de Dios, como después se ejecutó, y con ello se volvieron contentos a sus `pueblos. Sirvió también el fuerte, de poner nuevo terror a los Chinipas, con los cuales tuvo la peligrosa guerra el Capitán, cuando fue al descubrimiento de minas que se escribió en el libro segundo, porque el cacique

principal de las naciones envió un hijo suyo a ver al Capitán, pidiendo perdón por la traición que contra él urdieron en aquella ocasión en compañía de los Cinaloas, y prometiendo asientos de paz y amistad, y pidiendo Padres que los doctrinasen, lo cual se ejecutó pasado algún tiempo, y se dirá adelante. Estos fueron efectos de amor y amistad que resultó de haberse levantado el Fuerte de Montesclaros. Otro se siguió de terror y espanto, y fue cuando el Capitán, con sus soldados en este fuerte, le vinieron a avisar que unos indios gentiles, con algunos inquietos cristianos sus vecinos, andaban tratando de alzarse y hacer guerra al Capitán Hurdaide. Él, que eran tan sagaz como valeroso, hizo ensangrentar un número de cuchillos en reses que ese mataban, enviólos con los mensajeros a los inquietos indios, con amenaza de que en aquellos cuchillos y sangre que llevaban, entenderían el castigo que había de ejecutar en ellos si no se sosegaban o inquietasen en la paz. Amenaza fue esta, que junto con haber edificado el fuerte, aprovechó para reprimir su orgullo. Todos estos buenos efectos se siguieron, con otros que después se verán, del edificio fuerte, asentando en el parte de los soldados como un Cabo, que están a mano para cualquier necesidad ocurrente, y a su abrigo se han ya poblado algunos españoles, y en las entradas que hace el Capitán a visitar la tierra, tiene allí deseando y seguridad del presidio.



CAPÍTULO XVIII



*Del alzamiento, incendio de iglesias y muerte
del Ministro de doctrina que intentaron los Tegüecos y
fuga que hizo parte de la nación.*

Otro suceso se nos ofrece, antes de acabar de escribir lo que toca a la conversión y cristiandad Tegüeca, y no poco adverso a ella. Y aunque pareciera que el caso enflaquece en parte las razones y motivos que acabamos de escribir en apoyo de la fuerza de Montesclaros, la verdad es que no las deshace. Porque lo cierto es, que ya que los ejércitos y fortificaciones con que ellos se hacen, no sirvan o faltan favorables efectos en todas ocasiones, no por eso se deben desamparar o demoler y arrasar, antes el caso que aquí se escribe, confirma las conveniencias atrás escritas en el Libro Segundo, para que haya presidios en estas fronteras. Porque se ha de suponer, que aunque es verdad bien experimentada y conocida que estas naciones reciben bien el evangelio, y gustan de la paz de que con el gozan, pero el demonio no gusta de ella, ni de perder los vasallos que poseía antes, por todas vías procura hacer guerra y sustentarla contra los que son del bando de Cristo, y nunca le faltan algunos secuaces que sigan su bando. Muchas revoluciones y alborotos leemos en las Historias, levantados por



este enemigo del género humano en nuevas cristiandades. Y así, no nos debe espantar que los Tegüecos, que poco antes escribimos habían recibido con tanto gusto la doctrina del Evangelio, y estaban contentos de haberse bautizado, los hallemos trocando y tratando, aunque no todos entraron en la conjuración, de matar al padre que los había reengendrado en Cristo, y los amaba y regalaba como a sus hijos. Ni nos debemos maravillar de que los que entraban con tanto gusto en la iglesia, estén tratando ahora algunos de ellos, de pegarle fuego y acabar con la cristiandad, y aún si pudieran, también con los españoles y soldados que la defendían. El fuego que se encendió fue grande y el alzamiento que intentaron, de los más peligrosos que habían sucedido en esta Provincia. El caso sucedió en la forma siguiente: Estaban muy sentidos algunos Tegüecos de que el Padre Ministro de su doctrina hubiese descubierto ciertas hechicerías y medio idolatrías de piedra a manera de ídolos y destruido estas intenciones de Satanás. Juntáronse pues los hechiceros, y con sus diabólicas artes levantaron figura y anunciaron al pueblo que venía sobre él una furiosa enfermedad, y que ellos la querían atajar y curar, que todos estos hechiceros usan oficio de médicos, o curanderos diabólicos, de que tienen sus provechos, despojando a los enfermos de todo cuanto tienen, por paga de su cura. Convocaron cantidad de gente, sin saberlo el Padre y concertaron un baile gentílico a su usanza, y por remate de él, tomando por las esquinas una manta o sábana de algodón, echaron en ella algunas cosas, en que asienta sus pactos el demonio, y haciendo visajes, y otras sus ceremonias, soplando a unas partes y a otras, iban por todas las casas del pueblo diciendo que recogían allí la enfermedad, para llevarla al monte, donde también repetían sus supersticiones, y todo venía a para en disponer la gente para que se alzase, volviese a su libertad gentílica y acabasen de una vez con Padres, iglesias y doctrina, y finalmente, con el Capitán y españoles que la amparaban. Supose de cierto que uno de los hechiceros, y principal de ellos, prometió darles la cabeza del capitán, y para asegurarlos de su embuste, algunas noches, convocando gente a su casa, y estando él solo, y a oscuras dentro, les decía que allí, en una olla tenía la cabeza del Capitán, y que oirían sus voces y cómo lloraba cuando se la cortaba, y decían que verdaderamente se oían gemidos lastimeros en esa ocasión. Aunque no es nuevo hacer de estos embutes el demonio, con que ya iba inquietando y alborotando la gente. Pero como entre malos hay buenos, uno que lo era, y fiel cristiano, dio cuenta al Padre de lo que pasaba, diciéndole que hablaba muy mal aquella gente, y que presto



se vería el suceso, y que le aconsejaba que de noche se recogiese temprano en su casa, y aunque llamen, dijo, no abras la puerta, que te matarán. El Padre tuvo este aviso, y por otra parte veía indicios de la inquietud de la gente, pero detúvose algún tiempo, encomendando a Dios el medio que tomaría para sosegar aquella tempestad que lo amenazaba, sin darse por entendido del caso. Porque los hechiceros autores del alboroto, eran principales de la nación, y de gran autoridad en ella; el mismo Capitán, que tuvo alguna noticia de lo que pasaba, procuraba estorbar rompimiento de guerra, recelando que podrían resultar alborotos de otras naciones. Con todo, envió al Padre cuatro soldados de escolta, por estos días, por si los atrevidos de los indios hiciesen algún acometimiento de noche a su casa, que aún no había maleado toda la gente. Finalmente, el Padre resolvió hacer un sermón al pueblo, platicándoles de lo que les importaba la paz y sosiego de sus pueblos e iglesias, y poniéndoles delante los grandes daños que se siguen de los alzamientos, etc. Y aunque con esta plática pareció daban muestras de quedar sosegados y quietos, fue apariencia fingida y verdadera depravada intención, porque luego una noche llegaron por dos o tres veces a rempujar la puerta de la casa del Padre para matarlo, pero siendo sentidos de él y de los soldados que con él estaban, los agresores, que no eran muchos, se retiraron. Quiso Dios Nuestro Señor estorbar su mal intento, que lo cierto fuera que aunque salieran los soldados, ellos y el Padre quedarán a flechazos y macanazos muertos.

Este mismo tiempo estaban retirados en la nación gentil y serrana Tepagüe, amiga de la Tegüeca, algunos forajidos de los que se inquietaron con los fugitivos Tegüecos, que se le huyeron al Capitán Hurdaide a la vuelta de México, de que escribimos en el Libro Segundo. Con estos forajidos se entendían y trataban los inquietos Tegüecos y continuaban con ellos sus correspondencias. Pareciéndoles pues a los que estaban en Tepagüe, buena ocasión para ir a destruir la cristiandad Tegüeca, se resolvió una cuadrilla de ellos venir a Tegüeco, y pegar fuego a las iglesias, que es donde tira la ojeriza el demonio. Concertada la cuadrilla, caminó de noche, llegaron al primer pueblo y pusieron fuego a la iglesia, y para ejecutarlo con más disimulación, porque todavía temían a algunos fieles cristianos que había en el pueblo, la traza que inventaron fue disparar desde fuera una flecha, que tenía en la punta un olote, o corazón de mazorca de maíz encendido, al jacal de la iglesia, la cual, como era de madera y paja, presto se abrasó, no obstante que algunos buenos cristianos, acudiendo con presteza, sacaron una imagen de pincel



que tenían en grande cuadro, y la pusieron en cobro. Teniendo noticia de este suceso el Padre, que en esta ocasión estaba en otro pueblo, acudió segunda vez a sosegar los ánimos de los buenos y quietos cristianos, para que no se dejasen llevar de los inquietos y turbados que ya recogían su hatillo para pasarse a los Tepagües a la vida libertada, que les prometían. Persuadiólos con buenas razones, que se quedasen quietos en sus pueblos, pues ellos no tenían que tener castigo del Capitán, que antes los ampararía contra los alzados y rebeldes. Quiso Dios que sirvió esta plática para detener a buen número de gente que estaba haciendo ya su matalotaje para el camino a Tepagüe., que dilataba cuarenta leguas. Otros asaltos peligrosos le sucedieron al Padre, en el tiempo que duraba este alboroto, que fue por medio año, en que no desamparaba el Buen Pastor su rebaño, porque siempre hubo algunos fieles, que gustaban de paz y gozar de sus pueblos e iglesias. Tuvo por premio, y paga de Nuestro Señor, en este tiempo el buen Padre, que con tantas peligros guardaba su manada, el remedio de alma de un indio de los huidos a Tepagüe, que era gentil, de quien le dieron aviso de que se volvía muy enfermo, y traía disposición de bautizarse, y venían con él su mujer y cuatro hijos. Despachó luego algunos indios al camino, que le ayudasen y trajesen, éstos volvieron con aviso que el enfermo no podía caminar a pie, enviándole el Padre un caballo en que viniese; llegó y luego, habiéndose catequizado, lo bautizó y a poco tiempo murió. Después fue bautizada su mujer con sus cuatro hijos. Lanzarote, que sirvió de algún consuelo al celoso Ministro, viendo que en medio de persecuciones del dragón infernal sabía Dios sacarle los que quería de su garganta, para el cielo. Otras semejantes ocasiones de servicio de nuestro Señor, y bien de estas almas, se le ofrecieron al afligido Ministro en este tiempo, no obstante que todavía no sosegaba la tempestad.

La última y más peligrosa fue, que no cejaba el demonio de encender los ánimos de sus familiares hechiceros, y algunos otros pervertidos, para que acabasen de poner en ejecución el alzamiento general de toda la nación, con ser ya tiempo de cuaresma, en que los buenos cristianos, con muestras de serlo, se habían confesado y hecho procesión de disciplina de sangre, y en tal tiempo, con mayor rabia el demonio, como la mostró en el de la Pasión de Cristo, enfureció los ánimos de los cabezas del alzamiento, de suerte que el viernes antes de la Dominica in Passione, en la noche, durmiendo el Padre, vinieron a despertarle cuatro indios, avisándole muy en secreto, que se partiese luego a la villa y huyese



del peligro que lo amenazaba. Porque en aquella hora estaba sentenciado a muerte él, los soldados de su escolta y el Capitán, que en aquel tiempo se hallaba en el Fuerte de Montesclaros. Y que ellos determinaron que estaba tan adelante, que los indios alzados estaban repartidos en tropas, para dar sobre él y sus soldados, y tenían tomados los caminos para que no se les escaparan, pero que ellos les venían a avisar de lo que pasaba y le acompañarían por fuera de camino para que se librase. Y en confirmación de su fiel aviso. Añadió uno de los que lo daba, que los conjurados lo tuvieron a él preso y atado, recelándose que viniese a avisar al Padre, y que con maña se había soltado de su prisión, y así, que se apresurase la huida. Aquí el Padre, que con la larga experiencia de tantos años de Misionero, conocía mucho del ánimo de los indios, recelando por indicios que el aviso que le daban eran de falso, y que antes pretendían llevarle a matar fuera del pueblo, porque en él perseveraban algunos buenos cristianos que le podrían favorecer, determinó recogerse a la iglesia, a pedir el socorro y amparo divino, que no falta a sus siervos en sus mayores peligros. Entendieron los cristianos del pueblo el riesgo en que estaba su Padre y luego acudieron a acompañarle con grande fidelidad, y para velarlo, aquella noche encendieron muchos fuegos alrededor de la iglesia. Los enemigos habían enviado espías delante, que conociesen la disposición del Padre y vecinos del pueblo; entendieron los unos y los otros que ya era descubierta su traición, la cual, cuando es ya conocida, suelen amainar estas naciones en sus perversos intentos, y así alzaron mano de ellos por entonces. Mas juzgando, que de su delito lo había de entender y castigar el Capitán, determinaron volverse con su amigos Tepagües, como lo hicieron, alzando tras de si engañada, mucha gente de la nación Tegüeca. Sabido esto por el Capitán, envió a avisar a los que habían quedado, que se estuviesen quietos en sus pueblos y no se moviesen, que no les pararía perjuicio el alboroto de los alzados, antes él los defendería. Si pretendiesen volverlos a inquietar, y luego trató de la reducción de los huidos, castigo de las cabezas del alzamiento, y en particular de los que habían puesto fuego a la iglesia.



CAPÍTULO XIX



Escríbese la jornada que hizo el Capitán con su campo a la tierra y nación Tepagüe, a castigar y reducir los Tehuecos alzados.

En mucho cuidado puso al Capitán Hurdaide el alzamiento de los Tegüecos, y no le faltaban razones para temer sucesos varios. Lo uno, porque la nación era muy belicosa y no había seguridad de que la gente que había quedado quieta no se alborotase y siguiese a sus parientes huidos. Lo otro, porque el puesto, tierras y naciones donde se habían retirado, eran muy distantes y muy ásperas montañas y quebradas donde no podían servir bien los caballos de armas, que son las principales fuerza en esta batallas. Además de esto, los Tepagües, a quienes se habían acogido los Tegüecos, tenían otras naciones amigas y confederadas, y estaban en el paso por donde había de entrar el Real. Finalmente, si esta peligrosa acción no salía favorable, como podría suceder, estaban a la mira otras naciones, así cristianas, en que hay algunos malos, como gentiles, que perderían el miedo para cualquier intento. Todo esto se juntaba para poner en cuidado al Capitán, y a los Padres, de alguna general inquietud en la Provincia de Cinaloa. Por otra parte, dejar sin castigo semejante atrevimiento de gente inquieta y pernicioso, tenía grandes inconvenientes. Conferían al Capitán, y a los Padres, del remedio, y



estos con fervientes oraciones pedían a Dios lo dispusiese de su mano. Conferida la materia, lo primero que se resolvió, fue que por medio de paz con los rebelados, y con los receptores Tepagües, se compusiesen las cosas, y para esto les despachó el Capitán algunos recados con Tegüecos cristianos de los que habían quedado; fueron estos mensajeros, pero los alzados no les dieron oídos, antes fue ventura el salir con vida. Viendo ya el Capitán que no le quedaba otro remedio que el de las armas, trató de disponer su campo y hacer la jornada. De ella podré hablar como testigo de vista, porque por orden de la Santa Obediencia entre con el ejército para socorrer con los ministerios espirituales a los que peligrasen en la guerra, así españoles como indios amigos. Hizo armar el Capitán cuarenta caballos de armas. Poca fuerza y corto número este para lo que se veía en Europa, pero para las guerras de estas gentes y tierras tan remotas de gente española, y principalmente, siendo para las armas ofensivas de los indios un caballo, el caballo armado con el que le gobierna, aunque no se puede negar, que ha menester valor español para no turbarse, aunque vea llover flechas, todo ayuda a la defensa. Además de los cuarenta españoles armados, obligó el Capitán a los encomenderos vecinos de la villa, para que conforme a la obligación que tienen de sustentar la paz en la tierra, algunos acompañasen a la entrada a los cuarenta soldados del presidio, encargando a los que quedaban, velasen y guardasen la villa. Hizo leva de gente de varias naciones de cristianos y gentiles amigos, juntó dos mil indios de guerra. Estos le sacaron por condición, para servirle en ella, que les había de dejar llevar las cabelleras de los enemigos que matasen, para bailar con ellas, que con esto se contentaban por paga de su trabajo. Permitióselos el Capitán, pero contrapúsoles otra condición, bien propia de la suya piadosa, y de pecho cristiano. Esta fue que por cada pieza de los enemigos que cogiesen, en particular de mujer o niños, como no les quitasen la vida, les daría un caballo. Ellos lo aceptaron, aunque tal vez no lo cumplieron, con harto sentimiento del Capitán. Trató luego del bastimento de la jornada, que era larga y de mucha gente. Y porque le habían dicho los embajadores de la paz, que la rebeldía de los alzados y de los Tepagües la fundaban en que aunque el Capitán y su campo entrasen de guerra en sus tierras, no la podrían sustentar arriba de cuatro o seis días, por falta de comida y sustentos, y que ellos desde sus picachos, donde tendrían recogidos sus bastimentos, podrían sustentar por este breve tiempo la guerra. El prudente y sagaz Capitán, para quebrantarles los bríos, les envió a decir que no pensaba salir de sus tierras, aunque



invernase en ellas, sin dejar castigados a los delincuentes, porque pensaba llevar por delante del Real una manada de reses para sustento de su gente, y no se devolvería a la villa in haber a las manos, por lo menos, a las cabezas del alzamiento. Esta extremada resolución puso en mucho cuidado a los enemigos, y si no sirvió de excusar la entrada, sirvió de lo que después se dirá. Y para que entendiesen que el Capitán hablaba de veras, de una estancia de ganado mayor, que tenía, hizo sacar cuatrocientas reses y ponerlas en paraje acomodado, para cuando estuviese a punto de marchar el campo; hizo alto, juntó su gente y proveyese de maíces en un pueblo de la nación Cinaloa, donde con estratagemas y disposiciones de guerra, en que estaba experimentado, se hizo reacio algunos días, sustentando la gente que se había juntado, sin declarar el día que había de marchar, y estando todavía distante de los enemigos de cuatro a cinco jornadas. Ellos tenían convocadas sus naciones y gentiles vecinos, y cada día aguardaban venir a las manos con el Capitán y salirle al encuentro. Preguntábanle los de su campo cuándo pensaba marchar. Respondía: No perdemos tiempo. Enviaban espías a que reconociesen donde hacían alto los enemigos. Traían de nuevas que ellos y las naciones convocadas le estaban aguardando por aquellos saltos de sus serranías. Pues hagámosles guardar, decía, que to se que han de acabar sus bastimentos y maíz, y con ellos los ha de esparcir el hambre. Medio este que le fue de mucha importancia para enflaquecer las fuerzas del enemigo. Trajéronle tan bien nueva, de que una de las naciones que estaba al paso, llamada Conicari. Se prometía en un muy angosto y peligroso paso, y de muchas piedras y peñas, acabar con el Capitán y con su gente, al pasar por él, y aunque lo tendrían así pensado, pero entendiendo un cacique de la dicha nación que el Capitán ignoraba su traza, y viendo que tomaba muy despacio la jornada, se vino a ver con él, ofreciéndose con disimulación así, y a su gente, para ayudarle en ella. El Capitán, entendiendo era de falso esta oferta, con todo disimuló al principio y le recibió con buen semblante en su tienda, pero habiéndole oído y teniendo un pistolete en la mano con dos balas, lo disparó de propósito en presencia del indio, y habiendo hecho dos rasgos en la tienda le dijo: *Ya tengo sabidos sus intentos, y que piensas aguardarme con tu gente en tal paraje, donde os preciáis que tenéis muchas piedras para tirarme. Anda, vuelve con los tuyos y aguardame allá con ellos, que si yo quiera aquí matarte, bien lo pudiera hacer con estas dos pelotas, pero vuélvete y juntad muchas piedras, que yo te buscaré allá y mira que no te escondas cuando yo llegue...* El indio quedó atónito con esta respuesta, y de que



hubiera entendido el Capitán su intento; volvió a su tierra tan asombrado, que cuando después llegó al campo a ella, se vino a recibir de paz al Capitán y no se desviaba de su lado, habiendo antes retirado su gente, con orden que no se agregasen a los Tepagües, y pidiendo el asombrado cacique, no permitiese se hiciese daño en sus rancherías, que estaban cerca. Lo cual le concedió el Capitán y encargó a todo el Real no tocasen a dichas rancherías. Cuando le pareció ya tiempo de marchar, levantó el campo y prosiguió su viaje, llevando por delante las cuatrocientas reses que dijimos había prevenido para el sustento, y todos caminamos a su paso. Andadas dos jornadas se vio bajar por una loma una tropa de gente, en que venía alguna menuda de mujeres, viéndola el Capitán, volviéndose a mi, dijo: *Esta es de la cristiandad huida, que viendo que va de veras el negocio, se vuelve a sus pueblos. Algún castigo han de llevar estos, pues nos han puesto en tanto ruido y gasto; cuando yo tratare de castigarlos, interceda Vuestra Reverencia por las mujeres, que a estas sólo les bastará la amenaza, pero los varones que siguieron el alzamiento y no se quisieron quedar quietos con los otros cristianos, no quedarán escarmentados si no se hace algún castigo.* Y a la verdad, bien fue ejecutar alguno moderado, porque no quedarán más temerosos de otro más riguroso. Hizo alto el campo en aquel paraje, llegaron con sus arcos, flechas y macanas los varones, alegando que habían sido engañados por los Tepagües, asegurándoles que no podría el Capitán entrar a sus tierras, pero que ya desengañados se volvían a sus pueblos. Lo primero que aquí ordenó el Capitán fue, mandar que se hiciese una gran hoguera, y que entregando los indios arcos, flechas y armas, allí luego se quemase todo, diciendo a los soldados: *Estos arcos tendremos menos para que nos flechen, aunque quisiesen estos dar vuelta por otro camino a ayudar a su gente, como lo saben hacer.* Quemáronse los arcos muy galanos, que por serlo eran muy codiciados de los amigos, y los carcajes, aljabas y flechas quedaron en el fuego consumidos. Luego mandó dar una vuelta de riendas a cada uno, aunque corta, y viniendo a las indias, comenzó a reñirlas, diciéndoles que ellas pudieran haber aquietado y estorbado a sus maridos cuando se alzaron, para que no las trajesen cansada, aperreadas y muertas de hambre por los picachos, con otras semejantes razones que él entendía con su mucha experiencia, que eran propias para el natural de las indias. Comenzó luego a amenazarlas, con el castigo de espaldas; aquí salí yo de la tienda, donde aparte estaba, intercedí por ellas, con que quedaron libres y muy agradecidas, y lo quedó toda esta tropa como de trescientas personas, y

con salvoconducto para volver a sus pueblos. A un indio principal del alzamiento, pero benemérito de los españoles, a lo cuales en ocasiones había ayudado, tenía enviado el Capitán un papel con sellos de paz, como lo solía hacer; este vino con la dicha tropa, pero para asegurarse más, al entrar en el Real, preguntó dónde estaba el Padre alojado, vínose a mi derecho y hincado de rodillas me rogó intercediese por él; yo lo hice y aseguré y llevé al capitán, con que él y otros de sus compañeros también quedaron libres del castigo, conociendo que los Padres hacíamos con ellos oficio de tales. Hecho esto, al día siguiente marchó el Real, encontramos otra tropa, aunque menor que la pasada y fue despachada en la misma forma, pero todavía quedaba golpe de gente forajida. Cuando ya nos íbamos acercando a tierras del enemigo, comenzó a padecer gran falta de pastos el bagaje, caballada y ganado mayor, porque los enemigos habían puesto fuego a las pastos de los campos, y todos se habían abrasado, por estar muy secos, de tal suerte, que sólo a las orillas de algunos arroyos y rincones de ellos, había quedado algo verde. Con estas incomodidades fuimos caminando poco a poco y al fin llegó a paraje de campo, que estaba ya en tierra de los enemigos, y los tenía en los contornos de tres altos montes y picachos. Y para el capítulo siguiente se quedarán los sucesos de esta jornada.



CAPÍTULO XX



Prosigue el suceso de l entrada de los españoles a la tierra Tepagüe.

Escogió el Capitán para hacer alto con su campo en un valle, por donde corría el río de los Tepagües, y donde ellos tenían un pueblo que habían desamparado, y alzando sus casas, habían recogido su maíz y sustento, a lo alto de los montes que estaban en contorno, y tenía el Real a la vista. Aquí encargó el Capitán a su gente y soldados, que ni tratasen refriega con los enemigos ni los saliesen a buscar, hasta que él avisase, ni menos quitasen la vida a alguno; sólo si pudiesen hacer presa de indio enemigo, para poderse informar y tomar lengua, de cómo o dónde estaban rancheados, porque les quería enviar nuevos requerimientos de paz, con tal condición, que le entregasen a los principales delincuentes en el alzamiento. A estos indios amigos dio licencia de que para su sustento, buscasen y saqueasen el maíz que los enemigos tenían alzado, porque con el que llevaban, si durara la guerra, no era posible sustentarse tanto tiempo. Descubrieron alguno en los picachos y entre peñas, con que se entretenía la gente, aprovechándose también de los mezcales que hallaban plantados en ranchos despoblados de los enemigos, plantas que asadas en brasas tiene por comida y regalo los indios. Aquí quebrantaron el concierto que había asentado con ellos el Capitán, de que no

cortarían cabezas, en particular de mujeres y niños, sino que se los trajesen vivos, y por cada uno les daría un caballo, por no hacerlos esclavos, sino para librar a los inocentes. Aquí, pues, lo quebrantaron, porque dos gruesos troncos de mujeres topamos en un camino, a las cuales acababan de descabezar los indios gentiles que iban delante. Y volviendo a lo del sustento del campo, el principal era de seis u ocho reses que cada día se mataban, no obstante que era cuaresma. Aunque bien sabido es que no obliga a precepto de la iglesia, no habiendo otro sustento.

En seis u ocho días que aquí paró el Capitán, cambió varios requerimientos con los Tepagües, dándoles a entender que no era su intento hacerles guerra, sino convidarles con la paz, con tal que les entregasen los culpados y alzados que habían puesto fuego y abrasado la iglesia de Tegüeco. No fueron de provecho estos avisos, con lo cual se determinó romper la guerra. Dio licencia a los amigos para pelear con todos los que encontrasen. Alzó el Real y entró las tierras más adentro en busca del enemigo. Todos los caminos estaban sembrados de púas y estacas hincadas entre la hierba, y untadas con la más ponzoñosa que se conoce en estas tierras. Recogióronse las que se toparon de éstas, para asegurar el paso a los indios amigos, que caminan descalzos o cuando mucho con unas pobres alpargatas. Llegase a una peligrosa angostura, era necesario entrar por ella y por el río que por ella corría; el peligro del vado y la aspereza de riscos empinados de los lados, no se podía prevenir, como se suele hacer en tales ocasiones, procurando que los indios amigos, como más sueltos y ligeros, tomasen y asegurasen los altos, para que los enemigos no derramasen galgas y peñas desde ellos, mientras pasase el Real y bagaje, que era mucho, además del ganado. Puso en gran perplejidad este peligro al Capitán y soldados, y hablo aquí como testigo de vista, porque era tal la angostura que no podía pasar por ella la gente y caballos, sino muy a la deshilada, que perecieran allí con cuatro galgas que derrumbaran los enemigos; a quienes deslumbró Dios en esta ocasión para que no lo hiciesen. Finalmente juzgó el Capitán que no podía dejar la empresa en que se había empeñado, y seguir al enemigo, porque fuera a dejarlo con más avilantez, y poner en riesgo lo que se había ganado. Puso al Real en mucho cuidado esta prosecución, encomendándola a la Santísima Virgen, en el día que era de su dichosísima Anunciación, oyeron misa los soldados y confesándose quisieron comulgar, pero como nos habíamos detenido tanto tiempo, no quedaron hostias para poder consagrar las necesarias. Y así, prometieron recibir al Señor cuando volviesen a la villa, y juntamente una fiesta



a la Santísima Virgen, Protectora de Cristianos, en acción de gracias por el feliz suceso que por su medio esperaban de la jornada. Diolo la Madre de misericordia, como quien es, porque con esta confianza entró el campo por la angostura y hubo menester dos horas, aunque no era muy larga, para acabarla de pasar, y quiso Dios que sin peligro. El enemigo aguardaba al campo al salir, y desembocar la quebrada la vanguardia de nuestra gente, y desde un repecho comenzó la flechería contra los indios amigos que iban adelante. Dieron voz al Capitán que iba en el cuerpo del ejército, y yo a su lado. Al punto, apretó las espuelas a la mula en que iba, y con los arcabuces que siempre llevaban en el arzón de la silla, sin reparar a tomar el caballo de armas, que allí de diestro llevaba un criado, y llamando a los soldados más cercanos, comenzaron la refriega. Los enemigos, sintiendo tan cerca los arcabuces que ayudaban a los enemigos, no se atrevieron a esperar. Los amigos como más sueltos, siguiendo el alcance, entrándose por aquellas quebradas, alcanzaron algún número de cabezas de enemigos y volvieron al Real, trayéndolas colgadas de cuerdas. Confieso que me causaba horror el ver cómo las traían, porque venían desolladas de su cuero y cabelleras, que ya tenían guardadas para sus bailes, como eran Gentiles, colgadas por la ternilla de la nariz, con unas cuerdas de raíces de monte; lástima causaba el verlas, pero son fueros de guerra. La noche siguiente, cuando paró el Real, era tal el algaraza y bailes con las cabezas, que parecía sonar ruido del mismo infierno en aquella vega. Porque la gente era mucha, y se encendían mil candeladas, y con gritos y alaridos celebraban el triunfo y retumbaban los desentonados cantos toda la noche por aquellos montes. Y aunque a los que eran cristianos, que siempre se alojaban cerca de las tiendas del Capitán y otra donde yo decía Misa, los procuraba detener para que no entrasen en los bailes de Gentiles, pero ellos eran tantos que bastaban a representar un infierno. Y de ellos a ratos era menester tanto resguardo como de los mismos enemigos, porque si se unieran en alguna traición, acabarían allí con todos los cristianos. El Capitán ponía el remedio, no llevando mucha gente de una misma nación, sino surtidas y varias, porque no se concentrasen en alguna alevosía, y era menester que los soldados que eran de posta, por sus velas de noches las hiciesen sobre los caballos de armas y los arcabuces apestados en las manos. Deténgame en estas menudencias por dar noticias de guerras de gente tan extrañas. Y para concluir con esta jornada digo que en varias refriegas que hubo con los enemigos, fueron cogidos y presos, siete indios de los más perjudiciales y culpados en el



alzamiento; algunos de ellos eran cristianos, pero malos, y engañados de demonios y hechiceros. Senténcialos a la horca el Capitán, y a dos de ellos, los más culpados, que dándole garrote, fuesen quemados los unos y los otros en las mismas tierras en cuya incontrastable fortaleza confiaban. Procuré se dispusiesen bien para la muerte, Confesáronse los que eran cristianos, los otros se bautizaron y casi todos dejaron prendas de su salvación, fuera de unos dos que estuvieron emperrados y tercios. Además de esto, quedaron quemadas las sementeras de los Tepagües. El hambre y falta de bastimentos apretaba ya mucho a la gente del campo, de suerte que los españoles comían la carne sin pan, ni maíz cocido, que servía de pan, y ese sin sal, que se había acabado y ra ocasión para comenzar a enfermarse la gente. Con esto trató el Capitán de dar la vuelta, enviando perdón general para todos los demás que quedaban de los alzados. Los Tegüecos cristianos, que eran pocos, se volvieron a sus pueblos e hicieron asiento, echando de ver cuán falsas habían salido las promesas de su famoso hechicero que daba y prometía cortada la cabeza del Capitán. Los Tepagües receptores de forajidos, reconocieron cuán bien les estaba la paz con los españoles, y la vinieron después a pedir. Favor fue también de la Santísima Virgen, que de los amigos no murió en esta refriega más de un indio Gentil, indio valientísimo, en veinticuatro horas, rabiando, con sólo una punta de flecha enarbolada, que se hincó en un pie, pero murió bautizado, y con tan buena disposición, diciéndome: *Padre, téngome por miserable mientras no me bautizas*. Yo me detenía algo, porque hiciese concepto de los principales misterios de Nuestra Santa Fe, que nunca había oído, que era de muy distante nación, Pero viéndole tan fatigado, hube de abreviar con catecismo y bautismo. Y en este caso me confirman la voz que corre de la fuerza de la ponzoña mortal de la yerba de estas flechas, pues una pequeña herida de una púa de ellas, y esta en la punta del pie, tan distante del corazón, acabó con un indio, que era como un gigante, y le quitó la vida en veinticuatro horas rabiando. Sus parientes quemaron el cuerpo, porque los enemigos no triunfaran con su cabeza ni huesos. Añadiré aquí otro fruto espiritual, que en esta ocasión se consiguió. Este fue, que entre los indios gentiles que acompañaron esta jornada, entró una gran tropa de una nación muy fiel, y entre los de ella un cacique con su mujer y un hijo suyo, que llevaba en los brazos; hízome tanta instancia su padre para que lo bautizara, diciéndome que temía que en el camino a sui tierra se le muriese sin bautismo, que se lo hube de conceder, por ser indio que acudía muchas veces a pueblos cristianos y haber

pedido ya esta nación que entrasen Padres a sus tierras, y volviese a ellas muy consolado de tener a su hijo cristiano, y después ayudó mucho a que lo fuese toda su nación.

Duró esta jornada mes y medio, y cuando despidió el Capitán a los gentiles que lo habían acompañado, les dio liberalmente las reses que le habían quedado de las cuatrocientas. Que sirvieron no sólo de sustento, sino también de romper los caminos en las partes en que estaban montuosos. Las que quedaron serían como veinte. Con las cuales volvieron contentos los que habían ayudado en esta guerra. El Capitán se encaminó para la villa, y llegando a los pueblos de Tegüecos, que estaban en el camino, los dejó seguros y asentados. Y por remate de la jornada hizo una acción, con que enseñó la reverencia y temor que debían tener estas atentas a coas sagradas. Porque habiendo cogido en Tepagüe el caballo, que era muy lozano y lo codiciasen algunos, en que había ido el indio que puso fuego a la iglesia de Tegüeco, lo reservó el celoso Capitán y llegando a Tegüeco lo hizo amarrar a un poste y allí amarrado, flechar de toda la gente que había concurrido, y luego quemar, diciendo que hasta aquel animal, en que había ido el sacrilegio a la Casa de Dios, había de morir flechado y quemado, y no se había de escapar de castigo. Y todo ayudaba a enfrenar infieles.

Llegaron el Capitán y soldados a la villa, cumplieron su promesa de acción de gracias a la Santísima Virgen, por cuyo medio Dios les había hecho tan gran beneficio, que con sola una muerte de un indio, y este bautizado, que para esta ocasión parece le tenía guardado su predestinación, se había conseguido el feliz suceso de jornada tan peligrosa. Los pocos cristianos que quedaron en Tepagüe, se volvieron a sus pueblos, y cual o cual que se quedó rebelde, lo mismos Tepagües les cortaron las cabezas y enviaron al Capitán. Y después, asentadas las paces, pidió esta nación fuesen Padres a sus tierras y les enseñasen la doctrina y bautizasen, como se hizo y se asentó muy buena cristiandad, como se dirá adelante en el Libro Cuarto. Y ahora volveremos a proseguir la Tegüeca, interrumpida con los varios sucesos que se han comentado.



CAPÍTULO XXI



*La nación Tegüeca, pasada la acción de Tepagüe,
queda quieta, prosigue en su cristiandad
comenzada y edifica iglesias.*

Concluyóse la jornada a Tepagüe, a que dieron ocasión los alzados Tegüecos, con las falsas promesas de los hechiceros, que les prometían la cabeza del Capitán, con que quedarían muy seguros en su bárbara libertad; fueron castigados los delincuentes que quemaron la iglesia de Tegüeco. Desengañada pues, ya esta nación, aunque algunos de ella siempre perseveraron quietos, y pasada esta tempestad y arrancada la maleza y escándalos de hechiceros, volvió a florecer su cristiandad y dar prósperos frutos el Evangelio. Los tres pueblos Tegüecos, para mejor gobierno suyo y gozar más de la doctrina, se redujeron a dos, en que había como ochocientas o mil familias, y porque las iglesias que habían tenido eran de prestado, de madera y paja, trataron de edificarlas de adobes y azoteas más seguras de fuego y durables, y lo pusieron por obra, acudiendo con mucha alegría al trabajo hombres, mujeres y gente menuda. Levantaron dos muy hermosas y capaces iglesias, que dedicaron con grandes solemnidades, como los Zuaques sus vecinos lo habían hecho. Dedicadas y acabadas de bautizar toda la gente, se conoció una maravillosa mudanza en la nación Tegüeca, y tan



grande quietud y paz en ellas que nunca más faltó. Asentóse el gobierno político, señalándoseles sus Alcaldes que los gobernasen, y con tan buen concierto que no les hacen ventajas pueblos muy antiguos de cristianos, de los rededores de México. Estando ya la gente más aprovechada y enseñada, se comenzó a introducir, con elección de personas, el uso de la sagrada comunión, como Sacramento que pide más capacidad para recibirle, hacían concepto de él y los que eran admitidos a ella, se disponían con mucha preparación, Con el uso de este soberano sacramento, era tal la mudanza que ya se olvidaban de costumbres bárbaras y gentiles.

Por singular fruto de esta cristiandad, ayuda para introducirla y acrecentarla, es digno de memoria aquí un mocito de esta nación, que crió el Padre Ministro de ella, y sirviendo en la iglesia fue compañero inseparable, en tiempo de las revoluciones y alzamiento pasado, y muy fiel en descubrir traiciones y malos tratos que quedan referidos, y sobre todo de tan buena capacidad y costumbres, que los Padres le habían puesto por nombre el Discreto. Era este mozo muy dado a cosas de piedad y para entablar las cosas de la religión cristiana en su partido, fue de gran ayuda al Padre. Y no sólo en esto, sino que también le fue ayudante para traducir en su lengua el Flos Sanctorum , y vidas de los santos. Cosa que fue de mucho provecho, así para los indios como para los Padres que después entraron de nuevo a predicar en esta lengua. Cayó enfermo este mozo, de un frenesí tan furioso, que cuatro hombres no le podían sujetar, mas con todo tal vez se les escapó, porque apretado de la enfermedad salió corriendo a buscar al Padre, que estaba ausente y pedirle le diera los Santos Óleos; habíase ya confesado. Teniendo aviso el Padre de lo que pasaba, vino a toda prosa a visitar a su compañero e hijo que había engendrado en Cristo y criado. Administróle los Santos Óleos, porque le pareció estaba en artículo para recibirlos, respondiendo él mismo, como lo hacía cuando acompañaba al Padre en este ministerio. Habiéndolos recibido, quedó con tanta quietud, como si estuviera dormido. El Padre, que deseaba la salud del que le era de tanta ayuda, y de tan buen ejemplo en su nación, pidiendo a nuestro Padre San Ignacio la salud de aquel enfermo, le llevó una imagen del santo. Al punto que se la puso delante, la reconoció y adoró y le hizo una devota promesa, pidiéndole salud; alcanzósele de Nuestro Señor el Santo, de fuerte que en breve se halló para tocar una chirimía, en fiesta que se celebraba, dando gracias por su salud el que estaba ya oleado para la muerte, y quedando muy reconocido al Santo Patriarca. Cuyos singulares favores experimentan, no sólo sus hijos, que

administran estas Misiones, sino también los feligreses de sus rebaños. Dos cosas podemos tener por maravillosas y atribuir las a favores que ha obrado el glorioso Santo de esta Provincia. La una, sacar de las garras del demonio almas de hechiceros endemoniados, que habían tenido trato muchos años con esta fiera bestia, la cual, como se cuenta en varias historias, ha confesado, que quien le hace mayor guerra en el mundo, es San Ignacio. La segunda, la gran enmienda que se va viendo en materia de hechizos de estas naciones, que estaba tan inficionadas en este vicio, y particularmente la Tegüeca, de que vamos hablando. Y aunque en otras partes de esta historia he tocado esta materia, pero en los capítulos siguientes se recogerán algunos casos más particulares de ella, y testimonios claros, que manifiestan los frutos que se cogen de la predicación del Evangelio entre estas gentes.



CAPÍTULO XXII



*Cuentan casos de edificaciones que pasaron
en la nación Tegüeca, y otras, en materia de hechicerías
y los favores que han experimentado los Padres
de la Compañía de su glorioso Patriarca San Ignacio.*

Para la certeza y verdad de los casos que aquí se contaren, es digno de advertir, que son de verdades confesadas por los mismos enemigos que tenía la Fe de Cristo, y esta infalible verdad les ha obligado a confesar de plano las mentiras y embustes con que el demonio los traía engañados. Juntamente se debe advertir que estos tales testigos no se acusaron a si mismos de vicios tan arraigados, si no fueran alumbrados con la luz del Evangelio, que ya resplandece en sus corazones. Del primer caso que se sigue, será testigo con otros, un indio famoso en el arte diabólico de hechicerías, a quien el Padre procuraba desengañar y reducir a que renunciase de veras al pacto, supersticiones y trato que con el demonio tenía. Este se había bautizado, y oyendo una plática al dicho Padre, sobre esta materia, le tocó Dios el corazón y vino a hacer una muy buena confesión. Ésta acabada, le preguntó el Padre los medios de que usaba el demonio para traerlos tan engañados, con intento de deshacer con su doctrina estos embustes. Respondió el indio convertido, que de mil maneras se les aparecía, porque a los que quería persuadir



guerras y venganzas, se aparecía muy feroz, y ellos le llamaban en su lengua la fortaleza, y como a señor de ella, le ofrecía arcos, flechas y adargas y otras armas. A los que quería incitar a deleites y torpezas, se les aparecía en forma apacible y deleitosa, y estos le llamaban deleite, y le ofrecían plumas, mantas de algodón y cosas blandas. Otras veces les decía que él era el Señor de la Lluvias, y que como tal lo habían de llamar para que se lograsen sus sembrados y tener prósperas cosechas. Otras veces les aparecía como rayo, o espada de fuego, que cimbraba y hería el aire con gran furia y mataba de repente al que se le antojaba de los que allí se hallaban presentes, y entonces se llamaba Señor de la Vida y de la Muerte, y le temían más que a ella, y para aplacarlo le ofrecían algunas cosas, rogándole que no derramase enfermedades por sus tierras. Finalmente, se les aparecía en la figura que acá llamamos Ángel de Luz, y les revelaba cosas ya pasadas y perdidas, y por eso le llamaban en su lengua Luz del Medio Día. Y cuando se les perdía o faltaba algo, lo invocaban y venía luego donde estaba el que lo invocaba. De la vista de estas figuras no todos gozaban, sino los más famosos hechiceros, ni ellos las comunicaban a todos. De estas figuras, o medios ídolos, tenían algunos de piedra y palos mal formados, feísimos, escondido en los montes, donde practicaban sus abominables hechizos. El Padre hizo diligencias para descubrirlos y hallándolos, los hizo pedazos, quemó y enterró en una cava profundísima, y en su lugar hizo levantar una cruz, para que no se parase allí el demonio. Él se aparecía después al indio de quien hablamos, y a otros, atemorizándolos y diciéndoles con grandes voces y aullidos, que si lo negaban los había de matar y quemar su iglesia, y además de esto amenazó al indio, su antiguo familiar, que no le había de descubrir más las cosas perdidas y que si quería que prosiguiese la amistad antigua, que no entrase a la iglesia ni se persignase ni creyese lo que el Padre enseñaba. Pero el ya desengañado indio le despidió, diciendo que en ninguna manera quería ya saber de sus artes, ni gozar aquella ciencia que solía comunicarle, que así se lo aconsejaba el Padre, a quien mucho amaba y reverenciaba las palabras de Dios, oyendo al que le había puesto la Cruz en la frente cuando se bautizó. Finalmente, quedó este indio tan trocado con la gracia divina y exhortación del Padre, que fue muy frecuente en la iglesia, oía misa muya menudo para encomendarse mucho a Dios, para que le librase de aquel dragón infernal, abominando ya las supersticiones que le había enseñado, para quitar la vida a algunos, como lo había hecho, y aún sus propios hijos cuando nacían, que a tanta fiereza llegó la del enemigo del linaje

humano, que tales crueldades enseñaba a sus discípulos. El Padre consoló a los demás y los confirmó en la Fe, aconsejándoles se armasen con la señal de la Cruz y rezasen el credo. Ellos le obedecieron y quedó vencido Satanás y sus embustes descubiertos y desengañados estos nuevos cristianos, y con nuevos bríos de servir a su verdadero Dios, a lo cual también ayudó el caso siguiente.

A un mozo gentil, de edad de veinte años, en tiempo que corría enfermedad, lo hizo huir al monte un hechicero, diciéndole que si caía enfermo en el pueblo lo había de saber el Padre y vendría a bautizarlo, con que se moriría, pero sucedió al revés, porque huido al monte, lo cogió la enfermedad y llegó a punto que ya sus parientes que le asistían le tuvieron por muerto y abrieron la sepultura para enterrarlo. A este tiempo acercó el Padre, llamados por otros enfermos a llegar a aquel paraje, preguntó para quién era aquella sepultura, respondieronle que para aquel mozo infiel que acababa de morir, y juntamente dijeron que huyendo del bautismo se había retirado a aquel monte. Acercose el Padre donde ya estaba envuelto en una estera, a su uso, para enterrarlo, y hacíanlo con tanta brevedad a veces que aún antes de expirar el moribundo, solían prepararlo para la sepultura. Mandó luego el Padre desatar la estera y llamó por su nombre al enfermo; al punto se levantó el que querían enterrar diciéndole. *Padre, huyendo de ti vine aquí, ya a mi alma la llevaban los coyotes, que la querían tragar, (son animales como perros o zorras); bautízame*, añadió el enfermo, *para que no me hagan pedazos*. Catequizóle el Padre muy despacio, y púsole por nombre Buenaventura, por lo que tuvo en sacarle Dios en tan buena ocasión de las gargantas del infierno. Sanó con el santo bautismo en cuerpo y alma, vivió y quedó hecho predicador contra los hechiceros y los perseguía, descubriéndolos a ellos y sus embustes.

Una noche se entró un demonio en una india, si no es que fueran muchos; afligíala notablemente y obligábala a hacer tremendos visajes; avisaron al Padre que luego la fuese a socorrer. Dijo sobre ella los Santos Exorcismos de la Iglesia, añadió las Letanías y además de eso le puso al cuello un relicario de varias reliquias que tenía, y con todo, estaba rebelde y pertinaz el demonio. Por último remedio, trajo el Padre una estampa que tenía de Nuestro Bienaventurado Padre San Ignacio, y mostrándola primero a la pobre india, le dijo que se encomendase a aquel Santo, y luego se la puso sobre la cabeza. Al punto comenzó a sosegar y quedando libre y sana del todo, se confesó, cobrando gran devoción y agradecimiento al Santo, que la había liberado del cautiverio.



De las manos y mañas de hechiceros libró también Nuestro Señor a otra india, aunque de vida libertada y disoluta. Estaba esta aderezando en su casa, en tiempo de esterilidad y hambre, unas calabazas para dar de comer a su marido cuando volviese de su sementera, acertaron a llegar allí a este tiempo unos forasteros, traídos de el hambre que corría en la tierra, pidieron se les socorriese con el potaje que guisaba; negolo diciendo que no tenía otra cosa para dar a su marido. Los indios, que eran hechiceros, de que hierva la tierra, le dijeron ciertas palabras, con que luego cayó en tierra de repente, como muerta, y comenzó a herir de pies y manos, con otros extraordinarios movimientos del cuerpo, quitándosele la habla, y le duró esto toda la noche, hasta la mañana que llamaron al Padre. Hallola en el mismo estado y quisola olear, mas acordándose antes de hacerlo, de la virtud que a nuestro Santo Patriarca Ignacio ha dado Dios contra demonios y endemoniados, púsole sobre el corazón una medalla que llevaba del Santo. Al punto dio la india un gran suspiro y comenzó a tartamudear, y poco a poco, por la intercesión del Santo, se le restituyó la habla y pudo confesarse, de que tenía harta necesidad. Declaró que con sólo las palabras que oyó entre dientes a aquellos indios hechiceros endemoniados, le sobrevino aquel accidente y la pusieron en aquel trance, de que quedó libre y sana con la imagen del Santo, y muy desengañada y confirmada en la Fe.

Como son tantos los demonios que andaban en Cinaloa, no será de maravillar que fuesen tantos los que se encontraban con ellos. Notable fue el caso que se sigue y sucedió a un indio vaquero, que saliendo un día a recoger el ganado, se le apareció el demonio en figura de mulato, y hablándole benignamente le pidió le sirviese en el oficio abominable de hechicero. Hiciéronse los conciertos y diole a comer el demonio mulato un poco de carne asada y a beber de un jagüey, que allí había, así llaman a las lagunillas de agua rebalsada, y diciéndole que aquella agua dentro de poco la volvería colorada, entreteníale con esos colores y embustes. Luego le comenzó a persuadir no entrase en la iglesia ni asistiese a la Misa, y que ya que alguna vez, porque no lo echasen de menos, se hallase en la iglesia, no mirase a la Ostia consagrada. Luego que el indio comió y bebió de lo que el demonio le había dado, se sintió como herido y cayó desmayado, y el fingido mulato no se desviaba un punto de su lado y le tiraba de los pies; no parece que veía la hora de arrastrarlo al infierno. Crecieron tanto lo accidentes que perdió los sentidos desvariando. Pero otro día en amaneciendo, volviendo algo sobre si, hizo llamar al



Padre, que luego al punto fue a verlo, y cuando llegó le halló con los ojos abiertos, pero no veía ni sentía; rociólo con agua bendita y volvió en sí, como que salía de un profundo sueño. Aquí dijo el enhechizado *Ahora si que me ha dejado el mulato, que el Padre lo ha ahogado: porque con su presencia se retiró a su cueva de la laguna, que si el Padre no viniera es cierto que me matara.* Acabó de volver sobre sí, confesose, hizo nueva protestación de la Fe, y abjuró de tratos con el demonio, aunque quedó tan flaco y descaecido que en más de veinte días no se podía tener en pie, mas esos pasados, sanó de todo punto y nunca más se le apareció el demonio, quedando este indio muy confirmado en la Fe, y aborreciendo tratos con los demonios. Aquí no parece que intervino aparente favor de Nuestro Padre San Ignacio, pero la verdad es la que confesó el indio engañado del demonio mulato, que desde el punto en que llegó a su presencia el Padre, y huyendo esta fiera serpiente de la sola presencia de un hijo de San Ignacio, se retiró a la cueva de su laguna, y nunca más apareció ni se le atrevió al enfermo que tenía emponzoñado.

Más claramente se conoció el favor de Nuestro Santo Patriarca, y más ilustre fue el beneficio que obró en el suceso que se sigue. Había un indio de buena vida, que era de los más antiguos bautizados. Este anduvo por muchos días achacoso y con temores de que le habían enhechizado, porque se iba poco a poco consumiendo, efecto ordinario de estos hechizos y de que usan los de este perverso oficio, y porque son muy temidos de todos. Aunque este enfermo andaba en pie, un día le apretó de fuerte la enfermedad, que avisaron al Padre lo fuese a confesar. Llegó y díjole el enfermo; *Padre, sábetete que se me ha aparecido un Padre como tú, y en tu hábito, con otros cuatro Padres sus compañeros. Venían vestidos de luz, y con áspero semblante me dijo el primero que por qué no me confesaba a menudo, como lo solía hacer antes? Que lo hiciese luego, que me importaba; hícelo y comencé a sanar. Pero el demonio me hizo caer en un pecado, de que luego me arrepentí, y me daba más pena que la enfermedad que padezco, aunque es muy grande, por haber ensuciado mi alma. Tres días ha que se me volvió a aparecer aquel Santo, y apenas me quería mirar, y eso lo cabía con rostro airado y de lejos diciéndome: Porque perdiste a Dios, quedarás cojo y ciego, tanto que no puedas ver ni menearte. Sucedió así, porque en este tiempo, viniendo a ver al enfermo su padre carnal, y preguntándole si lo veía, respondió: No Padre, no ves que estoy ciego? Y añadió al Padre sacerdote que lo había ido a confesar, que el santo que se le apareció le había dicho: Confíesate, que dentro de pocos días estarás en el cielo, que yo te llevaré*



allá, ¿para qué quieres vivir en la vida mortal? Yo le respondí que me llevase luego, no quiso, y yo quedé tristísimo. Habiendo oído esto el Padre, lo dispuso por si muriese, y por entonces lo dejó. Volvió después a visitarlo e informose de los indios que le asistían, de lo que había dicho el enfermo, Respondiéndole que todo era decir: *Dios me dio esta enfermedad y yo de muy buena gana la recibo por amor de Dios y de Santa María, su Madre, y derramando lágrimas decía: Más me pesa de haberle ofendido, que de cuanto padezco.* Afectos que bien se mostraban ser del cielo, y pruebas de la verdad de las apariciones que había contado, que el demonio nunca moviera, ni moverá a dolor de pecados. Últimamente dijo el enfermo al Padre, que el Santo había vuelto, y mirándole ya con rostro benigno, le había dicho: *No nos vamos?* Y diciendo esto, se fue subiendo al cielo con sus compañeros, y no los vió más. El enfermo, luego otro día, recibidos los Santos Sacramentos, murió y se lo llevó Nuestro Señor para si, como se puede esperar de tal muerte. Dejó hecho rectamente a su modo, mandando que sus alhajas se diesen a la iglesia y los pobres. Hízosele entierro muy solemne, a que asistió el pueblo, y causó gran devoción entre los indios, en particular ver las muchas lágrimas que el enfermo derramaba por sus pecados, hasta el punto que entregó el alma a Dios, que con tan particulares favores le previno, y con visitas de Nuestro Padre San Ignacio, que singularmente favorece a sus hijos en estas empresas, como parece en muchas y varias ocasiones. Y si se hubieran de escribir aquí las cosas maravillosas y favores singulares, que con la invocación o imágenes del glorioso patriarca ha obrado en materia de partos peligrosos y revesados de mujeres preñadas, librándolas a ellas y a sus criaturas de peligro de muerte, fueran sin número los que se pudieran juntar y se pasan con silencio por no alargar este capítulo. Que lo cierto es que el género de beneficios que se experimentan del Bienaventurado Padre en el resto del mundo, esos ordinariamente se ven en la nueva cristiandad de Cinaloa. De otros frutos se dirá en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXIII



Confiesan los hechiceros que se les han debilitado sus artes y pactos con el demonio, después que se predica el Santo Evangelio, y estado en que florece al presente la Nación Tegüeca.

Experiencia es conocida en estas nuevas cristiandades, que así como cuando sale el Sol, van huyendo de su presencia las tinieblas, y con ellas a sus cuevas las fieras y animales enemigos de la luz. Así, de los lugares donde se predica el Santo Evangelio, van huyendo desterrados los demonios, príncipes de tinieblas, y se retiran a la Gentilidad, y solo en ellas duran sus marañas y embustes. Confesó esto un señalado hechicero, y curandero, a quien llevaron un niño enfermo para que lo curase con sus endemoniadas artes; el cual dio por respuesta estas palabras: *No se que es esto, ya no valemos nada para curar, ya nuestros familiares nos han dejado, y después que nos bautizaron se han apartado de nosotros.*

Es un pueblo donde quedaban algunos rastros y centellas de hechicerías, que el demonio procuraba atizar cuanto podía (porque suele haber unos demonios más pertinaces que otros) llegaron en tiempo de grande seca unos indios a un hechicero, a valerse de él. Pidiéndole que llamase y trajese lluvias. El hechicero les respondió, haciéndoles grandes promesas del cumplimiento de sus deseos y darles abundancia de



agua. Acudió a sus conjuros e invocaciones diabólicas, pero en balde, como les sucedió a los Sacerdotes del ídolo Baal, que lo invocaban para que enviase fuego del cielo, sobre su sacrílego sacrificio, pero el fuego no bajaba. Lo mismo le sucedió al hechicero en sus invocaciones y actos para que cayeran lluvias. Hallándose pues, engañados los que se habían fiado de su falso profeta, reconocieron su culpa y avisaron al Padre de la del embustero, al cual hizo castigar el Padre como merecía su delito y escándalo. Luego ordenó se hiciese una procesión para pedir a Dios (verdadero Señor de la lluvia) socorriese aquella necesidad, para que lo conociesen por tal todas aquellas gentes nuevas en la Fe. Concedió el Señor a tan piadosos ruegos con abundancia de agua de que quedaron los indios consolados, y con conocimiento de lo poco que el demonio puede, y lo mucho que vale el favor del verdadero Dios, y Creador de todas las cosas.

Para concluir con esta materia, y acabar de declarar, como la predicación de Nuestra Santa Fe triunfa de demonios, y endemoniados, y loa ata y encadena; no se puede pasar en silencio en este lugar, una muy singular y divina providencia que se ha notado en esta provincia de Sinaloa y sus conversiones. Ellas es, que siendo entre estas gentes tan innumerable el número de hechiceros, endemoniados, y de tal suerte, que se puede decir que los Padres andan en medio de cuadrillas de demonios, y demás de esto, siendo tantos y tan fuertes sus hechizos, como en muchas partes de la Historia se ha tocado, y juntándose a esto, que los dichos con sus familiares demonios miran a los Padres y Ministros del Evangelio, como a capitales enemigos suyos, por ser los que hacen y destruyen sus embustes y perniciosas ganancias que en ellos tenían. Con todo, en tantos años que hace que anda tanto número de Padres (que solo en la Misión de Cinaloa hay treinta y cinco) administrando entre estos diabólicos hechiceros, ha tenido la Divina Providencia tan atadas las manos a los unos, y amparados a los otros, que hasta hoy no ha habido hechizo, ni hechicero, que con sus artes diabólicas haya podido, ni valido enchizar, ni hacer daño a ninguno de estos ministros Evangélicos, ni en comida ni en bebida, ni por otro medio alguno de los que el demonio les enseña. Sin duda, que si Dios no hubiera atado al demonio de las manos, y a tan feroces enemigos, ya tuvieran muerto a cuantos Ministros de doctrina han entrado a estas gentes. Y que se ve aquí cumplida aquella profecía divina, hecha a los que confiados en su protección anunciada en el salmo Noventa: *Super aspidem, a basiliscum ambulabis, a conculcabis Leonem, a Draconem*. Prometiéndoles que andarían seguros entre



serpientes y basiliscos y pisarían leones y dragones, sin recibir lesión de ellos. Muestras y pruebas las referidas, de cuanto debilita la predicación de Nuestra Santa fe las fuerzas del demonio.

Y porque lo que se ha dicho en este capítulo, y el pasado, de materia de hechicerías y hechizos, fue con ocasión de la conversión a nuestra Santa fe de la Nación Tegüeca, donde predomina mucho este vicio; y los autores y autores de su alzamiento a tierras de Tepague (como se dijo) fueron hechiceros que quedaron burlados y castigados. Remataré aquí lo que toca a la cristiandad de esta Nación, y el estado en que hoy florece, así en lo espiritual como en lo político, que en todo ha sido maravilloso la mudanza y más en lo espiritual. Es grande el número de confesiones generales que han hecho de muchos años, dando por razón que cuando eran menos en la fe, no tenían tanto conocimiento de las partes y circunstancias de este Santo Sacramento y cuando ya la tenían, que rían hacer una buena confesión y asegurarse da la vida pasada. En estas confesiones eran tan puntuales en el número, distinción y circunstancia de los pecados, o si con ellos dieron mal ejemplo, que los que sabían escribir (que lo habían ya aprendido algunos) lo apuntaban en papel para que estas confesiones generales llevaban, y los que no escribían, señalando con unos cordelitos, con sus nudos a trechos, sus pecados. De suerte que no les hacían ventaja en estos Españoles muy cuerdos, que hubieran caído y criándose en medio de la Cristiandad: y parecían cosas que sobrepujaban la capacidad de Indios. Y sobre esto, lo que era aún de mayor estima en estas confesiones, era que las hacían con tan grande dolor, lágrimas y sentimiento de sus culpas, que movían al Padre que los confesaba, por una parte a lágrimas y por otra a muy particular consuelo de su alma; viendo los frutos que obraba la Fe en los que eran tan nuevos en ella, y habían salido de estado de fieras y bárbaros. No era mucho saliesen estas confesiones tales, porque la preparación para ellas era algunos días antes, acudiendo a la Iglesia y gastando en ellas dos horas por la mañana y otras dos a la tarde, los varones en el coro, o torre, y las mujeres en el cuerpo de la Iglesia. Y el Padre que cuidaba de esta doctrina, decía que en tiempo de cinco años fue el número de estas confesiones generales de unas cuatrocientas. El uso de la Sagrada Comunión, introducido en la Nación Tegüeca, es ya con más señaladas muestras de devoción y reverencia de este Soberano Sacramento, y tiene a tan grande favor y honra el ser admitidos a ella, que para hacer mudar de costumbres y reducir a enmienda a personas de más libertad, desenvoltura

o trato en costumbres, que pide la vida cristiana, el medio que tomaba el Padre era decirles, que si en tanto tiempo se enmendaban de tales pecados, o faltas, les admitiría la sagrada comunión. Medio de que han seguido otros singulares efectos: porque es uso entablado entre ellos, cuando en fiestas principales de la Madre de Dios han de comulgar, juntarse en la iglesia la tarde antes, cuando han vuelto de sus sementeras, y allí oyen una plática que el padre les hace sobre este misterio. Y al amanecer, y salir del Sol, ya están en la Iglesia, hasta haber oído su misa cantada, comulgado y después, de la Misa rezado su Rosario.

Costumbre es que también se entable entre estos dos pueblos el celebrar los oficios de la Semana Santa, un año en el uno y otro en el otro, no obstante, que los de uno y otro se juntan donde aquel año se hacen estos oficios. Pero aun no contento con esto, ha sacado por partido el pueblo donde aquel año no se celebró la Semana Santa, celebrar después una fiesta del Santísimo Sacramento, teniéndole descubierta veinticuatro horas, muy acompañado de luces y adornado el Altar con muchos ramos y flores, y la Iglesia con muchos cuadros de pinturas de la Pasión de Cristo Nuestro Señor: materia de que gustan mucho oír predicar, la cual oyen con muchas lágrimas de devoción. Y lo que es más de estimar en la fiesta, que desde el punto en que se descubre el Santísimo Sacramento en la oración de las veinticuatro horas (y lo mismo pasa desde que se encierra el lunes santo, hasta desencerrarlo) apenas sale la gente de la Iglesia de día, ni de noche. No obstante que el Padre tiene repartido a los barrios del pueblo el tiempo que han de asistir por sus turnos a la oración en la Iglesia, a que se les hace señal (como no hay reloj) con una trompeta que les avisa. En esta oración están con tanto orden, aparte hombres de las mujeres, y de rodillas rezando Rosarios, con tanta devoción y silencio, que no se oye palabra que inquiete, y hasta las madres ponen grande cuidado no lloren sus hijuelos. Admiraba tanto este orden y devoción de los Tegüecos, a algunos Españoles que se hallaron presentes, viniendo algunas veces desde el Fuerte de Montesclaros a ver estas fiestas y comuniones, de los que eran en otro tiempo tan belicosos, que salían diciendo que se podía venir de cincuenta y sesenta leguas a ver tal mudanza y piedad cristiana. Y particularmente reparaban en la compostura y no levantar de ojos de las ya cristianas Tegüecas. En el tiempo de la oración de las veinticuatro horas, como en el de la Semana Santa, se han visto otras singulares demostraciones de cristiandad. Porque aunque no es Semana Santa, se hacen tres procesiones: Una de varones, otra de mujeres y



otra de niños y niñas. La primera es de sangre, y para ella tiene de respeto mucha cantidad de túnicas y capirotos, con que van cubiertos con mucha decencia, y es raro el varón, que si no se lo impide enfermedad no se discipline, y lo mismo las mujeres aparte, siendo tanto el fervor de este santo ejercicio, que ha menester el Padre ir a la mano y estorbarlo a algunas personas impedidas. Y las que lo están para hacer disciplina de sangre van delante de la procesión, llevando una Cruz en una mano y en otra el Rosario, rezándole con grande devoción y silencio, y dejando las galillas que usaban, así hombres como mujeres, en otro tiempo.

Los niños y las niñas de la tercera procesión, que van apartados en sus hileras, llevan en la cabeza unas coronitas de espinas y una Cruz pequeña en las espaldas, su Rosario en la mano, rezándole con mucha devoción, sin hablar ni levantar los ojos del suelo, y después de estos se siguen los que son más grandecitos, haciendo disciplina. A todo lo cual los industriaban los padres y madres, y aún los llevan en brazos con estas insignias, cuando no tienen fuerzas para andar. Por último remate de esta muestra de cristiandad, añadiré aquí lo que me afirmó muy religioso Padre que los administraba y por muchos años los tuvo a su cargo, nacido en Italia y que estuvo en Roma y otras muchas ciudades de Europa, diciendo que el ver tales acciones de los Tegüecos, sacaré lágrimas en Roma, Madrid y México y otras populosas ciudades, y que parecía inspiraba el Cielo en aquella sinceridad de niños, celo y devoción.

La de la Virgen Santísima se ha asentado y echado raíces en esta Nación; su Rosario lo traen todos al cuello, chicos y grandes, lo rezan en sus casas, caminos y milpas, y aun algunos se acusan si alguna vez faltaron a esta devoción. Y enseñan a sus hijos pequeñitos, que las primeras palabras con que comiencen a hablar y gorjear, sea diciendo Santa María, Nuestra Madre, y otros coloquios amorosos y dulces con esta Soberana Señora. Será prueba de esto un caso, entre otros que contó el dicho Padre, y le pasó con un niño de estos, que lo traía de la mano su padre carnal, el cual estando hablando con el Padre Ministro de la doctrina, el niño puso los ojos muy fijos en el cielo, de suerte que hizo reparar al Padre, y dijo al niño: *¿Dónde miras?* Al punto respondió el angelito, dando extraordinarios saltos de placer: *Miro a mi casa. ¿Pues tú te quieres morir?* Replicó el Padre. *Sí,* respondió el simplecito niño. *¿Y a dónde irá tu alma?* *Allá al cielo* (dijo el inocentico) *donde está Santa María mi Madre.* Prosiguió preguntando el Padre: *¿Y quién te dará allá de comer y vestir?* A lo cual con mucha alegría y risa respondió: *Todo me lo dará Santa*

María mi Madre y cogiendo al padre por la ropa, no cesaba de dar saltos de placer. Parece remedaba en algo los del otro niño Bautista, a la preferencia de la Madre de Dios, y esto a su dulce memoria. Repararon los preferentes en el singular afecto de este niño con esta Soberana Señora, y dijeron al Padre los Temachianos, que cuidan de la doctrina en la Iglesia: *Padre, este niño suele oír misa casi siempre y la oye teniendo fijos los ojos en la imagen de la Virgen, que allí está en la iglesia. Y tocándose las aves marías al punto se arrodilla. Y hace arrodillar a los otros muchachos y reza con extraordinaria devoción el Ave María.* Tanto como esto se ha impreso la devoción de la Madre de las Misericordias en esta Nación. Y estos son hoy los Tegüecos, que poco antes eran bárbaros, belicosos, gobernados por hechiceros, alzados y forajidos, abrazadores de su iglesia y matadores de hombres, en que se echan de ver los triunfos de la fe, que hoy prosigue.

En lo político viven casi como españoles en sus casas, muy en orden de calles, limpieza en ellas; en los veintidós hombres y mujeres cubierto todo el cuerpo. En sus convites y fiestas del pueblo y de casamiento de sus hijos, sus mesas concertadas y con división de hombres y mujeres, enramadas que hacer aparte y con atención que sirvan varones a varones y mujeres a mujeres y con modestia exterior y compuesta. Tanto que el Señor Obispo Fray Gonzalo de Hermosillo, cuando fue a administrar el Sacramento de la Confirmación a estos pueblos, como queda dicho, quiso su Señoría, con su Visitador, dar una vueltas al pueblo, a ver esta gente tan nueva y confesaron que les causaba admiración ver la compostura de estos indios, con la reverencia y cortesía que usaban, así hombres como mujeres. Los hombres ya han aprendido varias artes, algunos a escribir otros a pintar y otros oficios. Carpintero hay, que por no tener otro instrumento, con un cuchillo labra un candelero o un ramilletero para el Altar, como si fuera hecho a torno. En las fiestas, un juego de cañas a caballo, como si se hubiera criado en eso. Y con esto dejaremos la Nación Tegüeca y pasaremos a la que se sigue, donde hallaremos otros semejantes triunfos de la Ley Evangélica.



CAPÍTULO XXIII



*Del asiento que se dio a la nueva doctrina de la Nación,
que propiamente se llama Cinaloa, de su pueblo y particulares costumbres.*

La Nación Cinaloa tiene ese propio nombre y de ella lo tomó toda la Provincia, por haber tenido en sus principios los españoles mucho comercio con ella, y por haberse fundado no lejos de la primera Villa de Carapoa, que después se destruyó. Tiene su asiento y poblaciones en el mismo río de Tegüeco y Zuaque, en lo más alto de él y más cercana a las faldas de serranías de Topia, y sus pueblos comienzan seis leguas arriba del Fuerte de Montesclaros. No fueron constantes estos Cinaloas en conservar la paz y amistad de los Españoles, antes con su inestabilidad la rompieron algunas veces, con accidentes, y ocasiones de guerras, y también por ser su natural más arisco e inquieto que el de otras Naciones. Hasta que al fin, con el ejemplo de las reducidas, pidieron doctrina y Padres que se la enseñasen. Para dársela había sacado licencia del Virrey el Capitán Hurdaide, cuando fue a México. Para fundar esta doctrina fue señalado el Padre Cristóbal de Villalta, que algunos meses antes había llegado de México a la Villa de Cinaloa, donde fueron los principales de la nación para llevarlo consigo a sus pueblos. Fue en ellos recibido con las mismas muestras de alegrías y fiestas que se ha escrito



en la entrada de Padres a las Naciones pasadas, que en esto siempre andan con emulación de no quedarse inferiores unas a las otras. Y así hubo muchos arcos y ramos en el camino y en concurrir y juntarse tropas de gente de los pueblos, para salir a recibir al Ministro que Dios les enviaba y aún añadieron algunos presentes de su pobres comida. El padre los acarició, retornándoles algunos juguetes que llevaba. Luego dio principio a las pláticas del Santo Bautismo, de su excelencia, y necesidad para la salvación (porque luego que llegó de México aprendió con eminencia la lengua) y quedaron con tanta codicia de verse bautizados que quisieron luego que se pusiera por obra el recibir este Santo Sacramento. Respondióles el Padre que los adultos era necesario se dispusiesen despacio y aprendiesen primero la doctrina de los Cristianos y tuviesen noticia de los mandamientos y Ley de Dios que habían de guardar, pero a los párvulos comenzaría desde luego a bautizarlos. Trajéronlos al punto sus padres y madres con grandes muestras y deseos de verlos Cristianos. Este fervor fue tal que aunque algunos estaban lejos y de la otra parte del río, pasaban a nado con sus hijuelos, sin reparar en que iba crecido, con grande pujanza. Bautizáronse esta vez los quinientos, y los cuatro de ellos que estaban enfermos, acabados de bautizar se fueron al cielo. Cuatro cosas refiere el Padre en propia carta, en que da cuenta de su entrada, que notó particulares en aquella gente. La primera, que estaba muy congregada y quieta en los pueblos a donde se habían recogido de sus ranchos; los varones muy dados a sementeras de maíz, algodón y otras semillas; las mujeres cuidadosas de sus casas, de tejer mantas, hacer esteras y cestos de carrizo, con tan buen trato entre sí que mostraba ser gente de alguna policía. La segunda, la obediencia que guardaban a sus mayores y principales, y al Padre en cuanto les mandaba. De suerte que apenas había boqueado lo que les ordenaba cuando ya estaba puesto en ejecución, y a una voz del cacique principal estaban todos juntos en la Iglesia. La tercera, la afición y gusto con que oían la palabra de Dios, sin cansarse, aunque eran muchas veces llamados a oírla. La cuarta, la facilidad con que percibían lo que se les enseñaba, de suerte que en cuatro o cinco días que estaba el padre en el pueblo, sabían persignarse y cantaban las oraciones y remataban con un *Alabado sea Jesucristo*, tan claramente pronunciado como si fueran Españoles, aunque su pronunciación es bien dificultosa para las sílabas de estas lenguas. Encargóles cuando llegó le avisasen de los enfermos, aunque estuviesen en montes o sementeras, porque a los tales, estando en peligro, los bautizaría luego, aunque fuese gente de edad.

Advirtiéndoles de camino que los que muriesen bautizados se habían de enterrar como Cristianos en la Iglesia, que no era más que una enramada, y todo lo recibían muy bien. El Padre, lo uno con su buena lengua y lo otro con su apacible trato (que lo tenía muy agradable) los ganó y aprovechó, de suerte, que sabiendo de esta su llegada a pueblos de Cinaloas y el contento con que estaban en su compañía, otra Nación vecina, aunque de diferente lengua, llamada Zoe, envió a un principal Cacique suyo al Padre, diciéndole que deseaban verle en su tierra y que si fuese a ella se congregarían en pueblo y vivirían como Cristianos. Dióles el Padre buenas esperanzas, conque se volvió el Cacique con sus compañeros, muy contentos, y adelante se dirá de esta reducción.



CAPÍTULO XXV



Bautizase toda la nación Cinaloa. Sobrevino una gravísima enfermedad y los frutos que se sacaron de ella, desterrando singulares supersticiones.

Los buenos principios con que la nación Cinaloa nació en su Bautismo de párvulos y reducción al Cristianismo los llevaba Nuestro Señor muy adelante. Porque deseaba toda la gente mayor recibir también el Santo Sacramento y era muy frecuente en la Iglesia a la doctrina y pláticas de ella. Los que tenían muchas mujeres iban desviando unas y escogiendo otras para bautizarse, en que no vencían pequeñas dificultades porque los clamores de las desechadas eran muchos. Los que las desechaban sentían el apartar de sí los hijos que en ellas tenían, que lo ordinario es llevárselos las madres consigo y más cuando no están acabados de criar, y los parientes (más si eran hechiceros) y con ellos sus familiares demonios, se enfurecían, Bien se deja entender aquí, cuánto era menester el favor de Dios para la batalla con tanto número de enemigos. Encarecióla el Apóstol San Pablo, que había convertido los Efesios, cuando les escribió que advirtiesen en que la pelea era no con enemigos de carne y sangre, que se ven con los ojos o topan con las manos, sino que él y ellos combatían con Príncipes poderosos, invisibles, que se habían encastillado y apoderado del gobierno del mundo, y



que era la misma maldad. *No est nobiscolluctatio adversus carnem, ni sanguinem, sed adversus Principes, ni potestades mundi rectores tenebrarum, contra spiritualia nequitia*, No se de qué gentes con más fundamento se puede decir que se habían apoderado los demonios, que de estos, que eran gobernados de ellos y de sus familias e innumerables hechiceros, que son los que tienen autoridad en los pueblos. Y añádese aquí, en esta pelea, que no era solo el debate con el demonio y endemoniados, sino juntamente *adversus carnem y sanguine*. Peleaban con su sangre, que era de los sus hijos y se la sacaban del corazón en apartarlos de con sus madres. De manera que la pelea venía a ser con carne, sangre y rectores de las tinieblas y demonios encubiertos. Y así con razón se pudo decir que en este tiempo que se llegaban los bautismos generales de adultos, era menester bien el favor del Cielo, y fuerzas de la gracia de Cristo para la batalla. Y bien se experimentó este socorro divino, porque con él dio principio a los bautismos generales de adultos el Padre, y dentro de un año quedó bautizada toda la nación Cinaloa, en número casi de mil familias. Estas se redujeron a tres pueblos en distancia de ocho leguas. En su continua visita andaba el Ministro Evangélico explicándoles más de propósito los misterios de nuestra Santa fe, de que se iban haciendo cada día más capaces, bautizando párvulos que nacían, casando ya en matrimonio tanto los que llegaban a edad de contraer este Sacramento, y administrando los que son enfermos y enterrando difuntos y ejercitando otros muchos oficios, que cuando son nuevas las conversiones, pide la caridad Cristiana y hay bien en ellas en que ejercitarla.

Sobrevino por este tiempo una enfermedad general, en que parece quería Dios comenzar a coger frutos de este nuevo majuelo y en que se le aumentaron sus trabajos al Padre. Antes que comenzase la enfermedad sucedió un eclipse grande de la Luna, sobre que levantaron figuras de supersticiones antiguas, particularmente hechiceros. Porque al tiempo del eclipse, de un pueblo donde se hallaba el Padre, salieron los indios con sus arcos y flechas y otros con palos a la plaza, flechando hacia el Cielo e hiriendo los petates de las casas con gran furia, en defensa, como ellos lo decían, de la Luna, que tenían por viviente y que cuando se eclipsaba, moría en la pelea con otro contrario que allá tiene en el Cielo, con quien entendían o soñaban, que continuamente trae guerra. Salió el Padre al ruido y procuró sacarlos de aquel engaño que les quedaba de su gentilidad. Estos respondían que aquel eclipse significaba mortandad y enfermedades de espinas, añadiendo embustes del demonio, que les persuadía que para librarse de eta enfermedad



cercasen sus casas de espinas, como lo hacían. Entendiendo el Padre que iba esta superstición adelante, les declaró más de propósito su engaño, y como sólo Dios era el que daba la salud y la vida, y no el demonio, que los traía engañados. Y así que acudiesen a Dios por remedio, y al Sacramento de la Confesión, para alcanzar perdón por sus pecados. Pues eran ya cristianos. Aprovechó por entonces algo la plática y quemaron las espinas. Pero con todo, con gente tan nueva en la fe, y que todavía vivía entre gentiles, costaba trabajo el acabar de desarraigarlos de sus supersticiones. Porque caminando el Padre a otro pueblo, le salieron al encuentro los principales en forma de Cabildo, a pedirle que hiciese no llegase la peste, (que llamaban Cocoliztli) a ellos. Petición que otras veces habían hecho en razón de que lloviera, ofreciéndole conjuntamente a confesar los que ya eran Cristianos, para aplacar a Dios. Admitióles el Padre esta segunda oferta llevándolos algunas veces a la Iglesia a hacer oración y haciendo varias pláticas en orden a acabar de sacarlos de estos engaños y repitiéndoles que solo Dios es el Autor de la vida y de la muerte. En todo lo dicho se echa bien de ver las continuas batallas, así espirituales como temporales de los Ministros de Dios entre estas gentes. Pero al fin, Dios los saca bien de ellas y en esta ocasión se experimentó, porque aprovecharon de suerte las pláticas del Padre, que los que aun todavía tenían instrumentos de supersticiones, huesos, cabellos, pellejos, semillas, piedras de diferentes figuras, lo manifestaron y todo se echó en una hoguera y se quemó en presencia de los pueblos. Uno, entre otros de los que habían oído las pláticas, aprehendió tan vivamente la muerte, que sin apartarse del padre, se confesó generalmente con mucho dolor, sentimiento y compunción de sus pecados y circunstancias de ellos, de suerte, que parecía un muy antiguo Cristiano. Finalmente, desengañado de todo punto, declaró al Padre cómo el demonio lo había poseído veinte años, y en grandes pecados que siempre había cometido. Añadióse otra circunstancia a esta particular conversión, que cuando comenzó la conversión, que duró algunos días, se sentía bueno y sano, y en acabándola se sintió con accidentes de muerte, y él mismo daba prisa al Padre para que le diera la Extremaunción. Administrósele por la instancia que hacía, no obstante que le parecía no estaba tan al cabo. Al fin murió, dentro de tres días con muy grande consuelo, diciendo: *Vamos a ver a Dios*, y dejando grandes esperanzas de ser predestinado pues si usó el Señor de tantas misericordias con él, sacándole de tales tinieblas en que tantos años había vivido. Esto no obstante, la serpiente, por todos caminos, y en todos los medios



de salvación, procuraba poner lazos, como los puso en el árbol vedado, que de suyo era bueno. Porque en el Sacramento de la Extremaunción, que es el que en el trance riguroso de la muerte esfuerza contra las batallas de este enemigo. Procuró armarles el lazo, dándoles a entender, que por medio de él les quitaban los Padres la vida. Y por esta razón escondían los enfermos, encubriéndolos con esteras para que el Padre no los viese, que como tiernos en la Fe flaqueaban algunas veces en cosas de ella. El Padre trabajó mucho en deshacer otros enredos y Nuestro Señor ayudó en casos particulares que sucedieron, para que perdiesen el miedo que sentían a este Santo Sacramento y se vinieron a persuadir que antes era remedio, como lo es, muchas veces para alcanzar la salud corporal. Un indio principal estaba tan al cabo que no se le daba más de una hora de vida; recibió la Santa Unción, y siendo de más de sesenta años, al punto comenzó a mejorar y en breve se sintió con tanta salud y fuerzas como si fuera mozo de pocos años. Otro estaba ya sin habla y el Padre muy penado de no poderlo confesar, dióle el Santo Oleo y luego le volvió el habla y sentido y se confesó. Como ellos pudiera escribir otros casos con que fue Nuestro Señor servido saliesen totalmente de sus engaños estas gentes. La enfermedad hizo en ellos grande estrago y hubo día que en un pueblo amanecieron trescientos enfermos y los muertos fueron a millaradas e indecibles los trabajos, que en acudirles de noche y de día pasaban, así el Padre Ministro del Partido como los de los otros. A que se juntaba la falta de remedios humanos, y aun de la comida, no parando de día ni de noche, sin haber lugar de descanso. Todo lo llevaban estos Apostólicos Varones con grande conformidad con la divina voluntad, que tiene sus altos fines en enriar estos trabajos a Naciones recién convertidas.

Y aunque muchas veces son secretas las conveniencias de estos altos fines, no dejan de descubrirse vislumbres y rastros de ellas dignas de apuntarse aquí, para dar gracias a Dios por ellas. Entre otros frutos que sacó Dios de esta enfermedad, uno fue el Bautismo de sesenta y tres viejos y viejas, que como más endurecidos para introducir en ellos la forma de Cristiandad, en salud habían rehusado el Bautismo, a persuasiones del demonio, que les decía que con él habían de enfermar y morir. Pero cogióles la enfermedad, aunque no eran bautizados y viendo que los llevaba la muerte sin Bautismo, lo pidieron al Padre, el cual habiéndolos dispuesto, los bautizó y lavó en este celestial baño y dentro de tres días se los llevó Dios a todos en estado de salvación. Y después de ellos, a una india de más de ochenta años, la

cual huía también del Santo bautismo, y con tanta pertinacia, que se había retirado y escondido doce leguas de sus parientes, porque la persuadían que se bautizase. Pero allí le fue a buscar la Divina Misericordia, porque los parientes dieron aviso al padre de lo que pasaba, Envió por ella y habiéndosela traído la procuró acariciar y regalar, y aunque no traía más enfermedad que alguna hinchazón en los piés, la persuadió que se bautizase. Mudóla Dios el corazón, de suerte que, con mucho afecto pidió lo que tanto había rehusado, de que se admiraban los que antes habían visto su dureza y obstinación. Habiéndola dispuesto, la bautizó el Padre, y no parece que aguardaba Dios más para salvar a esa pobre alma, porque dentro de dos horas se la llevó (como podemos entender) al Cielo pues usó su majestad de tantos medios de singular providencia para que alcanzase el necesario para conseguir la salvación.

Un indio gentil era infestado en varias formas del demonio, y una vez en particular en la de una disforme culebra, que al fin de le comprendió la maldición de Dios, de que como culebra arrastraría por tierra y se sustentaría de esta todos los días de su vida. Acudió el indio a pedir el santo Bautismo, y recibiólo, conque se vio libre de ahí en delante de esta bestia fiera, quedando muy agradecido al Señor que le había hecho aquel singular beneficio, y acudió con mucho gusto a la Iglesia. Y con estos favores del Cielo, cada día iba floreciendo y fructificando más esta Cristiandad.



CAPÍTULO XXVI



Edifican los Cinaloas iglesias, su señalada cristiandad y humana policía, en que se conforman hasta el tiempo presente.

Vencidas con la gracia divina las dificultades dichas, en acabar de asentar la cristiandad de esta Nación y teniéndola ya el Padre bautizada, trató con los principales de que edificasen sus iglesias durables, y no de palos, y el quitar como suelen ser las de los principios. Admitieron la petición, edificáronlas muy vistosas procurando no quedar inferiores en esto a sus vecinas naciones, de Tegüecos y Zuaques. Dedicáronlas con grande solemnidad, celebrando en ellas sus fiestas principales, olvidados ya de las antiguas gentílicas. También dedicaron dos retablos, que se llevaron de México: Uno de la Anunciación de la Virgen santísima, otro de San Cristóbal, que aunque no ricos ni suntuosos, con todo en aquella tierra y de aquella cristiandad, se celebraban y admiraban con grandes aplausos, y decían cuando miraban el de la Santísima Virgen: *¡Qué será ver esta Señora en el Cielo!* Con esto iban creciendo en el afecto de las cosas de Nuestra Santa fe y frecuentando la Iglesia. El fervor en aprender bien la doctrina en sus casas, era tal, que el Padre en la suya los oía rezar algunas veces hasta media noche, y era tal esta frecuencia, que niños de pecho, hechos a oír a sus padres las palabras de la

doctrina Cristiana, gorjeaban y se despertaban a hablar, repitiéndolas.

Dos dificultades le quedaban al Padre que vencer, para la total conversión y cristiandad de esta Nación. La una era de un Cacique viejo, muy principal y estimado en ella, que además de estar muy terco y rebelde en recibir el santo Bautismo, siempre andaba escondido por montes, y otros lo encubrían, no obstante que el capitán deseaba haberlo a las manos, porque sabía era de escándalo en la nación. Pero dispuso la divina providencia por otro camino el remedio. Tenía el dicho Cacique un hijo, a quien el Padre Ministro de doctrina procuraba acariciar para que le diese noticia donde andaba su padre. Y al fin vencido de ruegos descubrió el lugar donde se había retirado, añadiendo juntamente que andaba muy enfermo y que si le quería ir a ver le acompañaría. Aceptó el Padre la oferta, fue en compañía del hijo y halló a su padre con el semblante fiero, y de Indio de grande valor, aunque muy gastado. Trabajó en reducirlo a que quisiese oír la doctrina de la fe y recibir el santo Bautismo. Trocóle Dios y fue bautizado y recibido este Santo Sacramento con muy buena disposición; de ahí a a tres días murió, librando Dios al Padre y al capitán de cuidados, porque era de grande autoridad en la nación, que con una palabra podía descomponerla.

La otra dificultad en que trabajó mucho el Ministro de doctrina, estuvo en arrancar otro abuso de esta nación, que era el matar comiendo las hojas de una yerba que tienen muy a la mano en el campo, y aún en medio de sus casas, muy fácil de comer y con la misma facilidad quita el sentido y en veinticuatro horas, y aún en menos, la vida. Y para usar de este género de maldad y desesperación, no había menester el Indio, o India, grandes ocasiones, sólo les bastaba el reñir el marido con la mujer, o la mujer con el marido. Al fin, quiso dios, que con buenas palabras y pláticas, el Padre desterrase este abuso y que vencidas las costumbres gentílicas, hiciesen mucho asiento en la Nación las costumbres y leyes cristianas. Desmontada ya esta selva y arrancada la maleza, fue creciendo y dando felicísimos sucesos la semilla Evangélica, palabra divina y frecuencia Sacramentos y estima de ellos. Muchos hicieron confesiones generales desde el tiempo que se bautizaron, por asegurarse más de las que habían hecho al principio de su cristiandad y por ventura no con el concepto pleno que al presente sentía de las partes de este saludable Sacramento y gozar con más seguridad de sus frutos y efectos. Era muy ordinario prepararse para tales confesiones, dos y tres semanas, revolviendo sobre toda su vida pasada, El Sacramento Soberano y uso de la Sagrada Comunión,



se introdujo también felicísimamente y lo recibían con grande preparación y reverencia. Y un Indio que faltó en esto y se atrevió a recibir la Sagrada Comunión, habiendo callado un pecado en la confesión, le castigó Nuestro Señor, aunque con misericordia, porque no pudo por mucho tiempo pasar la Sagrada hostia y sobreviniéndole luego una enfermedad, llamó al Padre, hizo muy buena confesión, descubriendo lo que había sucedido, de que quedó escarmentado. La devoción del Santísimo Rosario de la Virgen se entabló en esta Nación con singular afecto: Ella fue la primera que introdujo traer, así hombres como mujeres, ese hermoso joyel al cuello, y porque no les faltase, buscaron una frutilla silvestre, y a propósito para hacer Rosarios y otros de otra madera de colores, y tan galanes, que con ello hallaron también su temporal ganancia. Son tan cuidadosos generalmente con el uso de esta dulce devoción de la Madre de Dios, que tantos bienes ha traído al Cristianismo, que aún en los caminos no se olvidan de ella, y no pocas veces fueron halados con tanto cuidado en cumplir este saludable ejercicio, que a tropas, haciendo dos coros, cuando caminaban, iban rezando por el camino el Rosario. Costumbre que les nace de la que tienen entablada en sus pueblos, de rezarlo en Comunidad los Sábados en la tarde, en al Iglesia, entonando los Temachianos (que son los que cuidan de la doctrina) haciendo dos coros aparte: El uno los varones y el otro las mujeres. Y testigos fueron el Capitán y sus soldados de la dicha devoción en los caminos, porque habiendo sucedido hacer jornadas, en que iban gentes de varias naciones, los de esta Cinaloa, llegados al paraje, se retiraban aparte de los demás a rezar en la forma dicha su Rosario. Cosa que reparándola el capitán y soldados, y notándola por singular, se la refirieron al Padre y no sin razón, pues veían tal trueque y mudanza en Nación tan nueva en la fe, criada en costumbres fieras y ajenas a la luz divina Luz.

Y no paran aquí las costumbres cristianas y santas, introducidas en lugar de las bárbaras, que otra está muy asentada en los Cinaloas, no menos piadosa, que ejercitan con sus difuntos y ánimas del Purgatorio. Porque en tocando a una hora de la noche la campana de las ánimas (como se usa en todos los pueblos) estos al punto, en cualquier ocupación o lugar que se hallasen, arrodillanse todos, introdujeron rezar en voz alta dos dieces del Rosario, de suerte que cada semana tienen devoción de rezarlo entero por sus difuntos, sin dar lugar para que haya estorbo para esta su piadosa devoción, como lo declara el caso que se sigue, que aunque menudo es digno de contarse. Aportaron un pueblo de los



Cinaloas, llamado Toro, dos Españoles, soldados, que venían de lejos, cansados y hambrientos. Acertaron a llegar a la hora de las ánimas, y cuando rezaban por ellas, a casa de unos Indios, a buscar socorro de comida y paraje. Hablaban a los que estaban en la casa y nadie les respondía. Instaban los Españoles, pero a los Indios les parecía que debían aguardar los viandantes a que ellos acabasen su devoción. Y una devota India, cansada de la importunación de los soldados, enfadada prorrumpió diciendo: *Estos no serán nuestros Españoles, sino demonios que nos quieren estorbar el rezar por nuestros difuntos.* Y volviéndose a los importunadores dijo: *Si sois Españoles, aguardad a que terminemos de rezar y luego os acudiremos.* El dicho fue de India sincera, pero no falto de razón. Pues el trabajo que padece y socorro que necesita una ánima de Purgatorio, no tiene comparaciones con la de un caminante, aunque se halle muy cansado y pereciendo de hambre. Pasa adelante la devoción de los Cinaloas para los finados porque la víspera del día que hace la Iglesia su conmemoración se juntan todos de comunidad a rezar el Rosario por ellos, y muchos aquella noche en la Iglesia hacen disciplina de sangre, y les ayudan al día siguiente con ofrendas que traen a la Iglesia y limosnas que hacen por ellos. Y no pocas veces ha sucedido que acabado de enterrar el difunto, algunos de sus parientes se han entrado en la Iglesia y tomado disciplina de sangre y otros confiesan y comulgan por ellos, ayudándolos con este Santo Sufragio. Costumbre es también, que da testimonio de cuánto han arraigado en la Fe estos cristianos, lo que suelen hacer en ocasiones de enfermedad, a falta de aguas, a tiempo de las sementeras, porque ya no hay memoria de ir las a pedir (como solían) a sus hechiceros, sino a la que es Madre de piedad, y ellos la reconocen por tal, y no le saben otro nombre que el de su madre, y al modo al que nosotros la nombramos la Virgen santísima y ellos, Nuestra Madre Santa María. A ella acuden en las necesidades dichas, rezando de comunidad y a coros el Rosario, haciendo procesiones con su Santa imagen y otras penitencias. Y la Soberana Reina del Cielo se ha mostrado tan propicia a esta su devota Nación, que un Padre que los doctrinó doce años afirma que nunca le faltó el socorro de esta Señora, y Madre piadosísima, en tales ocasiones.

Aunque acabo de contar virtudes de esta Nación, también a ley de Historia, no quiero pasar en silencio una culpa en que se desmandó en este tiempo, pues los sagrados Evangelios en su sagrada Historia no perdonaron la caída de San Pedro, que tan fervoroso fue en la Fe y amor de su sagrado Maestro, y todo sirve



de enseñanza, como sucedió en nuestro caso, que pasó así: Unos indios gentiles y bárbaros, mataron cruelísimamente (como suele) a unos parientes de estos Cinaloas; hubo a las manos del Capitán Martínez de Hurdaide a los homicidas, a los que sentenció a muerte, hallándose en el Fuerte de Montes Claros, y despachó al Padre Ministro de los Cinaloas, que estaba cerca y sabía la lengua de los que habían de enjuiciar, que viniese a disponerlos para este trance. El Padre acudió a obra de tanta piedad. Sucedió pues, que en esta breve ausencia que el Padre hizo de sus pueblos, y sabiendo ellos como se hacía justicia de los que habían muerto a sus parientes, mal aconsejados e inadvertidos de la piedad que como cristianos debían guardar, celebraron la muerte de los ajusticiados con bailes de los que usaban en su gentilidad, cuando quitaban la vida a sus enemigos. Lo cual, si se lo sufría Dios, cuando no eran de su rebaño y pasaba con estas y otras semejantes gentilidades, cuando no tenían luz sino vivían en tinieblas. Pero cuando ya los tenía por hijos, como Padre cuidaba de castigarlos, como a tales, conforme lo del Apóstol: *Quod si extra disciplina estis, ergo adulteri, si no si y*. Y el castigo de la fiesta que celebraron, fue que de repente les envió Dios una enfermedad de viruelas a casi todos sus hijos, de suerte que cuando el Padre volvió a cabo de los tres días, halló trescientos niños y niñas heridos de esta enfermedad, que es en ellos peste, de la cual murieron los más de los enfermos. Y conociese haber sido castigo de Dios, porque en otro pueblo tan cercano, como lo estaban entre si los de los Cinaloas no tocaron en este tiempo la enfermedad, sino solamente donde fue celebrada la fiesta gentilica. Y fue notado que las personas que las personas que habían tenido más culpa en las fiestas de los bailes bárbaros a estos les cupo más parte de la pena, siendo los más de los que murieron, sus hijos. Que como sabe Dios muchas veces hacer bien a los hijos, por los merecimientos de los Padres, también sabe castigar a estos en sus hijos, aunque usando con ellos de misericordia, como más inocentes. Así sucedió en nuestro caso, porque escribió el Padre que era cosa maravillosa la disposición con que los niños recibían la enfermedad y la muerte de los que se les llegaba. Me enternecían, (dice) y me sacaban las lágrimas cuando iba a sacramentar a los que eran capaces, el oírles los filiales coloquios llenos de cordial confianza que hacían a la Virgen Nuestra Señora, llamándola Nuestra Querida Madre, Madre Nuestra Dulcísima, a quien deseaban ir a ver y gozar, y esto a veces con voz tan alta que andando el Padre por el pueblo visitando a los enfermos, oía por la plaza y calles sus devotas plegarias.



Pero porque no quede rematada la conversión y cristiandad de la Nación Cinaloa con culpa, que con poca advertencia de obligaciones cristianas cometieron, y volviendo por el crédito que merece esta Nación, quiero contraponer al caso pasado otro de grande edificación, propia de cristianos muy antiguos y aún de los de la primitiva iglesia. Y fue el caso que los Huites (Nación de Gentiles) de cuya reducción se tratará dos capítulos adelante, quisieron hacerse cristianos, con el ejemplo de sus vecinos los Cinaloas. Estos pues, con haber sido capitales enemigos en su gentilidad, se alegraron tanto de la conversión a Nuestra Santa fe, que para facilitar las dificultades que en ello se ofrecían, de ser los Huites de diferente lengua, tener sus rancherías de la otra parte del grande río, que se había de pasar para ir a adoctrinarlos, vivir en picachos inaccesibles, todas estas dificultades allanaron los piadosos Cinaloas en ayuda de los que tenían por enemigos, con una acción muy propia de cristianos fieles y digna de memoria. Porque avisados del padre y exhortados a que de su parte ayudasen a obra de tanta piedad, ellos con mucho gusto convidaron y trajeron a sus pueblos a trescientas personas de los Huites, para que estos aprendiesen la lengua Cinaloa y el Padre la de los huéspedes y con esto se facilitase su bautismo y doctrina. Y resplandeció más esta caridad cristiana de los buenos Cinaloas, porque recibieron a sus huéspedes (aunque gentiles) con tantas fiestas y regocijos y los sustentaron con tanta liberalidad y trataron con tanto amor que hasta que estuviesen en disposición de poderles bautizar como si fueran sus hermanos, los sustentaron largo tiempo. Acción señalada, y que lo fuera aún entre muy antiguos católicos cristianos. A los que quisieron de los Huites quedarse en los pueblos de Cinaloas, les dieron tierras en que sembrasen, y a sus hijos vestidos, y sus mismas galas, y los mimaban y regalaban como a sus propios hijos. Y llegó a tanto el cariño que a estos les quitaban esas galas para acariciar a los extraños. En todo lo cual se esmeró un señalado cacique cristiano de los Cinaloas, de quien adelante se hará mención, cuando se trate del pleno asiento y doctrina de los Huites. Y remataremos la Historia de la conversión de estos, que son propios Cinaloas, y del estado en que hoy queda la cristiandad, refiriendo la opinión de los Padres que administran en ellas Misiones, cuyo sentimiento es, que los Cinaloas son de los cristianos, en quien se ha arraigado, crecido y dado más frutos la Fe de Cristo Nuestro Señor y su Evangelio, en toda la Provincia. Y no solo en lo espiritual y divino, sino también en lo humano y político ha tenido grandes progresos y mejoras. Porque en sus pueblos, todos han hecho sus casas

de adobe y azoteas. Muchos de ellos se han aplicado a aprender oficios de los que son necesarios en una República. Y aún entre ellos hay algunos tan diestros que saben hacer instrumentos musicales, chirimías y flautas y piezas de Altar, como sagrarios y otros vasos. Al fin, no hay tierra, por silvestre que sea, que cultivada no se mejore, verdad que se experimenta en estas Misiones a lo humano y divino, y experiencia que puede alentar mucho a los Ministros Evangélicos de estas gentes, que no malogran en ellas sus trabajos. Y con esto pasemos a otras nuevas conversiones que nos llaman.



CAPÍTULO XXVII



Del suave medio con que se redujo a Nuestra Santa fe la nación Zoe, agregada a la Cinaloa.

Caminando a lo ancho por la extendida Provincia de Sinaloa, es forzoso toparnos con naciones que habitan en las sierras, que por la banda del Oriente y Norte las cercan. Los Zoes eran indios serranos que tenían sus poblaciones en lo alto del mismo río de los Cinaloas. Era gente más agreste y de diferente lengua que los Cinaloas, y los vecinos o familias de sus rancherías llegarían a número de quinientas. Teniendo pues, noticias de esta Nación, que su vecina la Cinaloa (que distaba siete leguas) había recibido al Padre Cristóbal Villalta en sus pueblos, y con su doctrina, y compañía, se hallaban muy contentos. Con esta ocasión enviaron un cacique, pidiendo al dicho Padre fuese a sus tierras y les diese su doctrina y bautizase como a los Cinaloas. El padre, que era muy fervoroso operario, les dio buenas esperanzas de cumplirles su deseo, remitiendo la ejecución para mejor tiempo y disposición en que no estuviese tan embarazado. Iba Dios previniendo en ellos por un suavísimo medio, muy acomodado a la ley de Gracia y a la letra explican los Doctores, de las gentes que entran en la Iglesia y reduciría Dios de montes y campos y con silvos de Pastor. *Silabo cis, de congregabo illos, quia*

redemicos, de multiplicaba. No a golpe de vara, cetro o callado, sino con blandura y suave silbo de un Pastor amoroso, que es lo que significa la palabra *Sibilabo*. Pues con estos silbos llamó Dios de entre montes y peñascos a las Naciones serranas, de que se escribe en este y en los capítulos siguientes, sin que interviniesen guerras, encuentros ni alborotos para su reducción, sino solo *quia redemicos*, porque los redimió con su sangre. Sucedió pues, que estando doctrinando el Padre la Nación Cinaloa, solo con haber oído los Zoes los santos silbos de la doctrina cristiana, que aprendían y cantaban con gusto sus vecinos los Cinaloas, traídos suavemente de Dios, pidieron fuese a su tierra y rancherías a comunicarles a ellos la misma doctrina, porque la recibirían de muy buena voluntad. Fue el Padre con la misma a visitarlos, predicóles Nuestra Santa fe, declaroles sus obligaciones, significándoles juntamente que para poder ser doctrinados era menester congregarse en forma de pueblo, donde tuviesen sus iglesias, como los demás. Vinieron con alegría en todo lo que les propuso, bautizó buen número de párvulos que le ofrecieron para tomar posesión de aquel nuevo rebaño en nombre de Cristo, y quedó de esta vez por suyo. Dos casos particulares sucedieron: Cuando entró el Padre a la reducción de esta gente serrana, en que se manifiesta la particular providencia conque Nuestro Señor ampara a estos sus Ministros Evangélicos, y el Padre los escribió y dice así: Estando ya con mis serranos, se levantó un Tlatole, o plática de ruido y alzamiento y que tomaban las armas para matarme. Oyéndola uno de los muchachos de la Iglesia, que traigo conmigo, se llegó a uno de los Caciques que me acompañaban, y le dijo muy en secreto que aquellos Indios hablaban mal y me querían matar. Luego que el Cacique lo oyó, sin decirme nada, fue a avisar a sus Cinaloas de lo que pasaba, los cuales al punto y de su propio motivo, tomando sus arcos, flechas y armas de guerra vinieron en mi busca a defenderme y ampararme, certificándome que les había dado tanto cuidado la nueva que les llegó, que luego al punto, sin comer, habían venido a socorrerme. Yo les agradecí su buena voluntad y les advertí diciéndoles que si habían tomado sus arcos los serranos, sería para matar alguna caza y pescado para mi y los que iban en mi compañía. Y porque no se alterasen los serranos con esta demostración y darles a entender que me fiaba de ellos y consolarlos, de propósito me detuve algunos días en su compañía, conque se aquietó este ruido, conque pretendía el demonio, ora fuese con verdad, ora con mentira, turbar esta gente que Dios quería salvar. Y añade el Padre: El segundo caso en que se ven los altos caminos de predestinación con algunas almas

de estas. Hallé enfermo un viejo de mucha edad, y que no tenía ya sino la piel pegada a los huesos, y fuera de esto, sordo, y que cuando lo fui a ver, estaba tan caído que parecía más muerto que vivo. Habléle y no me respondía. Hice una trompetilla de una caña y embudo de papel, y puesto al oído, y hablándole por ella, no parecía oír poco ni mucho. Con todo, perseverando media hora con él, y encomendándole a Nuestro Señor, le pregunté si quería ir al Cielo a gozar de grande alegría y consuelo, y ver a Dios. Aquí dio muestras de oír algo, y poco a poco me vino a entender, aún quitada la trompetilla y no hablándole alto, sino en voz baja, y como otro cualquiera de buen oído respondía a lo que le preguntaba, y finalmente, con el favor de Dios, se hizo capaz de los misterios de Nuestra Santa fe. Bauticélo con mucho consuelo suyo y mío. Si él era sordo naturalmente, esto y más puede la palabra de Nuestro Señor, con cuya bebida estaba escrito que los oídos cerrados de los sordos se habían de abrir, y si la sordera era fingida, mayor beneficio fue curarle Dios de la que nacía de rebeldía de voluntad. Otro día le hice traer a la Iglesia y le puse los óleos, con las demás ceremonias santas y le di la Extremaunción, y luego se lo llevó Dios Nuestro Señor. Hasta aquí el Padre, que tuvo razón de añadir estas últimas palabras, pues tan singulares providencias de Dios, para poner esta alma en camino de salvación, bien es de entender que no se frustrarían.

Por estar parte de las rancherías de esta nación de la otra banda del río, que es muy grande, y más en sus avenidas, y que no las podía pasar el Padre para acudirles en tiempo de necesidad de Sacramentos, y otras ocasiones por andar muy ocupado en las grandes mies de los Cinaloas, trató con los Zoes saliesen a poblar a pueblo más acomodado y a propósito. Y aunque tuvieron al principio dificultades, al fin las vencieron y se vinieron a congregar en el pueblo que se les señaló y se formó un pueblo de quinientos vecinos, donde acabó el Padre de bautizar toda la Nación, en número de mil quinientas personas. Y aunque al principio se redujo a esta gente con la suavidad dicha, pasado algún tiempo, Satanás (que no duerme) inventó varios pretextos y antojos para inquietarla, que en su batería ni se cansa ni para. Traíales a la memoria sus montes y árboles de frutillas silvestres y otras libertades de su gentilidad, con que los inquietaba y volvió a algunos de ellos al Egipto de sus tierras. Anduvieron retirados algún tiempo, en el cual corrió riesgo la vida del Padre, que no son pocas las veces que aún cuando con Naciones mansas oyen sentencia de muertes estos benditos Ministros, y blasón



de este glorioso de sus empleos. Pero el Padre, ya con premios y halagos, ya con sufrimiento y paciencia y medios nacidos de su ferviente caridad, al fin redujo a estas ovejas e hicieron asiento en su pueblo. Otro padre, que entró después a esta doctrina, trató con los Zoes que edificasen su Iglesia de propósito, para que cobraran más amor al puesto, como en realidad de verdad lo suelen cobrar, viendo en él obra de sus manos. Vinieron en ello, edificaron una tan hermosa, adornada de pinturas (de que mucho gustan) que cuando la tuvieron acabada, no acertaban los más del pueblo en todo el día a salir de ella, y cuando salían era con admiraciones y blasonando de que no había Nación en toda la provincia que gozase Iglesia tan hermosa; y a la verdad lo era, y les había costado sacar a sus hombros de entre montes, cuarenta grandes madres de hermoso cedro, para su cubierta. Dedicóse con gran solemnidad y fiesta, a que acudió mucha gente de Naciones comarcanas, y dedicóla diciendo la Misa el Padre Julio Pascual (Varón Santo) que como adelante se dirá, murió Mártir a manos de otras Naciones serranas, no muy distante de esta. No se contentaron los Zoes haber edificado su Iglesia, sino que aficionados con su vista, en particular los que se habían criado por montes, y esos los arrancaron de este pueblo, se animaron todos a hacer sus casas de adobes y cubiertas de terrado, formando calles y plaza en su pueblo. Acabó de asentar esta Nación, de suerte que nunca más trataron de alzamiento, ni mudanza, sino de vivir con gran paz, como hoy lo están, acudiendo a su doctrina y demás ejercicios de cristianos, como los más antiguos de la provincia, en Fiestas, Pascuas, Ministerios de la Semana Santa, procesiones de sangre, confesiones y comuniones, devoción del Rosario. Y en este sitio, en lugar de espinas ya nacen y se cogen fragantes flores de niños para el Cielo. Y no me para a escribir casos singulares de Indios fieros de esta nación, convertidos en mansas ovejas, ni de enfermos que se fueron con la gracia bautismal al Cielo, ni de supersticiones y costumbres bárbaras, arrancadas y olvidadas, por ser casos semejantes a los que de otras Naciones se acaban de escribir, y no faltaron en ella, cuya próspera cosecha me contento declarar, con que en un rincón de Cinaloa se bautizaron mil y quinientas almas que viven con gran ejemplo de cristiandad, sin los frutos que adelante se van dando y cogiendo, y pasaremos a otra, que se trasplantó de más ásperos puestos y riscos.



CAPÍTULO XVIII



*De la reducción a Nuestra Santa fe de unas
rancherías y gente que habitaban entre peñascos y riscos.*

La Nación de los Huites, que en lengua de Cinaloa suena *lo mismo que los flecheros* (porque debían de ser señalados los de esta gente en usar de la flecha) tenía sus rancherías y habitaba en chozas, o cuevas entre riscos y peñas rajadas asperísimas, adonde si no eran ciervos o alces no podían penetrar, y para subir hombres a ellas era menester ayudarse, asiéndose unos a otros. Por otra parte, eran puertos tan secos que no tenían agua que beber, que la de la lluvia se rebalsaba en algunas concavidades de las vivas peñas, y el mejor puesto que gozaba una ranchería de ellas, era un vallecito cercado de tan altos montes y picachos espantosos que estorbando la entrada de los rayos del Sol, allí era dos horas más corto el día. En estos horribles puestos vivían como trescientas familias de gente, que aunque no distaba de la nación Cinaloa más de siete leguas, no se veían ni trataban, ni comunicaban con ellos, si no era con los arcos y flechas para matarse, ni sabían de otro mundo que el que se encerraba entre aquellas peñas. Era gente que comía carne humana, cuando la alcanzaban de sus enemigo, y el que más calaveras de los enemigos muertos colgaba sobre su puerta, o cueva, era



tenido por el más valiente de la nación. Y aquí lo fue a buscar la gracia divina, por medio particular de un muchacho de estos Huites, que cautivaron los Cinaloas y ofrecieron al Padre para que lo criase y enseñase la doctrina cristiana y lengua de los Cinaloas. Teniendo pues noticias de esta retirada gente, el Padre que cuidaba de la Nación Cinaloa se animó a enviar algunos de los Cristianos de esta Nación, aventurándolos (porque a él no le era posible entrar al puesto) para que tratasen de paz y amistad con los Huites, enviándoles algunos doncellos. Este viaje aceptaron los buenos Cristianos Cinaloas, con deseo de que gozasen aquellos empeñolados vecinos suyos, de la paz que ellos, con la doctrina del Evangelio. Salióles felizmente la jornada, porque los recibieron bien aquellos montaraces (con quienes antes se mataban). Diéronse de una parte a otra algunos dones, como arcos, flechas, sal y cuchillos. De más de lo dicho recabaron los Cinaloas de los Huites, que para mayor asiento de la paz, enviasen al Padre algunos hijos suyos, que criándose con los Cinaloas aprendieron su lengua y doctrina Cristiana, y cuando volviesen a sus tierras la pudiesen enseñar a su nación, obligándose los Cinaloas a tratar como a propios hijos estos niños. Vinieron en concierto los Huites, y las dádivas quebrantaron peñas, como las de estos bárbaros, a quienes ablandaron las dádivas y beneficencia de los Cinaloas, y no sólo se ablandaron, sino que podemos decir que dieron pedazos de sus carnes, que eran sus hijos, a los que tenían por mortales enemigos, cuyas carnes alguna vez se comieron. Obraba aquí Dios con su divina gracia, así en los ánimos de los Cinaloas, que convidaban con amistad a sus enemigos (como de los Huites) que se fiaban de ellos, y medio que trazaba Dios para recoger este rebaño. Volvieron los Embajadores Cinaloas muy alegres al Padre, los cuales después siguieron muchos de los Huites, trayendo consigo algunos de sus hijos para que aprendiesen la doctrina y lengua de los Cinaloas, y disponiéndose para el futuro bautismo y cristiandad, que decían que ya deseaban. Prosperó luego Nuestro Señor maravillosamente estos buenos principios, porque salieron de entre sus peñas trescientas personas, chicas y grandes, y se vinieron a vivir entre los Cinaloas, que los recibieron en su pueblo y casas con tan grandes muestras de amor y benevolencia, que quitaban del cuello las galillas de sus hijos y con ellas adornaban los de los nuevos huéspedes, como se dijo que lo habían hecho con los Zoes. El Padre, también por su parte les procuraba agasajar, ejercitando con ellos amor de padre con hijos pequeñitos, que Dios le traía a su casa. De estas trescientas personas comenzó a bautizar a los párvulos, a que siguió el bautizo

de los adultos, que se celebró en dos veces con toda la solemnidad posible, y en que mostraron los Cinaloas grande piedad y alegría, festejando el bautismo de los nuevos cristianos con convites y danzas, y unos soldados que se hallaron presentes con salva de arcabuces, y aún correspondería otra en el Cielo de los Ángeles, pues tenemos de fe que allá por un solo pecador convertido celebran fiestas semejantes. Con lo cual en breve tiempo quedaron parte de los trescientos bautizados, que iban a visitar a sus parientes entre los picachos, dándole cuenta como vivían y cuan bien les iba entre los Cristianos Cinaloas, gozando de su iglesia y doctrina. Por algunos años duró el no salir de su puesto inaccesible todos los huites, pero quedaron con todo tan afectos a la comunicación del Padre, y de los Cristianos, que los venían a visitar muchas veces desde sus picachos, gustosos de ver a sus hijos bautizados. Concertaron con el Padre, que mientras ellos no salían a poblar en puesto donde pudiesen ser doctrinados de asiento, con todo, avisándoles de todo lo que quisiesen de ellos, les obedecerían, y el mismo asiento hicieron con el Capitán del Presidio, a quien fueron a visitar. Y lo que es más de admiración en una Nación tan intratable, fue que los años que duró el no dejar toda la nación sus riscos, muchos gentiles, de su espontánea voluntad, en naciendo sus hijos, los traían al Padre para que se los bautizara. A que el Padre añadía de su parte el enviar, entre año, algunos mozos de la Iglesia bien instruidos y enseñados, para que si hubiese algún enfermo o peligro de muerte, lo catequizasen, bautizasen, porque estaban muy instruidos en la forma de ese santo Sacramento. Añadiese a este, que los párvulos que se habían antes bautizado, y ya llegaban a los siete años y eran capaces de aprender la doctrina, se los traían consigo a los Temastianos a los pueblos Cinaloas, para que entrasen en la Iglesia. A los cuales entregaban los Huites con mucha voluntad, y con la misma era cosa maravillosa que aquellos niños dejaban a sus padres carnales y se venían con los que poco antes habían conocido por enemigos capitales, fiados en que venían al amparo del que era su Padre espiritual.

Deteníase esta nación en la determinación de mudar puesto tan áspero y desacomodado, y solicitábale al Padre el deseo que tenía de aquellas almas reacias. Finalmente se determinó de ir él propio en su busca a sus montes y peñas, aunque fuese venciendo muchas y grandes dificultades, imitando al pastor Evangélico que dejó las noventa y nueve ovejas para socorrer la que se quedó perdida por los montes. Con esta determinación entró acompañado por algunos de sus Cristianos

hasta el puesto donde pudo llegar a los Huites, habiéndoles dado aviso antes de su ida. Recibiéronle con mucho gusto, habiendo dispuesto enramadas para Iglesia y casa del Padre, y prevenídole allí comida de maíz, frijol y calabazas para él y la gente que le acompañaba, y sirvió esta entrada para la total reducción de esta gente. Porque haciéndoles el Padre, lo primero, algunas pláticas de la doctrina Cristiana, necesidad del bautismo para su salvación y cuán bien les estaría hacer asiento y población en lugar donde pudiesen ser doctrinados, se ablandaron para acabar de dejar sus asperísimos puestos. Lo segundo, bautizó algunos niños, que no habían recibido este Santo Sacramento y algunos viejos y viejas enfermas que estaban a riesgo de morirse. Estos bautismos y llegada del padre celebraron con muchas fiestas a su usanza, Y lo último que alegró al Padre, y porque dio por bien empleado el trabajo de su jornada fue que con la voz de que entraba el Padre a los escondidos Huites, se convocó a número de gentes de otras Naciones de la sierra más adentro, que concurrió a ver y conocer al que doctrinaba a los Cristianos. Agasajó el Padre y regaló a toda esta gente, y dióles esperanzas que algún día llegaría Padre a sus tierras que les enseñasen a vivir como hombres y juntamente la palabra de Dios, de que necesitaban todos los hombres del mundo para la salvación de sus almas, plática que fue el principio y fundamento de la reducción a la fe de estas otras gentes, aunque más retiradas que los Huites, de que adelante se escribirá. Habiéndose detenido en esta santa ocupación algunos días el Padre, volvió muy contento a su partido de Cristianos Cinaloas.



CAPÍTULO XXIX



Dispone el Padre la ejecución y reducción de los Huites y escríbese una señalada jornada de un principal cacique que ayudó a ella y a la de otras naciones extrañas.

No sosegaba el celoso deseo y cuidado del padre, de ver a la Nación Huite toda reducida a Dios, y conociendo que para conseguirlo era necesario que saliese de entre aquellos riscos, y recogerse toda a puesto acomodado donde pudiese ser doctrinada, edificar Iglesia y formar pueblo en policía y habitación de hombres. Resolvió hacer diligencias apretadas para poner esto en ejecución, y para ello encomendó a algunos Cristianos fieles, como gente que tenía noticia de todos los parajes de la comarca, que buscasen uno con todo secreto donde con comodidad de tierras y agua pudiesen poblar los Huites. Habiendo hallado, les mandó hacer una enramada para Iglesia y casa. El día siguiente, convocando y juntando algunos cristianos Cinaloas y Huites, de los que con ellos vivían, y convocado otros gentiles de los picachos, se fue al dicho puesto. Habiendo dicho Misa y estando junta toda la gente, les hizo una plática, proponiéndoles las conveniencias que había en aquella reducción, en la cual los Huites quedaban mejorados de puestos y tierras. Persuadiéndoles a los que no habían salido de su



áspera serranía, cómo debían seguir el ejemplo de sus parientes, que para hacerse Cristianos se habían ya venido a vivir entre los Cinaloas, en cuya compañía habían hallado tan buen hospedaje y ahora tendrían mucho gusto de tenerlos más cerca y por hermanos en la fe. Estas y otras conveniencias les propuso, pidiéndoles que ellos mismos diesen vuelta a aquel paraje y viesen por sus ojos las comodidades referidas, y contentándose de ellas, limpiasen y escombrasen aquel campo de la maleza y árboles que lo impedían y desde él abriesen camino para venirlos a visitar el Padre desde los pueblos de sus Cinaloas, pues era tan áspero, que si no era allanada su aspereza, no era posible andarse. Aceptaron la plática los Huites, bajó luego buen número de ellos de entre las peñas, limpiaron el lugar, abrieron el camino, cortaron árboles y allanaron los malos pasos. Hicieron Iglesia de madera y buen número de familias juntaron sus casas en este puesto. Dentro de poco tiempo comenzó el Padre los bautismos de los adultos, que eran muy continuos en acudir a su Iglesia, a aprender la doctrina y los ejercicios de Cristianos, y se iban amoldando muy bien a sus costumbres y olvidando las antiguas, que no eran poco, teniendo tan cerca la memoria de su vivienda antigua. Otro medio ofreció Dios en esta ocasión, que fue muy a propósito para acabar de ganar esta gente. Este fue el beneficio que el Padre les hizo, a su petición y ruego, pidiéndole que tomase la mano con otra Nación de los Chínipas, que estaban ya reducidos para que ciertas piezas de esclavos, que cuando traían guerra con los Huites les habían cautivado, de mujeres y niños (a quienes raras veces perdonaba la vida) se los entregasen al Padre, y sacándolos del cautiverio en que estaban los trajesen a los pueblos Cristianos. Puso la mano en obra de tanta piedad el Padre, y para dar gusto a los Huites, rogó a los Chínipas les entregasen aquellos cautivos. Acudieron con mucha voluntad a esta petición y entregáronle todas las piezas de esclavos, así hombres como mujeres, los cuales acomodó en casa de buenos Cristianos Cinaloas, para que los criasen y enseñasen la doctrina y amoldasen a buenas costumbres, para bautizarlos y ponerlos en estado, lo cual todo se ejecutó y todos se bautizaron. Acción fue esta a favor de los Huites, conque quedaron mucho más ganados y afectos al Padre.

Estando en este estado las cosas, aún todavía quedaban algunos reacios en sus sierras y picachos, que no todos obedecen con una misma presteza la divina vocación. Dispuso la Providencia Divina un medio digno de escribir aquí, que fue el único para acabar con la reducción de todas las rancherías de la Nación. En la



de Sinaloa había un Indio principal y su Gobernador, de ejemplar cristiandad, que merece la memoria que después haré de sus virtudes, llamado don bautista. Ese enviudó, y hallándose y hayándose el Padre con una gran capacidad para ayudarse de él en reducir Naciones comarcanas gentiles, porque tenían de él mucha opinión, le persuadió tuviese gusto de tomar por mujer una doncella cuerda y honesta de la nación Huíte, la cual aunque había sido una de las piezas cautivas de los Chínipas, se había criado en toda honestidad. Vino en ello el buen Gobernador, y con gusto de los suyos (y él lo tuvo) casóse con la que el Padre le decía le hacía buena compañía. Y los Huites estuvieron contentos de verse emparentados con Indio que tanto estimaban y de quien habían recibido muy buenas obras en su puesto. Con esta buena ocasión pidió a don bautista que fuese con la mujer Huíte a visitar sus parientes y procurase ganarlos para que acabasen todos de reducirse a Iglesia y pueblo, que el Padre les ofrecía de toda buena acogida. Además de esto, le encargó pasase adelante y penetrase la sierra y tratase de amistades y paces con las Naciones que (le dijo) se seguían, poblado en aquella larga serranía, y Dios disponía para lo que adelante se dirá. Aceptó don Bautista la jornada con mucha voluntad del bien de aquellas gentes y ejecutóla, llevando consigo a su mujer y algunos parientes suyos cristianos y de confianza. Salió felizmente esta jornada porque fueron recibidos de los Huites gentiles con mucha alegría, convidados de los parientes, y por todas las rancherías de la nación, y no contentos con ello, los quisieron llevar a visitar las Naciones confederadas gentiles, y extendidas por espacio de seis jornadas la tierra adentro, de Guazaparis, Chínipas, Hios, Temoris y otras, de las cuales escribiré en su lugar. Y en todas partes era grande la alegría, fiesta y concursos de aquellas gentes, que a porfía salían, y se despoblaban aquellas tierras para ver a los cristianos de quienes tenían noticias, aunque de lejos, y en especial a la Gobernadora Huíte, que veían ya muy querida, adornada y honrada, habiendo sido antes esclava de los Chínipas, y la veían casada con el Gobernador de los Cristianos, que tanta fama tenía en aquellas naciones. A porfía les traían todo género de sus pobres regalos, y hasta la media noche estaban colgados de sus pláticas, oyéndoles hablar de las costumbres y modo de vivir de los Cristianos y de los Padres que los doctrinaban; de la paz, amistad y seguridad en que vivían, las iglesias que edificaban en sus pueblos, etc. Pero lo que sobremanera les causaba admiración a aquellas gentes, y fue singular argumento y ejemplo de cristiandad del Gobernador don Bautista, será lo que se sigue. Todas las mañanas,



según la instrucción que llevaban del Padre, se juntaban los Cristianos, apartados de los gentiles y rezaban de rodillas las oraciones de la doctrina Cristiana, y al anochecer, a coros el Rosario, que llevaban colgado al cuello, y otras oraciones por los difuntos, sin faltar día a esta su devoción. A que podemos atribuir el haberles dado Dios Nuestro Señor a estos devotos Cristianos, el feliz suceso de su jornada, con que iba disponiendo su divina Providencia mucha de la gente, que después recibió la doctrina del Evangelio. Hallaron estos Cristianos delante de una Nación de aquellas distantes, una cosa que les fue de particular consuelo, y fue que en una concavidad como nicho, estaban tres cruces pintadas, de que coligieron que por allí habían pasado algunos cristianos. Y también pudo ser este rastro el que dejaron entre estas gentes aquellos que dijimos en el primer Libro, que salieron derrotados de la Florida a Cinaloa de los Cristianos de la provincia de Santa Bárbara, que cae a las vertientes de aquella grande serranía, a las partes del Oriente. Al fin, habiendo hallado el Gobernador don bautista con su gente tan buena acogida en aquellas Naciones, volvieron muy alegres y trajeron consigo a su tierra, y a ver al padre, unos diez o doce de los caciques, y con ellos otros muchos indios de sus parcialidades. Y cuando hubo nueva en los pueblos Cinaloas, que venían los extranjeros que acompañaban a su Gobernador, salió mucha gente a recibirlos a caballo, cosa que los huéspedes aún no habían visto. Hacían correrías de fiesta, celebrando con bailes, atambores y todo género de regocijos, arcos de ramos y refrescos de comida para agasajarlos. Esto fue en el camino, que cuando llegaron al pueblo vieron nuevos festejos. De campanas, chirimías, trompetas y danzas, y las mujeres cristianas de los indios Cinaloas y Huites, que con ellos vivían, se llegaron a las gentiles peregrinas, abrazándolas y celebrando la bienvenida con caridad muy de Cristianas, y ejercitada con increíble alegría, con gente que poco antes apenas tenía rastro de humanidad. El Padre, lleno de gozo de ver aquellos nuevos rebaños, que sacaba Dios de montes y valles tan escondidos, y quería reducir a su Iglesia, estaba aguardando que llegaran a la puerta de su casa. Apenas los peregrinos de lejos le divisaron, y los cristianos, que con ellos venían, les avisaron que aquel era el Padre de los Cristianos, cuando luego todos a una levantaron una alegre vocería y algaraza, y corriendo a toda prisa, llegados a su presencia le cercaron y arrodillándose, le asían de la ropa, y sin apartar de él los ojos repetían por grande rato estas palabras: *Nono, Nono*, que quiere decir *Nuestro Padre, Nuestro Padre*, y levantándose comenzaron a hablar en su lengua



en voz alta al Padre. El cual llamó intérprete y entendió que lo que significaban en su razonamiento aquellos gentiles era el gusto de haber llegado de partes tan distantes a ver pueblos cristianos y al Padre que los doctrinaba, y los tenía por hijos. Añadiendo que aunque habían caminado tantas jornadas desusadas de ellos y en que habían padecido trabajos, todo lo daban por bien empleado por haber visto al que amaba a todos los hombres y que fiados en que era Padre de aquellas Naciones que doctrinaba, se habían atrevido a pasar por las que antes eran de sus enemigos, y ya no los temían, sabiendo que todos le miraban y obedecían como a padre. Correspondióles el Padre con otros razonamientos semejantes, llenos de amor y de cariño. Luego ordenó que los varones entrasen en la casa del mismo Padre y allí les diesen de comer y el regalo posible, y a las mujeres fuera de ella, debajo de una enramada, de la misma forma. Acabada la comida, los principales del pueblo llevaron a los huéspedes a sus casas, y les trataron con singular amor y beneficio, y casi todas las noches se oyeron sermones solemnes de una parte y otra, tratando en ellos de las amistades que asentaban en perpetua hermandad, para tratarse como tales, y para comunicarse de ahí en adelante desde sus tierras, asegurando el paso para su comunicación, y en señal de ella dieron de una parte a otra unas mantas de algodón, adornos de cuentas y dijecillos.

Habiendo descansado los peregrinos huéspedes unos días en este pueblo de los Cinaloas, los llevó el Padre a otro de la misma Nación, que los salió a recibir con las mismas demostraciones de alegría que el primero, así hombres como mujeres, porque salieron a recibirlos dos leguas al camino, y muchos de los Cinaloas a caballo, haciendo sus escaramuzas de fiesta y sacando banderas y atambores. Hospedáronlos en sus mismas casas y regalaron con todas las demostraciones de amor y caridad que les fueron posibles. Habiendo descansado aquí otro poco de tiempo, juzgó el Padre que sería bien que estas nuevas gentes pasasen a la Villa, se vieses allí con el Capitán, Padres, Españoles, vecinos y soldados para que cuando volviesen a sus tierras, llevasen nueva y diesen testimonio del buen trato que en todas partes se les había hecho, que todo serviría de asentar con más fineza la paz. Para a llevarlos y que fuese su guía, los encomendó el Padre al que los había traído de sus tierras, Gobernador don Bautista, y avisó a los pueblos Cristianos que estaban en camino, que los recibiesen y hospedasen con mucho amor y benevolencia. Y a la verdad, para todos ellos fue Pascua la llegada de la nueva gente, y los salían a recibir con las mismas fiestas que los pueblos Cinaloas.

Llegaron a la Villa, recibíolos el Capitán con singular gusto y agasajó, como solía hacer con muchas Naciones, ofreciéndoles su amparo para con las circunvecinas a sus tierras, y que todas entendieran que ya el los tenía debajo de su amparo. Y los principales Caciques, que eran diez, dio potros y vara de justicia, que estiman mucho, para que gobernarán su gente. Y el que se esmeró en regalar y acariciar a esta cuadrilla de peregrinos gentiles, fue el Padre Visitador de las Misiones, Diego de Guzmán, antiguo Misionero de Cinaloa, que se halló en ese tiempo en nuestro Colegio, con otros padres que allí concurrieron. Regalados en nuestra casa estos peregrinos, a la despedida se les dieron buenas esperanzas de que algún día llegarían Padres a sus tierras para doctrinarlos y enseñarles la palabra de Dios. Habiéndoles proveído de abundante matalotaje para el camino, y enviándolos muy ganados, volvieron a los pueblos de sus amigos Cinaloas, diciendo a la despedida del Padre Visitador cuan deseosos quedaban de ser bautizados y ver ya Padres en sus tierras. De lo que hicieron mucho aprecio entre los donecillos que se les repartieron, uno fue de cantidad de sal, que ellos mucho estimaron, como gente tan apartada de la mar y que carece de cosa tan necesaria para la vida humana, que a pedazos la rescatan con mantas, de los que aciertan a llegar a sus tierras. Encomendóseles muy en particular, que contasen a sus gentes y diesen noticias, de cuan bien recibidos habían sido de los Padres, del Capitán, Españoles y de todos los Cristianos, el amor y benevolencia con que se les habían tratado, las Igleias que habían visto y todo lo demás que podía ayudar a que estas Naciones se aficionasen a la fe y vida Cristiana. Encargóles el Padre Visitador, que así ellos, como otros sus parientes y demás Naciones vecinas, procurasen volver a verle algunas veces, que los recibiría con mucho amor y alegría. Despidiéronse y partieron con todos estos favores muy contentos y animados a proseguir en la amistad y correspondencia de los que tantos beneficios habían recibido. Y aprovecharon estos avisos, porque después de varias ocasiones volvieron a visitar al Padre muchos de los Caciques y algunas gentes ordinarias de aquellas Naciones, principalmente de los Guazaparis y Temoris, haciendo instancia para que fuesen Padres a sus tierras, que los bautizasen, y lo mismo pidieron al capitán, lo cual después se ejecutó, como veremos a su tiempo, en concluyendo con la reducción y asiento perfecto de la Cristiandad, que dejamos comenzada de los empeñolados Huites, de los cuales algunas rancherías todavía dejábamos entre sus peñas y cuya total reducción fue a concluir el Gobernador don Bautista.



CAPÍTULO XXX



*Acaba de reducirse y bautizarse toda la Nación Huite,
edifica Iglesia y queda formada una ejemplar
Cristiandad y escríbese la del cacique don Bautista.*

Al fin Nuestro Señor Servido, que con los medios que en el capítulo pasado quedan referidos, las rancherías reacias entre sus peñas de los Huites, se ablandasen, arrancándolos del puesto donde habían nacido. Todos finalmente se redujeron al pueblo que el Padre les había señalado. Y aquí, juntos, doctrinados y bien dispuestos, todos se acabaron de bautizar con mucho gusto suyo, y mayor del Padre, por la firmeza y perseverancia con que hicieron pie, sin volver más a sus picachos. Acción fue de mucha edificación, y muestra de my verdadera Cristiandad, la que acompañó el bautismo de los Huites. Ella fue, que vivía ya reducida entre los Cinaloas, una ranchería y parcialidad serrana llamada de los Calimonas, enemigos que habían sido capitales en su gentilidad, de los Huites, cuyos bautismos, cuando el Padre los celebraba, hizo llamar a los principales Calimonas, señalándolos por padrinos de los Huites que se bautizaban. Medio y parentesco fue éste, con el que se unieron con tanto amor y amistad estas dos parcialidades, que de ahí en adelante se amaban más que hermanos. Acabados todos de bautizar trató el Padre que edificasen la Iglesia de propósito. Recibieron este recaudo con tanto gusto, que se animaron a poner luego manos a la obra,



ayudando en ella hombres, mujeres y niños. Cortaron maderas de cedro y la cubrieron de terrado, y muy capaz de tres naves. Adornóse de imágenes y ornamentos de Altar y quedó acabada, pintada y perfecta, una de las más hermosas y capaces Iglesias (aunque las hay tales en aquella Provincia) tal, que hacía raya entre las demás, la de los serranos Huites, nacidos y criados entre riscos. Junta ya toda la Nación en el puesto que le señaló el Padre, edificada su Iglesia, fue maravillosos el fervor de Cristiandad con que se aplicó a los ejercicios Cristianos, olvidando los gentílicos y bárbaros. De suerte que el Padre que los enseñaba ya había tratado con varias naciones de llanos y serranías de Cinaloa, juzgaba que los Huites se habían trocado en los más hábiles y dóciles de cuantos había doctrinado. Eran continuos en su Iglesia y doctrina; eran ovejas mansas los que parecía fieras y venados de montes. Resplandecía en ellos una particular devoción en oír misa, aún en días de entre semana; en confesión y comunión en la Cuaresma y en ella haciendo sus disciplinas de sangre. Todos los sábados, de comunidad en la Iglesia, y a coros, rezando su Rosario en su lengua. Todas las noches en sus casas se oía la música de la doctrina Cristiana, viviendo con suma paz. Cosa que confesó el religioso Ministro, que le sacaba lágrimas de consuelo, viendo tan bien logrados los trabajos que le costó la reducción de esta Nación, y sufrimiento con que fue esperando su total conversión. Hoy persevera en esta misma forma, en un pueblo de trescientos vecinos, fuera de las otras Naciones, que atraieron con su ejemplo y con tanta paz, que nunca en él ha habido alzamiento, ni ocasión de alboroto, como los ha habido en otras Naciones nuevamente convertidas. Y por haber tenido mucha parte en este edificio, así material como en el moral de la Cristiandad, reducción y asiento de esta Nación, edificando mucho con sus ejemplos el Gobernador don Bautista, siendo singular entre ellos este Indio, convertido a Dios pocos años antes de la gentilidad, merece se haga aquí particular mención de él y se conozcan los frutos del Evangelio entre estas gentes. Este Indio, aún en su gentilidad, era de mucha capacidad, linda disposición, amado y estimado por todos. De suerte que antes de bautizarse él y su nación Cinaloa, el Capitán Hurdaide, conociendo su buen talento, lo señaló para Gobernador de ella, y en treinta años que sirvió en este oficio, siempre se halló en don Bautista gran fidelidad y amor a la Nación Española y a los Ministros del Evangelio, y se puso a grandes peligros de la vida por ampararlos y defenderlos. Resplandecía en él un gran celo de que se extendiese por todas partes la Cristiandad. Él fue bautizado, y la recibió



en juvenil edad de veintiséis años. Y en las conversiones de las Naciones, la suya Cinaloa, Huites, Chínipas, Guazaparis, Temoris, y otras, y en muchos y grandes peligros en que se hallaron los Padres, don Bautista, con su gente, era la más segura escolta, compañía y amparo que tenían. En todos los ejercicios de piedad y Fe Cristiana, era el primero y no sólo con sus sermones y pláticas, a su usanza, sino también con su ejemplo traía a los otros a la Iglesia, a la doctrina, a la Misa, a la confesión y comunión y penitencia y hacer disciplinas de sangre; y en el trabajo corporal de los edificios de la Iglesia, se preciaba de acudir cargando madera, adobes y barro, animando con su ejemplo a los otros sus macehuales y súbditos. Y aunque el Padre algunas veces le quería excusar de este trabajo, y que se contentase de gobernar a la gente y ser sobre estante de la obra, él con una boca de risa, poniendo manos en ella y cargando los materiales de la Casa de Dios, alentaba a los demás. La liberalidad y la misericordia eran en él las virtudes más señaladas. Los necesitados hallaban en él socorro y no tenía cosa suya, porque era del que la pedía o tenía necesidad, ora fuese de la Nación o de las extrañas. Y sobre esto admiraban la constancia y tesón en su acuerdo y Cristiano modo de proceder, que le hacía a todos estimable y amable. El valeroso Capitán Hurdaide hacía tanto caso de su consejo para sus entradas y empresas, que se ayudaba de él, como si el Indio fuera Español de mucho porte; y los Padres hacían lo mismo para el gobierno y disposición de sus partidos. A esto correspondía don Bautista con el agradecimiento y razonamiento que no parecía de Indio bárbaro, sino de un muy noble y Cristiano, y por mucho que hiciese por los Padres, todo le parecía poco, y su respuesta era que todo se lo debía a los que tenía por padres y amaba como a su padre y madre. Sucedió que un soldado español se descomidió mucho con él, acción por la que temió el soldado que lo mandase ahorcar el Capitán y libróse de este peligro con cuatro palabras que el Padre dijo al dicho Gobernador, el cual con mucha facilidad se aplacó y perdonó al injuriado. Si en alguna ocasión sucedía darle alguna advertencia, o mínima reprehensión el Padre, (que era caso raro) encogido y lloroso se recogía en su casa hasta satisfacerle. Lo cual no nacía en el noble Indio de cobardía o falta de ánimo, que lo tenía grande y alentado valor en los peligros, y ocasiones, sino de reverencia al Ministro del Evangelio, y que predicaba la palabra de Dios. Vivió muchos años en este tenor de vida, cuidando de la dilatación de la cristiandad en Cinaloa, con pláticas, obras y ejemplos; oía Misa cada día, confesaba y comulgaba entre año y hacía muy buena compañía a los



Padres. Cayó enfermo, y aunque en salud había hecho confesión general con mucha preparación, en particular se dispuso muy bien para la muerte, porque llegando ya a estar muy desmayado, aún con todos sus sentidos, recibió con mucha devoción el Santo Oleo. Concurrió a su casa todo el pueblo de Toro, donde murió, como lo amaban tanto y descaecido como estaba les hizo una plática muy cristiana, renovándoles a todos con muestras de mucho agradecimiento, la memoria de los muchos beneficios que habían recibido de los Padres, y encargándoles que correspondiesen como verdaderos hijos y cristianos y como él toda su vida, desde que los conoció lo había procurado. Hizo su testamento, escribiéndolo el que hacía oficio de Maestro de Escuela, como lo usan después que son cristianos. Y en llegando a la espada, que es insignia de gobierno entre ellos, dijo: *Esta espada dejo al Padre, para que la emplee él o el Capitán en algún español, que con corazón tan bueno, como siempre ha sido el mío, le sirva.* Lenguaje de estas gentes para significar su fidelidad, ajena de traiciones; y ello concluido, en breve expiró, y podemos piadosamente creer, que para recibir mucha gloria en el Cielo, el que habiendo nacido y criándose en medio de la gentilidad más bárbara del mundo, se convirtió a una vida de tan fiel y ejemplar cristiano, que tan de veras ayudó a la propagación del Santo Evangelio. Pues el Apóstol de las gentes San Pablo, escribiendo a los Filisteos, hizo singular mención de aquellos que en su grado y modo lo ayudaron, añadiendo que sus nombres estaban en el libro de la vida: *Cum cateris adiutoribus meis, quorum nomina sunt in libro vitae.* Palabras, en las cuales significa el sagrado Apóstol, ser predestinados los que ayudan en el ministerio de la predicación Evangélica. Uno de los cuales fue el buen don Bautista, ayudante de los más fieles cristianos que se convirtieron en la provincia de Cinaloa, y que por largos años, y con gran constancia, adelantó su cristiandad. Su entierro se hizo con gran concurso de gente y de los caciques de los pueblos comarcanos, que en sus hombros le llevaron a la Iglesia, donde se hizo su modo de túmulo, y con música por una parte, y por otra con muchas lágrimas de toda la gente que perdía en él, padre, defensor y amparo; se cantó la Misa y se predicó sermón, quedando el ejemplo de su vida en la memoria de todos. Últimamente por su medio, quedó concluida la conversión a Nuestra Santa fe, de toda la Nación encastillada de los Huites, cuyo caudillo y fuerte se acabó de rendir a Cristo por la diligencia de don Bautista. Conque dejamos esta Nación para pasar con la prosecución del Evangelio a otra serrana, que cerca de este paraje nos queda.



CAPÍTULO XXXI



*Dase principio a la reducción de la
Nación Chínipas a Nuestra Santa fe.*

Habiéndonos desviado algo de los llanos de Cinaloa y conversiones de las Naciones más populosas que los pueblan y entrado en las faldas de sus sierras, se sigue la de los Chínipas, Nación de la cual en el segundo libro se escribió, cómo el Capitán Diego Martínez de Hurdaide, con orden y mandato del Virrey de la Nueva España hizo entrada a descubrimiento de minas de plata, de que había noticias en esta tierra, a que los Chínipas se opusieron y estorbaron. Después, en el capítulo diecisiete del tercer libro, se apuntó que cuando se levantó el Fuerte de Montes Claros, esta Nación, tomando mejor consejo, envió allí a sus caciques a asentar paces con el Capitán y pedir Padres que fuesen a doctrinarios. Caminos por donde maravillosamente iba encaminando la Divina Providencia la salvación de los Chínipas, los cuales hicieron nuevas instancias y diligencias con los Padres y el Capitán del Presidio, en orden a que fuese algún Padre a sus pueblos, a bautizarlos y hacerlos cristianos. Esta perseverancia obligó a los Superiores a encargar al Padre Ministro de los Cinaloas y Huites, que entrase a visitar a los Chínipas, y hallando conveniente disposición diese principio a su doctrina,



bautizando sus párvulos y tomando con esa acción de parte de Cristo Nuestro Señor, posesión de ella. Distaba esta Nación de la pasada de Huites tres jornadas, la sierra más adentro, los caminos de asperísimos montes y quebradas, la subida de tres leguas, la bajada peligrosísima. Pero no acobardaron el ánimo del Padre estas y otras mayores dificultades para acometer la nueva empresa, añadida a las pasadas y así, luego que recibió la orden de los Superiores para ponerlo en ejecución, envió aviso a los Chínipas que en breve entraría a visitarlos y a recibirlos por hijos y cumplirles sus deseos. Y antes de referir su entrada, es digno de escribir, por ejemplar en esta gente, un caso que en este tiempo sucedió. Como aún no se tenían por Cristianos los Chínipas, ni lo eran, y quizá por despedidas que hacían de borracheras gentílicas, considerado que en llegando el Padre habían de tener fin, celebraron una, en la cual el principal Cacique de la nación, no se coqué ocasión (aunque bailaba al tener perdido el juicio con el vino) flechó a una pariente suya, caso que suele ser raro en las embriagueces de estas gentes, en que no suelen suceder tales desmanes, y más con parientes, y quizá Dios lo permitió por el buen efecto que de él se siguió. Volviendo en si el cacique, y teniendo gran sentimiento de su desgracia, juntamente temió que fuese ocasión el caso para que sabiéndolo el Padre retardase su entrada con el justo sentimiento de semejante delito. Volando pues el cacique por caminos muy ásperos y andando en sólo un día de camino que era de tres jornadas, se fue donde estaba el Padre y echándose a sus pies le contó el caso, significándole con gran arrepentimiento su culpa. El Padre, con benignidad, por una parte con Indio gentil, ignorante y ya arrepentido, y por otra, con celo de desterrar, desde luego, este pernicioso vicio que tanto puede estorbar a la introducción de la Cristiandad en estas Naciones, le obligó, o movió Dios, que al delincuente le impusiera una penitencia, que quizá parece rigurosa, pero salió acertada. Esta fue, que volviese a su pueblo, y que en una enramada que tenía hecha para Iglesia, juntase los demás caciques y allí le significase el arrepentimiento con que estaba del caso sucedido y mal ejemplo que les había dado, y después les rogase que en pena de su culpa, cada uno le descargase dos golpes de disciplina en sus espaldas. Oyó el Indio la penitencia que le imponía el Padre, aceptóla (caso singular en un bárbaro, no hecho a tales humillaciones muy ajenas a su natural altivo y belicoso). Aceptó tan deveras la penitencia que luego partió a su ejecución y llegado a pueblo puntualmente la puso por obra. Recibió su disciplina (y fue mucho querer sus parientes, y de su nación concurrir a ella) e hizo esta plática a



los circundantes: *Yo por haber delinquido en la embriaguez que sabéis vuestro cacique principal y por tratar nosotros de ser Cristianos, como si ya lo fuéramos, la habíamos de tener cuidada, me ha hecho castigar, como lo habéis visto. Persuadios que ninguno ya en adelante se ha de atrever a hacer vinos porque yo mismo seré el que lo castigare con rigor, sin perdonarle.* Caso fue este con que sepultó para siempre el vino, y el vicio arraigado en que se había criado esta gente. Teniendo aviso el Padre de esta señalada acción, luego apresuró su viaje y entrada a Nación tan bien dispuesta, avisándoles del día de su partida. Sabido esto de los Chínipas, vinieron casi cien Indios de los más principales para acompañar al padre. Con ellos partió y se esmeraron tanto en mostrar el gusto que tenían de que entrase a sus tierras a darles doctrina y hacerlos Cristianos, que en el camino, que era asperísimo de peñas y árboles, unos lo iban escombrando de ellos y cortando ramos; otros como podían despejándolo de piedras para que el Padre pudiese pasar, y en él habían ya prevenido algunas enramadas donde dijese Misa y posase las noches que en él gastó, con lo necesario de comida para toda la gente que iba. Llegó el Padre con su compañía al cabo de tres días al primer pueblo, donde halló junta toa la gente de la Nación, que sería de quinientas familias, repartidas en cinco poblaciones que después se redujeron a una. Halló hecha Iglesia de madera y para celebrar más la procesión que tomaba el Evangelio de esta nueva Iglesia, entró en ella revestido con una capa de coro que llevaba para los bautizos, llevando los niños de la Iglesia una muy linda imagen de Nuestra Señora del Pópulo, que recibieron debajo de su amparo aquel nuevo pueblo de su Hijo. Los vecinos de el celebraron la legada del Ministro con gran solemnidad de fiestas y bailes, y saliendo de la Iglesia lo llevaron a la casita que le habían hecho, aunque de palos, pero de mucho gusto, viendo la buena disposición para recibir la palabra divina de aquel nuevo rebaño, que luego hizo el padre algunos presentes de sus pobres comidas, a que el hizo retorno de su pobreza. Dio luego orden, como lo llevaba encargado, al Bautismo de los niños. Levantáronse unos cuatrocientos de siete años para abajo, que con mucho gusto de sus padres se bautizaron, de los cuales, dentro de pocos días y aún estando allí el Padre, sacó Dios las primicias para el Cielo, y fueron enterrados a lo cristiano y con solemnidad. Acabado el bautismo de los hijos de los Chínipas, sus padres hicieron una demostración singular de devoción con la señal del Cristiano, que es la santa Cruz: Que cada uno de los vecinos del pueblo, que estaba bien formado y de casas de adobes y terrado (en que fue singular esta Nación) levantó una cruz



sobre su casa y además de ellas, otras grandes en las encrucijadas de las calles. A esta acción de tanto afecto de cristiandad, se siguió luego otra de no menor estima y muestra de recibir muy deveras la Fe. Estaban los Chínipas cercados de enemigos, con quienes traían continuas guerras, de donde nacía que apenas había casa donde no se guardasen, a su usanza, calaveras y huesos de los muertos, a cuyo triunfo habían bailado. Además de ello, guardaban unos idolillos y otros instrumentos de supersticiones. El Padre, deseando comenzar luego a arrancar esa maleza, para poder sembrar la semilla del Evangelio, dióles entender que la ley de Dios y de los Cristianos, prohibía y abominaba tales supersticiones y embustes del demonio, que era el enemigo mayor que tienen los hombres y que enemigos humanos ya no los habían de tener porque ninguna Nación se les atrevería, estando al amparo del Capitán, y con el Padre en sus tierras. Estas razones, con otras a propósito, les aprovecharon de suerte que partiéndose los Indios principales de su presencia, fueron por el pueblo y recogieron cuarenta y ocho Chicubites o cestos, llenos de huesos y calaveras de enemigos, con otros instrumentos de hechicerías y supersticiones y se los trajeron al Padre, el cual les dijo sería bueno que todo aquello se quemase y olvidase. No fueron menester más palabras, porque luego los mimos Indios encendieron dos hogueras y a vista del padre los arrojaron a ellas. Y no hay duda de que el demonio sentiría abrasarse también con aquellos instrumentos malditos, viendo quemar sus redes y marañas con que había traído engañadas a aquellas pobres gentes. Vista por el Padre la buena disposición con que iba Dios con su gracia preparando esta gente para recibir los adultos doctrina y Santo Bautismo, y que por entonces no se podía detener con ellos porque le llamaba la mies de los pueblos cristianos de su partido, pidió a los Chínipas que escogiesen algunos mozos y niños que para llevarse consigo, para que entre sus pueblos cristianos se criasen y aprendiesen la doctrina, a leer, escribir y cantar y costumbres Cristianas, medio (como dijimos en otra parte) muy a propósito para introducir Cristiandad en estas gentes, y que estos volvieran después a sus pueblos y les enseñasen y dispondrían para ser todos bautizados. No pusieron dificultad en la propuesta, porque luego juntaron número de mozos y niños para que escogiese el Padre los que le pareciesen más a propósito, Sacó de ellos veinticuatro, algunos de ellos hijos de Caciques, que con gusto se fueron en su compañía, vivieron con él y entre Cristianos, hasta que fue tiempo de ir otro Padre de asiento a esta Nación, a bautizar a toda la gente.



CAPÍTULO XXXII



De otro particular suceso y fruto de la primera entrada del Ministro de doctrina a los Chínipas.

Felícísimos iban saliendo los frutos de esta primera entrada a los Chínipas, pero aún todavía queda otro coque la prosperó Nuestro Señor antes de la vuelta del Padre a su partido. Y el suceso muestra bien, por sus circunstancias, que fue dispuesto con particular providencia y moción del Cielo. Estando ya de vuelta a sus pueblos cristianos el Padre, y levantándose una mañana a la hora de oración (de regla de los de la Compañía) y estando en ella, le vino un extraordinario deseo de no partirse de Chínipas sin tratar de asentar paces entre los Chínipas y las Naciones serranas, ocho leguas distantes, que eran las ya nombradas, de Guazaparis y Temoris, mortales enemigos de los Chínipas y de los cuales había oído mientras aquí estuvo el Padre, que quince días antes habían cortado las cabezas de algunos Chínipas, y bailado y celebrado el bárbaro triunfo con ellas. Movido pues con el extraordinario impulso que sintió, y pareciéndole que por medio de estas paces podría reducir a Nuestra santa fe a aquellas descarriadas gentes que tenían ya tan cerca la luz del Evangelio, pidió con encarecido afecto a



los Ángeles Custodios de aquella pobres almas (que aunque gentiles no las priva Dios de ese singular beneficio) que le favoreciesen con su ayuda e intercesión para este intento. Habiendo hecho el devoto Padre esta oración, salió a la puerta de su casa y halló allí un Indio Chínipa que le aguardaba para darle aviso que no lejos de allí había visto a un Indio Guazapari, hermano de un cacique de aquella Nación, que le había dicho que deseaba ver al Padre de los Cristianos, pero que no se atrevía a entrar, temiendo que los Chínipas le matasen. Y fue particular providencia de Dios, que este mismo Indio que vino con este mensaje no lo hubiese muerto, viendo en su tierra a un enemigo mortal. Pero aquí andaban Dios y sus Ángeles, que disponían la salvación de estas almas. Y el caso tiene un remedo de lo que le pasó al glorioso San Pedro, cuando en oración le mostraron del Cielo aquella sabana llena de animales fieros, y era representación de los gentiles que venían de Cesárea a buscar al Sagrado Apóstol para que los recibiese en la Iglesia, y cuando salió de su oración los halló a la puerta de su posada, como lo refiere el Libro de los Hechos Apostólicos. Semejantes circunstancias hallamos en nuestro caso, que por ser patentes no me paro a ponderar. Pero al fin el Padre, habiendo salido de su oración en que había tenido tan particulares impulsos y deseos del remedio de los Guazaparis, y oído el aviso del Indio Chínipa, envió a unos Cristianos fieles que le trajesen con seguridad al Guazapari. Traído y llegado a su presencia, declaró el intento y deseos con que había venido, aunque en peligro de su vida, pero asegurábase con que allí estaba el Padre de los Chínipas, con quien venía a tratar de paces entre Chínipas y Guazaparis y que ellos alcanzasen doctrina de Cristianos y Ministro que se la enseñase. Bien se manifiesta aquí el gozo del Padre, viendo que iba Dios declarando los fines del impulso que le había comunicado y encendido en su oración. Y para dar luego principio a la ejecución de ellos, hizo llamar a los principales de los Chínipas, persuadióles que en señal de paz abrazasen al que venía a pedirla, olvidando todas las guerras y muertes pasadas (aunque tan frescas) teniendo de ahí en adelante por amigos y hermanos a los Guazaparis, pues que querían ser cristianos. Vinieron los buenos Chínipas, en todo lo que les pidió el que ya respetaban como su padre, el cual para mayor firmeza y seguridad de paces, que eran de tanto servicio de Nuestro Señor y remedio de tantas vidas de alma y cuerpo, aunque andaba ya de partida, determinó detenerse otros cuatro días, enviando recado con el Indio Guazapari a su nación, y dándoles aviso de que si gustaban venir a verle les aguardaría y podrían venir con toda seguridad a

confirmar la amistad concertada. El Indio partió con tanta diligencia y contento con la nueva que llevaba, que al cabo de dos días llegaron a verse con el Padre más de cien Guazaparis, hombres, mujeres y niños, llenos de alegría, a los cuales recibieron él y los Chínipas, con grandes muestras de amor. Y habiéndolos regalado y agasajado y confirmado de nuevo las peces, los buenos Chínipas los cargaron de maíz, de que tenían falta en sus tierras y de otros dones a los que en otro tiempo despedazaran. Despidió el padre con esto a los huéspedes, encargándoles refiriesen a sus gentes la buena acogida que habían hallado, así en el Padre como en los Chínipas y que ya profesaban su amistad y hermandad como cristianos, sin pretender ni acordarse de venganzas un muerte con ellos, ni otra alguna Nación. Y que lo mismo dijiesen a las demás, sus allegadas de aquella serranía. Lo que surtió al caso tan buen efecto que en aquellos dos meses siguientes no paraban de entrar en Chínipas tropas de todas aquellas gentes, con los Guazaparis, los cuales todas después amansaron y redujeron al rebaño de Cristo y el Padre dio vuelta a su partido, alegrísimo de los felices frutos de su jornada y fundamentos que dejaba echados a aquella nueva Cristiandad.



CAPÍTULO XXXIII



Entra segunda vez el Padre a los Chínipas y las señaladas paces que se asentaron entre otras naciones encontradas.

No dejamos rematada, ni doctrinada de asiento la Nación de los Chínipas, sino muy en sus principios, pero perseverantes de sus buenos propósitos de tener Padre de asiento en su compañía y recibir todos el Santo Bautismo. El padre no podía cumplirles estos deseos por estar muy ocupado en sus pueblos cristianos de Cinaloa y Zoes, que como nueva Cristiandad, aún no formada del todo, pedía su presencia. Añadíase a esto, que los Chínipas, con las demás naciones de que hemos hablado, estaban distantes tres y más jornadas del partido del Padre, todo lo cual era de impedimento para poder hacer asiento en Chínipa, y por otra parte se aguardaba nuevos Ministros de doctrina que vinieran de México para las mieses que iba Dios disponiendo en Cinaloa y sazonando para su siega. Suplióse al presente esta falta con varios medios, el uno de parte de los Indios, el otro de parte del padre. Los Indios eran muy perseverantes y continuos en ir a visitarle pidiendo los bautizase. El celoso Ministro, de la parte conservaba con buenas pláticas estos propósitos y enviaba, a veces algunos buenos Cristianos



de su partido que los visitasen y enseñasen y hiciesen este oficio con buenas razones y consejos Cristianos, encargándoles conservasen la paz asentada, que es la que Satanás siempre procura turbar. Pero Dios, que tenía misericordia de estas gentes, les comunicó tanto fervor y deseos de verse Cristianos, que movió a los Chínipas, Guazaparis y Temoris a hacer jornada a la Villa, distantes ochenta leguas, a pedir con instancia al Superior de los Padres y al Capitán, que diesen orden a que fuese un Padre a sus tierras, que de asiento estuviese con ellos, los enseñase y los bautizase. No se halló otro medio posible en aquel tiempo, para cumplimiento de tales deseos, sino que el mismo padre que había hecho la primera entrada, asegundase con otra y volviese a visitar las dichas naciones, bautizase sus párvulos y dejase la mejor disposición que posible fuese, hasta que llegase de México Ministro que se pudiese encargar de propósito de su doctrina. No es de olvidar aquí la piedad del capitán Diego Martínez de Hurdaide, de quien atrás queda hecha merecida memoria, el cual en carta que escribió al Padre, encargándole de su parte esta empresa, le dice estas formales palabras: *Tuviéronme por dichoso en poder besar la tierra que Vuestra Reverencia pisa, yendo y volviendo en tal demanda y empresa.* Testimonio bien claro de este valeroso y juntamente celoso seglar de la honra de Dios y salvación de las almas, y que tenía claras experiencias de las muchas que salían del Cielo entre estas gentes. Con esta orden de Su Superior, el Padre dispuso la segunda entrada y llegó a Chínipa, donde fue recibido con las mismas demostraciones de alegría que la primera vez, y él lo recibió de ver a sus bautizados del año antes, y entender el deseo de aprender la doctrina Cristiana de los Chínipas, y hallar en ellos tan buena disposición.

Y porque no he dicho lo particular de las costumbres de esta nación digno de saberse, lo recogeré aquí. Las mujeres Chínipas son muy honestas, vergonzosas, recatadas y más las doncellas; el vestido más decente que el de otras naciones, De los varones, raros los que tenían más de una mujer, y las casas, como dije, de paredes y terrados, y al fin, gente en quien no había predominado tanto, como en otras, el barbarismo Gentílico. Hizo recoger el Padre los niños que habían nacido aquel año, con los demás que habían quedado por bautizar. Trajéronlos con mucho gusto y con él mismo los santificó el padre con el agua santa de este divino Sacramento. Con ellos también algunos viejos, y viejas peligrosas, por su mucha edad, que recibieron este remedio de vida sin al dificultad de otros, que endurecidos en esta edad suelen tener. Y porque echaba de ver el Padre que no le



era posible (sin hacer falta a su Partido y feligresía) detenerse aquí, para suplir esta falta mientras llegase otro que se encargase de ellos, resolvió dejar en compañía de los Chínipas, un Indio cristiano que traía consigo, muy cuerdo y que sabía leer y escribir, para que este les enseñase la doctrina y costumbres Cristianas, y en casos de urgente necesidad pudiese bautizar a los que estaban en peligro, porque estaba muy instruido en las cosas de la Fe y se había criado en los Seminarios y escuelas que de estos mozos se juntan. Este no era casado, para que su permanencia fuese más estable con Nación extraña y que poco tiempo antes era enemiga, resolvió el Padre casarlo con mujer Chínipa, con quien emparentado podía mejor acudir a esta buena obra. Conformóse el mozo con el parecer del padre y gustaron tanto los Chínipas de que se les quedase a enseñar la doctrina, que le ofrecieron por mujer la doncella que escogiese entre todas las del pueblo. Escogióse una tan honesta, que llamando el padre al que según la carne lo era de la doncella, para que tuviese por bien que su hija se casase con aquel mozo tan cuerdo y virtuoso, y que había de quedar en su pueblo a enseñarles la doctrina y costumbres cristianas. La respuesta fue decir: *Padre, yo y mi mujer gustaremos mucho de este casamiento, pero nuestra hija tiene tanto horror a compañía de varón, que si tú no le hablas y persuades de este casamiento, temo que nosotros no lo recabaremos de ella.* Buena prueba de la honestidad que dice se hallaba en las doncellas de esa Nación. Al fin, el Padre la persuadió de que tomase por esposo al que le haría muy buena compañía y que podía hacer mucho bien a su Nación. Efectuóse el casamiento y recibieron con tanto gusto los Chínipas que todos los principales llevaban a los desposados a sus casas a celebrar con varias fiestas la boda, que salieron tan acertadas. Porque la mujer era consorte inseparable de su marido cuando andaba por los pueblos y rancherías enseñando la doctrina y a menudo volvían juntos, camino de tres jornadas, a ver a su Padre espiritual y confesar y comulgar entre año. Y no contento este virtuoso mozo con los oficios que hacía entre sus parientes Chínipas, también se entraba a los Guazaparis y Temoris, que habían sido capitales enemigos y los conservaba en las paces asentadas, que dijimos en el capítulo pasado, y los iba preparando bien para el Santo Bautismo. Todo lo dicho disponía el Padre estando en pueblos de Chínipa, de donde trató de pasar a visitar las otras Naciones de Guazaparis y Temoris, por haberlo ellos pedido. Entre estos había un cacique de mucho nombre, llamado Cobameai, que nunca había salido, ni visitó al Padre, ni a pueblos Cristianos, con los que antes habían salido a visitarlos.



El Padre le había enviado algunos recaudos con sus parientes, significándole que deseaba verlo, y finalmente, le envió a decir, que había llegado a Chínipa con deseo de entrar a sus tierras, como antes había prometido a los demás Caciques y visitar a sus hijos, para lo cual holgaría saber su gusto y entrar en su compañía. Con este aviso el Cobameai se vino a ver con el Padre y muy acompañado de gente. El día que llegó fue de grande gusto y alegría para los Chínipas, viendo ya en sus tierras al que era cabeza de Naciones que habían estado tan encontradas en antiguas guerras y ya de paz, que era el terror de todas ellas. Era Indio de grande cuerpo, y robusto, y aunque bien proporcionado, de fiero rostro y horrendo en el mirar, y de edad de cincuenta años. Llegó vestido de manta de color azul, larga hasta los pies, las orejas cercadas de los zarcillos que ellos usan, adornadas de conchas de nácar labradas y ensartadas en hilos azules y cercan toda la oreja. Acarició y regaló el Padre a este Indio con toda su gente. Los caciques Chínipas lo llevaron en su compañía por el pueblo y llegando al medio de él, subió el Cobameai a una azotea de una casa y desde ella predicó, a su usanza, un sermón de una hora, con gran energía y voces, tratando de la paz y amistad que se asentaba perpetua entre dichas Naciones y convidando a los Chínipas que entrasen, de ahí en adelante a sus tierras, ya que todos tenían un Padre y se habían de tratar como hermanos y contraer matrimonio entre sí. Y después de esto se entretuvieron todo el día en combates, danzas y fiestas de mucho regocijo. Acabada la fiesta, encargó el Padre a Cobameai y su gente, hiciesen abrir un camino para pasar a su tierra, que como se comunicaban tan poco entre estas Naciones, no lo habían abierto, y que en avisándole, que estaba dispuesto y la gente junta, partiría a verlos. Ejecutaron todo con mucho cuidado. El mismo Cobameai con sus dos hijos, hicieron una enramada en el camino donde descansase el Padre, y por si pudiese decir Misa, levantaron una Cruz en ella.

Llegó el Padre a las poblaciones, o rancherías de Guazaparis, recibióle con mucha fiesta y regocijo, halló Iglesia hecha de madera y paja, habiendo convidado algunos Cristianos que les enseñaran a hacerla. Y lo mismo pasó en los Temoris, distantes tres leguas. En estas parcialidades habría como quinientas familias. Los pueblos y tierras de estas gentes eran pedregosos y entre peñas hacían sus sementeras de maíz, el temple muy frío, por caer debajo del Norte y sujeto a nieves. Considerando pues el Padre estos pueblos y parajes de esta gente y serranía tan doblada, agria, seca y estéril, los altos y horribles peñascos en que



vivían, con falta de agua y de sitio a propósito para población, y el natural más fiero y belicoso que el muchas otras Naciones, resolvió en esta ocasión, no dar el Bautismo sino a niños de un año, poco más o menos en edad, para, por una parte dejarlos contentos y con prendas de que serían Cristianos, y por otra, que se fuese sazonzando más esta mies y hubiese tiempo para que llegase Padre de México, que de propósito se encargaría de ella. Dejó, además de esto, asentado que a sus tiempos fuesen algunos de ellos a visitarle a sus pueblos Cristianos, con intento de conservarlos en sus buenos propósitos, y ello lo cumplieron. Finalmente, dio orden para que el Indio Cristiano y Maestro de doctrina que se había casa do en Chínipa, los visitase, enseñase costumbres Cristianas y en algún caso de necesidad y peligro, bautizase los enfermos, y todo se ejecutó con mucho provecho de los Guazaparis y Temoris, que tenían cuidado en recogerse a la Iglesia pobre que tenían y rezar y aprender las oraciones. Y en este estado hemos de dejar estas Naciones hasta que llegue el tiempo de su total conversión y doctrina, añadiendo aquí, que cuando el Padre las visitó, vinieron a verle y de paz, otras dos Naciones también serranas, llamadas Ihios y Varohios, pidiendo pasasen a sus tierras y bautizase a sus hijos. Pero no tenían orden de los Superiores para empeñarse en Naciones tan distantes y en las cuales aún no se conocía sazón y disposición para con seguridad emplear en ellas las margaritas del Evangelio, pero no despidiendo del todo los buenos propósitos, les dio esperanzas para a su tiempo, cuando hubiese Padre desocupado que les pudiese acudir. Y habiéndolos regalado y acariciado, los despidió, y fueron tan perseverantes estos Ihios y Varohios, con las otras Naciones, que su demanda y pretensión, que finalmente dos años después la consiguieron y entraron en doctrina y se bautizaron millares de almas, cuyo Bautismo costó y tuvo por premio, la corona del martirio de dos Padres que en esta empresa derramaron su sangre, de que se escribirá al fin del Libro siguiente, después de la conversión de las Nación populosa de los mayos, que fue la primera en tiempo que la de las Naciones dichas y no distaba mucho de ellas. Y rematará este Libro con la relación de la vida, empleos y virtudes ejemplares de dos Religiosos que por muchos años se emplearon y murieron trabajando en estas Santas Misiones, de que hasta aquí hemos escrito.

CAPÍTULO XXXIII

*De la muerte y ejemplos de grande Religión y
celoso deseo de la salud de las almas, en que murió
doctrinando estas Naciones el Padre Juan Bautista de Velasco.*

Dignas de escribirse y que queden en la memoria, son las señaladas virtudes, trabajos gloriosos, empleos Apostólicos de aquellos Ministros del Evangelio, que por muchos años se emplearon y gastaron su vida, aunque no la perdieron al filo de la espada ni heridos y cubiertos de flechas, pero si padecieron grandes y prolongados trabajos en empresas de tanta Gloria de Dios y bien de las almas, como son las de estas Santas Misiones. Además de ser esta materia propia de esta Historia, como lo es en los que escriben y celebran conquistas y batallas temporales, hacer Historia de las virtudes y hazañas de Capitanes y soldados, que se señalaron en acciones memorables y obran heroicas que sirven de ejemplo y crían esfuerzo y ánimo en los que las leen, así las de nuestros varones Apostólicos, además de adornar, como con preciosas joyas nuestra Historia, convidan también maravillosamente a su imitación, como elegantísimamente ponderó el Gran Basilio diciendo: *Quem admodum en igne naturaliter emicat splendor, y ex unguento*



diffunditur edor, sic ex sanctorum commemoratione gestorum adomnes proveniunt utilitates. Habiendo pues eScrito, en el Segundo Libro el dichoso martirio del fundador de las Misiones de Cinaloa, el Venerable padre Gonzalo de Tapia, escribiré en este tercero la santa muerte, señaladas virtudes y premios de santos trabajos del Padre Juan Bautista de Velasco, uno de los primeros obreros Evangélicos que escogió y condujo a la hora prima el Señor de la Viña, para que trabajara en la de Cinaloa, y este muy religioso Varón fue el primero, que por muerte natural, después de la violenta del fundador de las Misiones padre Gonzalo de Tapia, pasó al Cielo a recibir la paga del jornal, no del trabajo de un día, como lo recibieron los que Cristo Nuestro Señor en su divina parábola por San mateo, sino paga de veintidós años, que con inmensos trabajos y fatigas cultivó en las Naciones del Río de San Sebastian de Ébora y de sus marítimas, que es el primero de Cinaloa.

Nació este Evangélico Ministro en la Ciudad de Oaxaca, de la Nueva España, de padres honrados y fue recibido en nuestra Compañía, donde estaba estudiando, siendo de dieciséis años, y habiendo acabado sus estudios y aprovechado con ventajas en letras y virtudes muy propias de un hijo de la Compañía, como a sujeto tan cabal, le escogieron los Superiores para las Misiones de Cinaloa, en sus principios. Entró en ellas a la edad de veintinueve años y los veintidós que estuvo en esta Misión, padeció, o no se si diga mejor, que gozó de lo más trabajoso de ella, por el consuelo y paz con que lo padecía, cuando al tierra casi toda era de infieles y los Indios estaban más sobre sí, libres y bárbaros, sin tener a quien temer, furiosos en sus vicios y borracheras y en medio de estos y otros muchos trabajos y penalidades, él fue uno de los principales Ministros que con la ayuda Nuestro Señor, con su celo y predicación, redujo la tierra al estado que hoy goza y posee. Padeció en la empresa grandes incomodidades, careciendo de toda humana comodidad, llegándose a esto el ser de complexión muy delicada y achacosa. Recogió su rebaño y procuró siempre adelantarlo y perfeccionarlo en toda Cristiandad, que sirvió de modelo y ejemplo de otras que después se fundaron. Predicaba todos los Domingos y fiestas del año, cantando juntamente la Misa, sin estorbar a esto enfermedad o achaques que tuviese. Además de esto, imitó al Apóstol San Pablo en aquel celo de la salvación de las almas, en que no se satisfacía ni contentaba con promoverlas a la virtud, por medio de los sermones públicos, sino que a estos añadía pláticas particulares y santas conversaciones, como lo testificó en la que tuvo con los Curas de Efeso diciéndoles: *Scitis quomodo nihil*



subtraxerim utilium, quominus ennuntierem vovis, y docerem vos publice, y perdomos, testificans penitentiam, y fidem in Dominum nostrum Insum Cristum. Mucho de esto ejercitaba el celos Padre Bautista, haciendo pláticas particulares a los más capaces y reprendiéndoles en ellas sus vicios y en ocasiones, alabándoles sus acciones virtuosas, con tanta destreza y suavidad, que se veían muy buenos efectos en la enmienda de los que le oían. Amaba tiernamente a sus hijos y como Padre salía a su defensa en cualquier agravio que contra ellos se intentase. En las enfermedades les era médico espiritual y corporal, curándoles muchas veces por sus manos; gastaba en esto parte de su limosna y solicitaba que le trajesen de México medicinas convenientes a sus necesidades. Sabía el Padre perfectísimamente las dos lenguas principales de esta provincia, y las redujo a Arte, y predicaba en ellas como en Romance. Decía no le costaba más trabajo la lengua que querer predicar y así fue Maestro de los demás que entraron a esta Misión. Puso singular cuidado en el culto divino de sus Iglesias y que en ellas se celebrasen los divinos oficios, con el aparato y decoro que convenía. Y por ser grande la pobreza de la tierra, a costa suya y quitándolo de lo que era necesario a su persona, edificó las de sus pueblos y las adornó, quedándose en tanta pobreza que al cabo de veintidós años usaba de la frazada que había traído de México.

Entre las muchas virtudes que se conocieron en el Padre, resplandeció muy señaladamente la que el Hijo de dios muy en particular encomendó a sus primeros Predicadores del Evangelio: *In patientia vestra posidebitis animas vestras.* Con gran paciencia, sufrimiento e igualdad de ánimo, llevaba el Padre las cosas adversas, de suerte que ni se turbaba ni hubo quien le viese alterado en ocasiones que se le ofrecieron, sino que recogido dentro de si, con gran serenidad de rostro pasaba por todo, no olvidando virtud tan encomendada de Cristo Nuestro Señor, librándoles a sus siervos el ser señores de si mismos y de sus acertadas acciones en la virtud sufridora de la paciencia, que es la asegura los buenos sucesos y victorias y aumenta frutos en si y en los próximos, como los aumentó en el Padre Juan Bautista. Con esta virtud anduvo muy hermanada la humilde resignación a los Superiores, para ejecutar y ejercitar las cosas más dificultosas que le mandasen, y la una y otra virtud se echó muy bien de ver y perseveró muy a lo largo y tendido, perseverando tantos años escondido y olvidado en tierra y puesto tan remoto y apartado, teniendo, como tenía, muy buenos talentos con que pudiera lucir mucho en otros puestos, y estuvo señalado en el número de los que se habrían de emplear en leer Cátedras



de facultades Mayores. Muchas veces le habían insinuado los Superiores se viniese a México a los buenos empleos que allí podría tener, y nunca quiso desamparar a su rebaño que tan tiernamente amaba. En negocios de importancia tenía don de consejo, prudencia y muy acertados dictámenes, de que se ayudó mucho el capitán de Cinaloa Diego Martínez de Hurdaide, en casos de tanta monta como los que se ofrecían en esta provincia y siempre tuvo por su Confesor al padre Juan bautista. Otras dos cosas campearon sobre manera en este muy Religioso Varón. La primera, la pureza virginal que guardó toda su vida, de que fue prueba, que al tiempo que le olearon, dando gracias a Nuestro Señor por este don y merced de la divina mano, al decir aquellas palabras: *Indulges tibi dominus quidquid peccasli per ardorem libidinis*, dijo estas palabras : Por la bondad de Nuestro Señor, no tengo cosa grande que me remuerda aquí desde que nací. La segunda fue, que pocos días antes de que muriese dijo a propósito de una conversación que tuvo con un Padre: Fue, que no se acordaba en toda su vida haber mentido advertidamente. Argumento grande de que Nuestro Señor le conservó en la primera gracia bautismal al que andando tan cuidadoso y advertido en materia tan ligera y fácil de tropezar en ella. Murió de cincuenta y un años, los diecisiete de ellos de profeso de los cuatro votos de la Compañía. Dispúsole Nuestro Señor para la muerte con tres meses de enfermedad, que tuvo su principio en una postema que le acabó. Pasó su dolencia y trabajo sin darlo y con estar tan flaco, por no faltar a las ordenes de la obediencia , vino desde su partido a la junta y conferencia que los Padres cada año suelen hacer en el Colegio de la Villa. Y habiendo cumplido con esta obediencia, no obstante que más estaba para el descanso de una cama que para el camino de unas diez leguas que distaba uno de los pueblos de su partido, a donde volvió, quiso Dios que en él consumase el curso de su santa vida, como buen pastor, cuidando hasta la muerte de las ovejas que Cristo Nuestro Señor le había encargado, y aguardando la muerte como buen soldado en el palenque. Apretóle la enfermedad, acudieron dos Padres de los más cercanos y viéndole tan debilitado y exhausto le dijeron que entendían la llegada del termino de su vida. Respondió el Padre preguntando: *¿Y si me muero de la enfermedad, me salvaré?* A lo cual le respondieron lo que por la misericordia de Dios su buena vida prometía en esta parte y el haber entrado en la Compañía tan niño. Entonces el bendito Padre dijo: *Pues si estos es así, ea, imuramos! Y vamos a ver a Dios.* Invocaba muy frecuentemente el nombre dulcísimo de Jesús, pidiendo reliquias, rosarios y agua

bendita y viéndose ya muy al cabo, él mismo pidió el Cristo y habiéndose quedado por grande rato desmayado, volvió en si y dijo: *Esperemos, que ya he concertado con Nuestro Señor que tenga yo el Purgatorio en esta vida* y en conformidad de esto, vivió tres días, que piadosamente podemos creer, era lo que faltaba de purgar. Recibió al día siguiente el Viático, puesto de rodillas en la cama, y los dos siguientes gastó en oración, disponiéndose para el último trance. En él no se olvidó de las almas que Dios le había encomendado. Hizo llamar a los más principales de sus Indios, encomendóles que se aprovecharan de lo que les había enseñado, que tuviesen grande amor y reverencia al padre que le sucediese y finalmente, estando en dulces razonamientos y coloquios con Nuestro Señor, se les fue casi sin sentir al Cielo, el Lunes veintinueve de julio del año mil seiscientos trece, y veintidós después que se echaron los primeros fundamentos a las Misiones de Cinaloa. Mostraron los hijos que había engendrado en Cristo el sentimiento de su muerte y de lo mucho que debían a tal padre y Protector, porque al punto que murió se juntó el pueblo en la Iglesia llorando su falta y con grande sentimiento clamaban: *Muerto nuestro Padre, ¿Quién nos defenderá y remediará nuestras necesidades?* Las indias, al modo como suelen llorar sus muy queridos difuntos, levantaron por todo el pueblo llanto y alarido lastimoso. Trajóse su cuerpo a la Villa. Vinieron con él los dos Padres que le habían asistido, siguiéndole todos los Indios de aquel pueblo. Salió el capitán más de dos leguas a recibirlo, con todo su presidio, y fue el primero que echó mano a las andas y trajo hasta nuestra Iglesia. Hicieron oficios once Padres que de todas partes se juntaron, quedando el despojo del cuerpo en la Iglesia de Cinaloa, y a la memoria de un tan Apostólico Misionero, perpetuada en aquella provincia y sus ejemplos vivos a los demás, y en los pueblos de su feligresía, cogiéndose hasta hoy muy buenos frutos de la cristiandad, que fundó con tanto cuidado, celo y vigilancia.



CAPÍTULO XXXV



De la vida, dichosa muerte, ministerios y trabajos en que ayudó a las Misiones de Cinaloa y Padres que en ella se empleaban, un Hermano Coadjutor de nuestra Compañía de Jesús.

A la vida y muerte del muy Religioso Padre Juan Bautista de Velasco, se le seguirá en este capítulo la vida, virtudes y muerte de un hermano de Nuestra Compañía llamado Francisco de Castro, a quien escogió Dios para que por tiempo de treinta y tres años, y con el ejercicio de sus grandes virtudes e innumerables trabajos, incansables diligencias dentro de la esfera de su estado de Coadjutor temporal, ayudase y promoviese y sustentase la Cristiandad de Cinaloa desde sus principios, y fuese el alivio de los mayores trabajos que por esos tiempos pasaron los Ministros del Evangelio en cultivar esta viña, de cuyos frutos y merecimientos de su labor le cupo muy dichosa parte a este gran Siervo de Nuestro Señor, y los señalados ejemplos de virtudes que nos dejó que imitar, merecen escribirse aquí, juntamente con su muerte, que en Cinaloa dichosamente remató. Fue el Hermano Francisco de Castro, natural de una aldea junto a Sevilla, llamada Ginés, de padres honrados, que tenían a su cargo las haciendas del Marqués de



Villamanrique, a quien lo dio su padre para que viniese en su servicio cuando pasó por Virrey a la Nueva España, y mostró bien la estima que de él tenía el marqués, con lo que dijo al Padre Antonio de Mendoza, que siendo Provincial, le pidió su beneplácito para recibirle en la Compañía y habiéndolo dado y acreditado las buenas partes, añadió: *No le pesará a V. P de haberlo recibido*. Entró en la Compañía a la edad de veinticinco años y desde luego se aplicó muy deveras al empleo de su vocación de Hermano Coadjutor, de que él siempre hizo grande estimación con el buen juicio de que fue dotado y llevando el ministerio para que la divina bondad lo había elegido. Luego que salió del Noviciado, se ejercitó por espacio de cinco años con mucha humildad, en oficio de cocinero en el Colegio de México (si bien alto en la Casa de Dios) con grande edificación y ejemplo de aquel Colegio de que dejó en él grande memoria. De allí le sacó Nuestro Señor, para muy grande servicio suyo y mucho bien de la provincia de Cinaloa, en ocasión de que el Santo Padre Gonzalo de tapia había ido a México a tratar el asiento de las cosas de esta Misión. Siendo pues, el hermano Francisco, sujeto tan a propósito para ese intento, puso en él los ojos el Padre provincial y lo envió para alivio de los Padres que andaban ocupados en continuos ministerios espirituales. Entró, pues, en la provincia de Cinaloa, bien a sus principios, donde trabajó tanto en ayudar de su parte a buen asiento y acrecentamiento, así en lo temporal como en lo espiritual, que gran parte se debe a sus solicitud y mucha prudencia en los medios y tesón en el trabajo, lo abundante de frutos espirituales que en ella se han cogido. Pegósele mucho al buen hermano de aquel grande celo del Santo Padre tapia, fundador de las Misiones, de que se convirtieran a Dios todas estas naciones Gentiles. Y nunca perdonó de su parte a medio en que él dentro de su esfera pudiera ayudar, exponiéndose a no pocos peligros de la vida en esta empresa. Y de la ocasión en que la perdió cruelmente (como queda escrito) su querido Padre tapia, le oí decir después: *Si yo me hallara allí, no pudiera menos de morir abrazado al Santo Padre*. Y díjolo lastimándose de no haberse hallado presente en esa ocasión. Llegó a Cinaloa el hermano Francisco a tal tiempo que ni Iglesia ni casa tenían los Padres, ni en lo temporal cosa a que volver los ojos, y luego se aplicó con todas sus fuerzas a cuidar y ayudar en cuantos oficios son necesarios en una comunidad, en que él era solo para estos. Procuró que los Padres, que con tantos sudores y trabajos cultivaban esa nueva viña, tuviesen el sustento necesario y él aderezaba el que por ese tiempo tan dificultosamente se alcanzaba. Edificó aquella casa y dos Iglesias,

trabajando él personalmente en la obra, lo cual continuó por espacio de treinta y tres años, cuando se ofrecía alguna ocasión, y aún después cuando viejo, con el mismo aliento y tesón que cuando comenzó y era más mozo, sin que jamás aflojase. Era cosa que admiraba en tierra tan caliente y tiempo que arrojaba el Sol rayos de fuego, sin desayunarse, verle al refitero de él trabajando personalmente, poniendo los adobes, ayudando a asentar las maderas con los Indios, cuando ellos (aún estando desnudos) sudaban a arroyos de agua.

Y para declarar en particular las virtudes de este Siervo de Dios, comenzaré por la que debe ser la primera, de su pura y santa intención de sus acciones, que es la que la de quilates, y aún esta es, y debe ser, inferior, como lo dijo san Gregorio, con todo se descubría y echaba de ver en su semblante y en el modo y atención que con se empleaba en este su ordinario trabajo, poniendo la mira continuamente y sin consideración en el agrado de Dios Nuestro Señor, sin pretensión humana; lo uno, porque era hombre verdaderamente espiritual, y lo otro, que en sus obras, ni había rastro de comodidad propia ni otro respeto temporal, sino puramente hacer lo que tenía entendido ser del divino servicio. Ese santo intento avivó y levantó de punto el buen Hermano, con unos continuos deseos de la salvación de tantas almas como las que se convirtieron a Dios en Cinaloa, en que sin duda tuvo gran parte de merecimiento. Porque sus continuas ansias eran de que nuevas Naciones recibieran la luz del Evangelio. Hallándose una vez en un pueblo numeroso de gentiles y oyéndoles decir que ya pedían Padre que los fueran a doctrinar, sin aguardar más, hizo aderezar una grande y hermosa Cruz, y él, de rodillas la levanto en su plaza con grande fiesta e hizo que todos aquellos bárbaros se postrasen y adorasen esta divina señal de nuestra redención. Con este celo, y en orden a la dilatación de la santa fe, se empleaba siempre con singular solicitud y cuidado, en cualquier parte y con cualquier Ministro de doctrina donde se hallaba, y al punto que llegaba al partido o pueblo donde estuviesen, luego se aplicaba a ayudarles o en obra que trujesen, o en otro cualquier ministerio en que él pudiese ser de alivio. Cuando estaba en nuestro Colegio de la Villa, donde era su ordinaria asistencia ahí era el refugio a quien acudían los Padres en las necesidades, que como eran tantas, llovía cartas y despachos al caritativo Hermano, con quien siempre hallaban entrañas de una amorosa y cuidadosa madre. Este tesón de obras y deseos santos, procedía y se conservaba con los ejercicios de oración y devoción en que gastaba el tiempo que le sobraba de otras ocupaciones exteriores, y señaladamente gran parte de la



noche (como después diré) sin faltar por eso a la hora de oración de comunidad a la mañana. Con el mismo, y aún con mayor afecto, acudía a los oficios Divinos, ayudaba a las Misas cantadas y las que podía rezadas. A esto se juntaba una notable afición y aplicación que tuvo siempre de adornar los Altares y colgar la Iglesia para las fiestas como si no fuera otro su oficio, y estaba en las ceremonias Eclesiásticas que le pertenecían como si no fuera más que Sacristán, hallándose todo en cada oficio. Ponía gran cuidado con los Superiores, que enviásen a México por cosas de ornamentos y del culto divino, procurando que cada año se trajese algo de esto y siempre se adelantase y mejorase. De manera que las buenas nuevas, como de venida de flota, que le podían dar, y se las daban por tales los Padres cuando llegaba el auto que se llevan de México de año en año, era decirle que ya se traían algunos ornamentos para la Iglesia.

Sabido es de los varones espirituales, que con el ejercicio y trato de verdadera oración anda junta la penitencia y mortificación. Pues el Religioso hermano puso siempre cuidado de hermanar estas dos virtudes. Hacía cada día disciplina y su comida (con trabajar tanto) muy templada y limitada, sin cuidar de ella en innumerables caminos que andaba en la Provincia. Y cuando estaba en casa era menester traerle casi de por fuerza al poco y pobre sustento con que pasaba. Con ser tierra tan caliente, y dejativa, ni se desayunaba por las mañanas ni bebía vino, ni el chocolate, con ser este tan usado en el Reino. Y esta mortificación fue mucho más señalada y singular en el sueño, así por ser muy poco lo que dormía como porque siempre dormía vestido y no acostándose en la cama, en los treinta y tres años que vivió en aquella Misión, ni aún se acostaba a descansar en el suelo; su perpetua cama era una silla en que sentado dormía algunos ratos ligeramente y de allí se levantaba para irse a la Iglesia a la presencia del Santísimo Sacramento, y de esta manera, unos ratos en oración y otros reposando con esta sobriedad en la silla, pasaba la noche. Y cuando caminando las noches lo cogían en el campo, las pasaba sentado, arrimado a algún árbol o lo que a mano hallaba y paseándose, sin acostarse, guardando el mismo tenor de penitencia en todas partes y tiempos hasta el de su muerte, como después diremos. En su pobreza fue admirable, de que dio claros ejemplos. Su vestido siempre viejo y remendado, y ese era su consuelo, teniendo su pobreza en lo temporal por riqueza para lo eterno. Cuando trabajaba en las obras siempre usaba sotana de paño pardo bailo, con tanta consolación, que le rebosaba el gozo. Su humildad era a la medida de su exacta



pobreza. Ningún oficio ni ejercicio, ni ocupación, por humilde y baja que fuese la desechó; todo lo abrazaba con firmeza y alegría. Nunca habló de si ni de sus cosas, ni de los muchos trabajos que sufría y pasaba en tantas ocupaciones, ni los tomaba en la boca. En lo que también resplandeció singularmente su humildad, fue en el gran respeto y reverencia que tenía a los sacerdotes, a los cuales siempre habló descubierto y en pie, los ojos bajos y el rostro con una modestia y encogimiento grande, y al despedirse inclinaba la cabeza con un afecto y reconocimiento grande del estado Sacerdotal. Y aunque parezca menuda la acción que ahora diré, todavía es bien significativa de esa Reverencia. En el Refectorio no se lavaba las manos con el agua que estaba preparada para lavarse los Padres Sacerdotes, sino después de ellos, con la que había caído de sus manos en las vasijas que allí había, mostrando esta particular reverencia a las sagradas manos Sacerdotales. Su caridad fue muy señalada para con todos grados y estados. Ninguno lo echó menos y todos hallaban socorro en el hermano Francisco, hasta los de fuera de casa que de ella necesitaban, porque como la gente de esta tierra tan remota es tan menesterosa y necesitada, hay bien en que ejercitar la caridad con ella. Tan humano era para todos, tan benigno para sus prójimos, tan socorrido para con los pobres y con tal agrado y suavidad en su trato, que parecía y se decía el ser la Madre de la provincia. En el oficio de procurador, que tenía a su cargo, era prestando lo que había en casa, ahora dándolo liberalmente, era el socorro de necesitados en sus hambres y enfermedades, según la licencia que para ello tenía de los Superiores. Una vez que se iba una persona pobre sin lo que pedía, por parecerle al Superior, por parecerle al Superior que hacía falta en casa, sabiéndolo el caritativo Hermano, se fue con lágrimas en los ojos al Padre Rector, rogándole que no se quedase sin remedio aquella persona, porque de esta casa (decía) nadie ha de ir desconsolado, y no le quedó este necesitado, ni el hermano sin el titulo, de que era para todos. Porque aún a los Indios es indecible la caridad, amor y agasajo con que los trataba. Acudiales dando la comida a los innumerables que de varios partidos de los Padres venían al Colegio, curando los que caían enfermos. Y cuando estaba en sus pueblos, donde no había quien los sangrase, el hacía de este oficio cuando era menester y curaba sus llagas, en donde los Indios todos de la provincia, le habían cobrado tan grande y singular amor que era para ellos día de alegría cuando iba a sus pueblos y entraba en ellos aunque fuesen de Gentiles y entraba en ellos con tanta seguridad, cuando iba a rescatar o comprar maíz para el gasto del Colegio, que todos le



llegaban como si vieran a su Padre. A estas virtudes que reconocimos en el hermano Francisco de castro, se pueden añadir otras que las perfeccionaban a todas, de su mucha prudencia y buen juicio, llaneza, sinceridad y verdad, sin afectación con que en todo procedía. Fue singularmente loable la uniformidad y constancia en su modo de proceder, sin descaecer de un mismo tesón de caridad y ejercicios santos, conque dio el colmo y corona a todas sus virtudes. Asentó en su pecho la sentencia de Cristo, Maestro de la Vida: *Qui perseveraverit vsqñ, in finem, hic saluus erit.* Llevó hasta el cabo la virtud con que había comenzado, representando siempre el papel de ejemplar, ajustado, puntual, penitente y santo Religioso, según el estado a que Dios lo había llamado. Y así le dispuso Nuestro Señor la muerte en conformidad de la vida, porque le cogió trabajando en una labor que tenía aquel Colegio, tan apresuradamente y tan sin comodidad como siempre había vivido, y aunque no distaba de aquel Colegio más de dos leguas, le asaltó y apretó tan fuertemente un dolor de estómago, sin tener quien le diese algún remedio, o cuidar de su cura, que le acabó en tres horas. Parece que con eso quiso Dios apresurarle el premio de sus santos trabajos, porque aunque un buen hombre que allí se halló le aconsejaba que se viniese al Colegio, reconociendo el buen hermano la malignidad del dolor, le dijo que si había de morir en el camino, mejor sería morir allí con sosiego. Dispusieronle una cama con la ropa que allí se halló, más como no la había usado en tantos años, no se pudo acomodar a ella. Tendiéronle una estera en el suelo y tampoco pudo descansar, por venir a morir en su antigua cama, que era una silla pobre, y así pidió le pusiesen en ella; asentado pidió un Cristo y una candela bendita y encomendándose con gran sosiego a Nuestro Señor, le ofreció su alma. Dos días antes había confesado y comulgado en el Colegio, porque siempre que se hallaba en él frecuentaba el recibir este divino sacramento Domingos y Lunes y toda su vida fue una continua preparación para la muerte. Podemos con mucha razón decir de este fiel y prudente siervo, que fue uno de aquellos que pintó Cristo Nuestro Señor en la divina parábola, significando lo primero los ministerios en que le ponía. *Quis putas est fidelis servus, y prudens, quem constituit Dominus Super familiam suam, vt det illis cibum in tempore.* Y luego canonizándole por bien aventurado, si se empleaba en ellos y daba buena cuenta de sus obligaciones, para que cuidara y sustentara su amplia y nueva familia que Dios tenía en Cinaloa, podemos decir que había criado y escogido a nuestro hermano Francisco. Estando con la obra en las manos y trabajando en ella con

gran solicitud, le halló el Señor, lo cual significaban cuantos Padres Misioneros le conocieron y trataron por muchos años, diciendo: *Así nuestro Padre san Ignacio viniera ahora y conociera al hermano Francisco, le echaría los brazos encima y dijera: Este es propio hermano de la Compañía de Jesús, y como yo lo pido en mis reglas. Y así bien podemos entender que este Señor le cumplió la promesa hecha a sus siervos fieles: *Beatus ille servus, quem cum venerit Dominus eius invenerit, sic facientem, quoniam super omnia bona sua constituet cum.* Y que con mucha bienaventuranza premió Dios las santos y grandes trabajos de este siervo en el Cielo, de donde tiene continuo cuidado la divina Bondad de enviar tales Obreros, como este, y otros, de que se escribe en esta Historia, a la nueva viña que ha plantado en Cinaloa. Y con esto pasará la historia a otra nueva y copiosa mies, que esta misma divina Clemencia dispuso en esta provincia, para que recibiese la Luz de del Evangelio.*



ÍNDICE

CAPÍTULO I

Describe el Río grande de Sinaloa y las naciones que pueblan sus tierras y valles..... 1

CAPÍTULO II

Viene las naciones del río Zuaque a pedir al Capitán del Presidio, y a los Padres, entren a sus tierras a predicarles la Fé de Cristo y bautizarlos.....5

CAPÍTULO III

Describe el sitio y población de la nación Ahome, con sus particulares costumbres.....9

CAPÍTULO IV

De la primera entrada que hizo el Padre a la nación Ahome, y caso singular que sucedió..... 13

CAPÍTULO V

Vuelve el Padre a visitar los Ahomes, hace iglesia y da forma y asiento a su doctrina..... 17

CAPÍTULO VI

Vienen las naciones confederadas con los Ahomes a señalar puesto para su reducción, y queda formado el pueblo de Bacoregues.....21

CAPÍTULO VII

De los bautizos generales de adultos de la nación Ahome, y reeducción de otras dos montaraces, a este pueblo.....25

CAPÍTULO VIII

De otra singular reducción que se hizo de la nación más bárbara y salvajina, de las descubiertas en Cinaloa.....29

CAPÍTULO IX

Acaban de bautizarse las naciones confederadas de los Ahomes. Fundase otro pueblo y estado en que persevera toda la cristiandad, hasta este tiempo.....37

CAPÍTULO X

Como aportó u navío, que a su cargo llevara el Capitán Juan Iturbi, a la costa del pueblo de Ahome, y la ocasión con que ahí llegó.....41

CAPÍTULO XI

De la primera entrada que hizo el Padre a dar asiento a la doctrina de la valiente nación Zuaca.....47

CAPÍTULO XII

Acaba de bautizarse toda la nación Zuaca. Edifica iglesias en sus pueblos y solemnidad con que se edificaron.....51

CAPITULO XIII

Refiérese un caso particular de penitencia de un cacique y estado de la cristiandad de la nación Zuaca, hasta el tiempo presente.....57

CAPÍTULO XIV

Del puesto, y particularmente de la nación Tegüeca y entrada que hizo a dar asiento a su doctrina el Padre Pedro Méndez.....63

CAPÍTULO XV

Dáse principio a bautismos generales de adultos Tegüecos, y muestras de su cristiandad.....67

CAPÍTULO XVI

Acabase de bautizar la nación y escríbanse dos entradas y visitas que hicieron dos Señores Obispos a la confirmación de la cristiandad, y muerte de uno de estos prelados en Cinaloa.....71

CAPÍTULO XVII

Edifícase un fuerte llamado de Montesclaros, por orden del Virrey, en puesto vecino a la nación Tegüeca.....77

CAPÍTULO XVIII

Del alzamiento, incendio de iglesias y muerte del Ministro de doctrina que intentaron los Tegüecos y fuga que hizo parte de la nación.....81

CAPÍTULO XIX

Escríbese la jornada que hizo el Capitán con su campo a la tierra y nación Tepagüe, a castigar y reducir los Tehuecos alzados.....87

CAPÍTULO XX

Prosigue el suceso de l entrada de los españoles a la tierra Tepagüe.....93

CAPÍTULO XXI

La nación Tegüeca, pasada la acción de Tepagüe, queda quieta, prosigue en su cristiandad comenzada y edifica iglesias.....99

CAPÍTULO XXII

Cuentan casos de edificaciones que pasaron en la nación Tegüeca, y otras, en materia de hechicerías y los favores que han experimentado los Padres de la Compañía de su glorioso Patriarca San Ignacio.....103

CAPÍTULO XXIII

Confiesan los hechiceros que se les han debilitado sus artes y pactos con el demonio, después que se predica el Santo Evangelio, y estado en que florece al presente la Nación Tegüeca.....109

CAPÍTULO XXVIII

Del asiento que se dio a la nueva doctrina de la Nación, que propiamente se llama Cinaloa, de su pueblo y particulares costumbres..... 115

CAPÍTULO XXV

Bautizase toda la nación Cinaloa. Sobrevino una gravísima enfermedad y los frutos que se sacaron de ella, desterrando singulares supersticiones..... 119

CAPÍTULO XXVI

Edifican los Cinaloas iglesias, su señalada cristiandad y humana policía, en que se conforman hasta el tiempo presente..... 125

CAPÍTULO XXVII

Del suave medio con que se redujo a Nuestra Santa fe la nación Zoe, agregada a la Cinaloa..... 133

CAPÍTULO XVIII

De la reducción a Nuestra Santa fe de unas rancherías y gente que habitaban entre peñascos y riscos..... 137

CAPÍTULO XXIX

Dispone el Padre la ejecución y reducción de los Huites y escríbese una señalada jornada de un principal cacique que ayudó a ella y a la de otras naciones extrañas..... 141

CAPÍTULO XXX

Acaba de reducirse y bautizarse toda la Nación Huite, edifica Iglesia y queda formada una ejemplar Cristiandad y escríbese la del cacique don Bautista..... 147

CAPÍTULO XXXI

Dase principio a la reducción de la Nación Chínipas a Nuestra Santa fe..... 151

CAPÍTULO XXXII

De otro particular suceso y fruto de la primera entrada del Ministro de doctrina a los Chínipas.. 155

CAPÍTULO XXXIII

Entra segunda vez el Padre a los Chínipas y las señaladas paces que se asentaron entre otras naciones encontradas..... 159

CAPÍTULO XXXVIII

De la muerte y ejemplos de grande Religión y celoso deseo de la salud de las almas, en que murió doctrinando estas Naciones el Padre Juan Bautista de Velasco..... 165

CAPÍTULO XXXV

De la vida, dichosa muerte, ministerios y trabajos en que ayudó a las Misiones de Cinaloa y Padres que en ella se empleaban, un Hermano Coadjutor de nuestra Compañía de Jesús..... 171

JHS

Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe entre
gentes las más bárbaras y fieras del orbe, de

S.J. Aandrés Pérez de Ribas

se diseñó en Creativos7editorial

Enero 2010.